



SECRETARÍA DE ESTADO DE IGUALDAD Y PARA LA ERRADICACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES



CONCEJALÍA DE IGUALDAD La Roda



CONCEJALÍA DE JUVENTUD La Roda



Se ha financiado con cargo a los créditos recibidos del Ministerio de Igualdad

Certamen de Relatos Cortos y Microrrelatos ‘Letras en Femenino’		
Ediciones I al XIV		3
Certamen de Relatos Cortos Juveniles		
Ediciones XVII al XX		96
Concurso de Microrrelatos		
Ediciones I al IV		96

Certamen de Relatos Cortos

y Microrrelatos

'Letras en Femenino'

Ediciones I al XIV



SECRETARÍA DE ESTADO
DE IGUALDAD
Y PARA LA ERRADICACIÓN DE LA VIOLENCIA
CONTRA LAS MUJERES



CONCEJALÍA DE
IGUALDAD
La Roda



CONCEJALÍA DE
JUVENTUD
La Roda



Se ha financiado con cargo a los créditos recibidos del Ministerio de Igualdad

2010	Título: La ola de frío polar Autor/a: Miguel Ángel Molina Jiménez	4
2011	Título: Palabras desaparecidas Autor/a: M ^a Ángeles de Toro Pozuelo	10
2012	Título: Berta y Julia Autor/a: José Martínez López	16
2013	Título: La mirada del olvido Autor/a: M ^a Ángeles de Toro Pozuelo	22
2014	Título: El velo de la novia Autor/a: M ^a Ángeles de Toro Pozuelo	26
2015	Título: La despedida Autor/a: María Gracia Aguilar Bañón	32
2016	Título: Aquí no te puedes quedar Autor/a: Miguel Ángel Molina Jiménez	36
2017	Título: Un poético encargo Autor/a: Miguel Ángel Carcelén García	40
2018	Título: Te quiero contar un cuento Autor/a: M ^a Teresa Sandoval Parrado	46
2019	Título: Otro mundo es posible Autor/a: Miguel Ángel Carcelén García	52
2020	Título: Pañales Autor/a: Eduardo Rodríguez Medina	58

2021

1º PREMIO:

Título: La taza de té

Autor/a: Elena Solera Muñoz

2º PREMIO:

Título: La niebla de sus ojos

Autor/a: Agustín Blanco Redondo

MICRORRELATO:

Título: De reinas varias

Autor/a: Carlos Plana Veret

61

2022

1º PREMIO:

Título: Señales horarias

Autor/a: José Miguel Cortijo Simarro

2º PREMIO:

Título: Ni Dina ni Dino

Autor/a: Yolanda Atienza López

MICRORRELATO:

Título: Amor de Madre

Autor/a: Manuel Espada Vizcaino

73

2023

1º PREMIO:

Título: Sine Die

Autor/a: Yolanda Atienza López

2º PREMIO:

Título: La tía Paca

Autor/a: Yolanda Alarcón Carretero

MICRORRELATO:

Título: Luz

Autor/a: Juan Lorenzo Collado

83

2010

Título: La ola de frío polar

Autor/a: Miguel Ángel Molina Jiménez

01

La ola de frío polar

El tazón de leche daba vueltas como un tiovivo dentro del microondas. Aunque sólo fue un instante, imaginó ser la pasajera que viajaba dentro de la taza, en el giro continuo, repetido e infinito en el que había quedado aprisionada su vida.

-Estoy harta de desayunar sola –masculló Marisa.

Encendió la radio y sintonizó en el dial su emisora favorita. El locutor advertía en ese momento de la aproximación de una ola de frío polar. “Ya podrías haber anunciado un anticiclón procedente de las Canarias”, le reprochó antes de apurar su café con leche.

Luego entró en el dormitorio donde descansaba su madre, para decirle: “Mamá tienes que pasar por la pescadería después de dejar a la niña en el colegio”. La anciana, desde las profundidades de la cama, respondió: “No te preocupes, que no me he olvidado de los boquerones”.

-Estoy harta de que mi madre tenga que hacer de canguro, de asistenta y de cuarenta cosas más –murmulló Marisa mientras pulsaba el botón del ascensor.

Como todos los días, se subió al autobús para ir al trabajo. Era en aquellas gélidas mañanas cuando más se acordaba de su ex marido. No porque la hubiera dejado tirada con una niña de ocho años y sin pasarle la pensión, ni menos aún por haberse visto obligada a volver con su madre al no poder hacer frente al alquiler de la casa. Para todo esto le sobraba tiempo y día. No era a aquel desgraciado al que echaba de menos, sino al automóvil con el que desapareció. Un día bajó al garaje a mirar la presión de los neumáticos y no se les volvió a ver más. Ni a él ni al coche. Mientras mantenía la mirada perdida en el negro asfalto que iba dejando atrás el autobús, pensó con amargura cómo su ex la había chuleado hasta para despedirse.

-Estoy harta de este maldito trabajo –musitó Marisa mientras se encaminaba al edificio de la empresa informática donde comenzaba su jornada laboral.

Abrió la puerta del cuarto de la limpieza, colgó su abrigo y se puso la bata azul.

Tras comprobar que el carro estaba bien pertrechado de lejía, amoníaco, bayetas, y demás armas de desinfección, lo dirigió a una enorme e inhóspita sala donde decenas de mesas se alineaban con rigidez marcial. Las manecillas del reloj que presidía la estancia marcaban las seis y media de la mañana. “No sé yo a qué velocidad se moverán las olas de frío, pero me parece que una ha roto ya aquí”, pensó mientras vaciaba las papeleras. Al pasar cerca de uno de los radiadores, lo tocó. El tacto confirmó lo que ya se imaginaba.

-Estoy harta de pasar frío. Hoy no me voy sin que me oiga el Jefe de Personal

--gruñó Marisa, al tiempo que aplicaba limpiacristales al monitor de una computadora.

Con cierta extrañeza recibió el directivo a la limpiadora y, sin invitarla a tomar asiento, le preguntó el porqué de su visita. Ella le explicó lo del locutor y la ola de frío; lo desagradable que era trabajar sin calefacción. Argumentos, todos ellos, más que suficientes para adelantar en un par de horas la puesta en funcionamiento de la instalación. El jefe de personal, oída la petición, le refirió un apartado del protocolo de mantenimiento: la calefacción debía encenderse con una antelación de media hora al horario de entrada del personal. De todas formas, haciendo uso de su enquistada diplomacia, se comprometió a poner el caso en conocimiento de la dirección.

No se creía la limpiadora que su queja hubiera sido recibida de aquella manera.

Con una promesa en el bolsillo, fruto de su primera reivindicación, colgó la bata y salió en busca del autobús que la llevaría al centro de salud donde remataba la mañana sorteando con la fregona a médicos y pacientes.

-Estoy harta de correr de un sitio para otro –dijo Marisa para sus adentros de regreso a casa.

La cazuela donde se freían los boquerones chisporroteaba con fuerza, salpicando el alicatado con una desperdigada lluvia de aceite hirviendo. “Mamá, cuántas veces te tengo que decir que le pongas la tapa a la sartén –dijo a modo de saludo-. No ves que se pone la cocina perdida de grasa”.

Sólo a la hora de la comida coincidían las tres féminas de la casa. Era entonces cuando aprovechaba para someter a la pequeña a una rápida batería de preguntas sobre sus inquietudes, deseos y preocupaciones.

-Estoy harta de no poder disfrutar de mi hija –se lamentaba Marisa una hora más tarde, al despedirla con un beso en la puerta de la escuela-. Cuando cumpla los quince será ella la que no tendrá tiempo para mí, entonces quién me va a devolver los años perdidos.

A media tarde ya había regresado la limpiadora al trabajo, primero en un ministerio y más tarde en una oficina bancaria, de la que salía bien entrada la noche.

Llegaba a casa extenuada, con tan poca recompensa, que una simple ducha y una cena recalentada se le aparecían como un oasis en mitad de su árida existencia.

Una semana después la calefacción de la empresa informática seguía apagada.

La explicación del Jefe de Personal fue clara y concisa. “La dirección aduce que supone un excesivo gasto encender la instalación para una sola persona”, dijo.

-¡Estoy harta de parecer invisible!-exclamó humillada Marisa un segundo antes de que las lágrimas se le saltaran en el cuarto de las escobas.

Cuando se hartó de llorar, harta ya de desayunar sola; de que su madre hiciera de canguro, de asistenta y de cuarenta cosas más; de su maldito trabajo; de pasar frío; de correr de un sitio para otro; de no poder disfrutar de su hija; y de parecer invisible, decidió que se haría notar como mejor podía hacerlo: limpiando.

El Director pulsó el intercomunicador y ordenó a la secretaria que avisara con urgencia al Jefe de Personal.

-¿Quería usted verme, Sr. Director?, dijo éste desde el umbral de la puerta.

-Pase, pase y siéntese –inquirió el mandamás.

El Jefe de Personal acató la invitación y tomó asiento.

-Usted dirá, Sr. Director.

-Supongo que al entrar habrá comprobado la presencia de un irritante olor.

-Sí, señor. Parece lejía o amoníaco, o una mezcla de ambos –confirmó el empleado-. Se le habrá ido la mano a la limpiadora al fregar los suelos. Mi despacho esta mañana des pedía el mismo olor.

-Pues entonces entenderá que no es muy agradable trabajar así. He tenido que abrir una ventana para ventilar el despacho, y no vea el frío que he pasado hasta que el ambiente se ha hecho más respirable. Será mejor que le diga a la limpiadora que no utilice productos tan fuertes.

-No se preocupe, así se lo haré saber.

El primer y esperado toque de atención lo recibió Marisa en forma de nota colgada de la puerta del cuarto de limpieza, del que hizo caso omiso. Después fue advertida de palabra, haciendo oídos sordos. Fue entonces cuando el Director, viendo que la situación se les estaba yendo de las manos, demandó la presencia de la limpiadora en su propio despacho.

-Creo que ya sabe el porqué la he hecho venir –dijo.

-Supongo que será por algo relacionado con mi trabajo. ¿No les gusta cómo lo hago? –preguntó una sarcástica Marisa.

-Veo que se está tomando este asunto muy a la ligera. No sólo desatiende nuestras exigencias sino que encima se lo toma a guasa. Supongo que su actitud tiene algo que ver con el tema de la calefacción.

-Así es.

-Pues no creo que sea ésta la manera de mostrar su disconformidad

-puntualizó el Director.

-Yo creo que sí. De hecho hoy estoy aquí, en su despacho, hablando con usted. Y si me da un minuto entenderá mis razones.

-Mucha paciencia estoy teniendo tras su comportamiento. Le doy ese minuto que pide, pero ni uno más.

-Si he utilizado más lejía y amoníaco del habitual –comenzó a explicarse Marisa- ha sido por dos razones: en primer lugar para desinfectar más profundamente todo el mobiliario de las oficinas; y en segundo, para recordar que yo también trabajo aquí. Sé que el olor es molesto, pero eso tiene rápida solución: sólo hay que abrir las ventanas para que entre aire fresco.

-Con la ola de frío polar que tenemos encima sabe muy bien que eso es imposible. Qué pretende, qué cojamos una pulmonía o qué tenga a la gente de brazos cruzados fuera de los despachos hasta que desaparezca el olor.

-A esa primera conclusión quería llegar, Sr. Director –sentenció Marisa-. Ninguno somos inmune a las pulmonías.

La limpiadora salió del despacho esbozando una sonrisa. Cuando cogió el autobús camino de su siguiente destino, por primera vez, después de mucho tiempo, se sintió protagonista y no víctima de su propia vida.

2011

Título: Palabras desaparecidas

Autor/a: M^a Ángeles de Toro Pozuelo

02

PALABRAS DESAPARECIDAS

Nunca se lo he preguntado a nadie:

- ¿Alguien sabe dónde se quedan o dónde se van las palabras desaparecidas?

Si, digo bien, desaparecidas. Y no me refiero a palabras en desuso o que pertenezcan al castellano antiguo, sino a palabras muy utilizadas, registros fonéticos y sonoros que nuestras cuerdas vocales utilizaron alguna vez, o muchas veces, y que llegado un momento, no se vuelven a utilizar.

Yo me lo he planteado un montón de veces, porque en mi vida hay unas palabras que ya no pronuncio, aunque siempre las tengo presentes y reconocidas.

Nuestra vida comienza en un nido; un nido que nos protege, que nos acoge y nos resguarda. También tenemos un techo. Mis palabras desaparecidas tienen mucho que ver con eso, con el techo que te ampara: es justo lo que tienes más arriba. En mi caso ese techo desapareció, me quedé expuesta al aire y, sin embargo, tapando mis propios huecos, haciendo de techo para otros.

Esas palabras de las que hablo son las primeras, son mis pilares y los de mucha gente, muchísima, quizás no se lo hayan planteado como yo, pero están en la misma situación.

No por desaparecidas hemos dejado de escucharlas, todo lo contrario, yo las escucho a diario, ¡tantas veces!, en la calle, en el colegio, en la iglesia, en mi propia casa, a veces incluso tanto, tanto, que llegan a cansar.

Pero no, no es así, me encanta oír las, sirven para un montón de cosas, con toda su exclamación: PARA PEDIR, PARA PREGUNTAR, PARA QUERER.....y, aunque

registramos unas parecidas, cuando las nuestras se van, no es lo mismo, porque éstas no sirven igual.

Yo las utilizo para el recuerdo, para el "no olvido", y lo hago todos los días pero ¡no es igual!

Aquellas desaparecidas me resultaban más afectuosas, más cercanas y debe ser por eso, por lo que me gusta tanto escucharlas, la pena es no poder pronunciarlas, no creáis que me lo impide alguien o algo, ¡es que no puedo!, están desaparecidas, ¡ya me entenderéis!

A estas alturas de mi relato, mucha gente se habrá preguntado varias veces qué palabras pueden ser, habrán intentado adivinarlas, sin sospechar siquiera que muchos de ellos están como yo, les pasa lo mismo, pero no se han planteado nunca esta cuestión.

Quizás les sirva como pista pensar en lo simples que son, sencillas de pronunciar, pero tan grandes, con unas letras tan largas y con tanta fuerza que pueden abarcar todo el mundo, ¡bueno!, todo mi mundo las mías, cada cual tiene las suyas, aunque son de la misma medida, tienen la misma métrica y producen el mismo efecto en la rima que en el verso de la vida. Son ocho, divididas por la mitad dan lugar a dos palabras, mis PALABRAS DESAPARECIDAS.

Parece difícil ¿verdad?, pues no lo es, son sencillísimas y forman parte de nuestra cultura desde hace tanto, tanto tiempo que casi, casi, ni nos acordamos. A veces, sólo desaparece una de ellas, y entonces te aferras a la otra y con su ayuda sigues pronunciándola. En mi caso han desaparecido las dos y eso me pone triste. Ahora las pronuncio de otra manera, más fría, como para relatar algo acerca de ellas, pero utilizo dos palabras más genéricas.

Las que yo no quisiera haber perdido son más suaves, tiernas, como blanditas. Una vez leí un libro que hablaba de perfumes y su autor describía de tal forma los olores que llegabas a sentirlos; si yo pudiera describir de esa forma mis dos palabras, diría que son de algodón, blanco, suave calentito al tacto y con olor a cariño; ¿alguien sabe como huele el cariño?. Yo sí: huele a ropa limpia y besito en la mejilla, huele a canción de cuna cuando tienes miedo, huele a pan tierno, a manos grandes que te sujetan cuando vas a caer, a regañinas cuando lo haces mal, a buenos consejos para que lo hagas bien, a experiencia, a sabiduría, ¡uf! ¡ A tantas cosas ¡.

Mis palabras huelen a todo eso porque están hechas de cariño, aparecieron en mi vida gracias a él y dejaron tanto rastro que se las enseñé a mis hijos, esa es la forma de que se mantengan en mi vida, aunque yo ya no las pronuncie.

Hay gente que no valora lo afortunado que es porque nunca le desaparecen, ¡bueno! nunca, no), pero ocurre tan tarde, que cuando las tuyas desaparecen, ya les ha dado tiempo a enseñárselas a varias generaciones. A mi, por desgracia, se me escaparon pronto, demasiado pronto, las he usado y disfrutado durante treinta y seis años y aunque muchos penséis que es mucho tiempo, no es así, nunca es suficiente.

Esa dos palabras tienen etapas, yo considero importantes tres, :

Primero las necesitamos, las queremos, las usamos mucho, mucho, tanto que las agotamos y se desgastan un poquito, como el jabón cuando lo usamos mucho.

Tenemos una segunda etapa en la que guardamos nuestras dos palabras en una caja, queremos pensar que no las necesitamos, pero siempre llevamos la caja en el bolsillo y de vez en cuando la abrimos un poquito y dejamos que salgan y nos saluden.

Cuando llegamos a la tercera etapa, ya las hemos sacado de la caja y las hemos colocado en un sitio preferente, donde las tengamos siempre a mano, porque las

necesitamos a menudo, para todo lo que he contado antes, preguntar..., querer..., abrazar....

Yo las echo mucho de menos, y en algunas ocasiones siento no poder utilizarlas para preguntar, incluso la cosa más simple. Es como darle a un botón:

- Que no sabes como se arregla esto..... pulsas el botón
- Que no sabes como se cocina lo otro.... pulsas el botón
- Que te sientes un poco mohína..... Pulsas el botón y allí están siempre cuando las necesitas.

Las mías ya no están, aunque yo las tengo guardadas otra vez en mi cajita del recuerdo, de vez en cuando (muy a menudo) , las dejo asomar un poco y hablo con ellas, ¡pero no es lo mismo!.

¿Vais sabiendo ya a qué palabras me refiero? . Creo que he dado buenas pistas. Al que como a mí le hayan desaparecido, ya sabe cuales son, al que por suerte aún las conserve le diría que las pronuncie mucho, mucho, que las cuide y mime, debe sacarles brillo todos los días, y que no las guarde en una caja, para eso ya habrá mucho tiempo después.

Cuando repetimos una palabra muchas veces en un corto espacio de tiempo, llega a cansarte. Éstas, NO.

Recuerdo que la dueña de una de ellas (porque se me había olvidado contar que son palabras con título de propiedad) , solía decirme:

¡Ay!, ¡Ay!, ¡ me vais a borrar el nombre ¡.

Ahora que la he perdido recuerdo aquello y cuando mis hijos me la repiten tanto, tanto que me agoto, me acuerdo de ella y nunca digo esa frase porque como he dicho

antes, para borrarla ya habrá tiempo después. Me encanta oírlas en boca de mis chicos. Me hace sentir segura, útil, en estos tiempos en los que hemos perdido un poco una serie de valores que para mí son primordiales, ver que esas dos palabras son guía y ejemplo para ellos, hacen que me sienta bien, y que cada día dé gracias por haberlas aprendido, haberlas pronunciado y haberlas sentido.....

Gracias **MAMÁ Y PAPÁ** por haberme enseñado a pronunciarlos.

Fin

2012

Título: Berta y Julia

Autor/a: José Martínez López

03

BERTA y JULIA

Enero 2007. Discurría una fría tarde de invierno. La Navidad acababa de pasar, y los rigores del clima se hacían del todo evidentes en este gélido anochecer. La nieve golpeaba con persistencia los gruesos cristales de las ventanas, con un continuo repiqueteo que a veces semejaba una granizada. El susurro del viento y el helor, hacía que las calles permanecieran desiertas, y sólo algún viandante, bien abrigado y a paso ligero, caminaba hacia su hogar, buscando el calor de una buena calefacción que le hiciera recuperar el aliento.

Mientras tanto, Julia velaba el cadáver de su amiga y compañera de habitación, Berta, que yacía sobre un catafalco cubierto con un crespón negro, en el pequeño tanatorio adjunto a la Residencia de Ancianos, donde, desde hacía ocho años, residían. Al fondo, presidiendo el pequeño habitáculo, un crucifijo colgaba de una de las paredes, debajo del cual descansaba el infortunado cuerpo de la difunta. Una tenue luz ayudaba a que la escena resultara más tétrica de lo que en sí mismo era, respirándose un ambiente casi fantasmagórico, donde las únicas protagonistas eran las dos amigas.

Durante el día, algún que otro residente había pasado a dar su último adiós a Berta, haciéndole llegar sus condolencias a Julia como si de un allegado familiar se tratase. Y es que Berta, a pesar de tener dos hijas, estaba "sola", ya que ambas habían emigrado a Australia, donde habían asentado sus vidas. Alguna esporádica conversación telefónica y unas escasas cartas, era lo que le había quedado de aquellas dos hijas, que una vez casadas, decidieron con sus respectivos esposos abrirse paso allende de los mares. Su marido hacía ya quince años que había fallecido, teniendo que afrontar sola aquellos duros momentos.

Una enorme tristeza invadía el corazón de Julia, por la soledad que adivinaba le habría de sobrevenir. Su compañera, sin apenas tiempo de despedirse, le había dicho adiós en una escasa semana de seis días. Según Dña. Ana, la doctora que la asistió,

complicaciones cardiorrespiratorias la habían llevado al otro mundo. Julia no sabía bien en qué consistía esa dolencia, pero intuía que debería ser muy dañina, dado el número de personas, sobre todo de avanzada edad, que dejaban este mundo por la dichosa enfermedad. De todos modos, ¡de algo había que morir!, aunque cuando visualizaba su propio desenlace, deseaba fallecer de un infarto, para no sufrir y no ser una carga para nadie, pues al igual que Berta, se encontraba sola, -dos hermanos habían muerto en la Guerra Civil- y haber permanecido -como ella misma en tono jocosos decía- "soltera y sin conocer varón", toda la vida.

Julia había conseguido permiso de la dirección del centro para acompañar toda la noche a su amiga del alma. Sentada en un cómodo sillón, frente a la difunta, comenzó a recordar su vida, que tantas veces había repasado con Berta.

Sus recuerdos la llevaron a la niñez, a su pueblo perdido en la llanura turolense, hacía ahora ochenta y ocho años, igual que Berta, pues ambas vieron la luz el mismo año y en la misma localidad. Una extraña sensación le invadía, pues a pesar de su avanzada edad, tenía la impresión de no haber vivido, debido a la rapidez con que se le escapó el tiempo y la existencia más bien amarga y sin sentido con que había transcurrido.

Berta y Julia eran de estratos sociales diferentes. La primera pertenecía a una clase media, hija de un funcionario que hacía las veces de secretario de Ayuntamiento en tres pueblos de la comarca, y aunque los honorarios que recibía no eran demasiado elevados, tenía la fortuna de cobrar "todos los meses", cosa que no le sucedía al progenitor de Julia, que al ser jornalero del campo sin tierras propias que cultivar, pasaba meses de estrecheces en los cuales, subsistir él y su familia se convertía en un auténtico milagro, ya que tenían que alimentarse de los escasos recursos que les proporcionaba la cría en el corral de la casa familiar de algunas aves, conejos y una cabra y los pingües ahorros de que disponían.

A pesar de estas diferencias sociales, eran amigas, ya que coincidieron en la escuela de D^a Telma, en un aula unitaria donde acudían los algo más de cuarenta niños y niñas en edad escolar. Allí aprendieron a leer, escribir, las cuatro reglas básicas de cálculo y algo de Historia Sagrada que el cura del pueblo cada viernes por la tarde les enseñaba. Y no es que los alumnos y alumnas no tuvieran más capacidad de aprendizaje. Sucedió que a los 10 u 11 años abandonaban la escuela, al tener que colaborar en casa, ayudando así a la maltrecha economía familiar. En el caso de Berta, y de otras niñas de su entorno social, se dedicaban a aprender a coser, bordar, hacer bolillos..., para así, terminado el periodo de aprendizaje, comenzar a elaborar su propio ajuar, ya que su único futuro pasaba por encontrar marido para que, según la mentalidad de la época, las “mantuviese”.

No era ese el presente de Julia, pues con sus 10 años recién cumplidos, tuvo que dedicarse a hacer una y mil tareas impropias de su edad: ir al campo a por yerba para los animales domésticos, fregar, barrer, limpiar... y a partir de los 12, en épocas de recolección, coger lentejas, yeros, patatas, cebollas o vendimiar, y si no la pusieron a segar, se debió a la dificultad y peligro del manejo de la hoz, aunque llegados los 17 ó 18 años, también lo hizo. Pero no solo ella, sino las jóvenes y mujeres de su condición, algunas, incluso, estando embarazadas, ya que había que exprimir al máximo la posibilidad que se presentaba de ahorrar unas pesetas para cuando llegaran los días de escasez. Otras “se ponían a servir”, en las casas más acomodadas, a veces, fuera de su localidad, por lo que estaban a “pensión completa”, simplemente por la manutención y unas pocas pesetas que cada mes remitían a sus casas.

Y así, casi sin darse cuenta, Julia fue haciéndose mayor, estando al servicio de sus padres, que cada vez necesitaban más de ella, sobre todo desde que su padre, en pleno mes de julio, segando las doradas mieses, cogió una insolación que lo pasaportó

al otro mundo. De este modo, Julia, con tan solo 23 años, quedó huérfana teniendo que arrimar todavía más el hombro para poder sobrevivir tanto su madre como ella.

Julia, sin ser una mujer sumamente atractiva, tenía sus encantos: bien moldeada, aceptable estatura -1,63-, alegre y de rostro afable. Pero “jóvenes casaderos” quedaban pocos en el pueblo, ya que algunos, como sus dos hermanos, habían fallecido en la Guerra Civil y otros, los que no tenían tierras que cultivar, habían emigrado a Cataluña, Valencia o Alemania. Solo los hijos de la clase media se habían quedado, pero al casarse, en la mayoría de los casos, optaban más por el interés que por el amor, pudiendo así el futuro matrimonio amasar sus bienes. De forma que Julia no llegó a disfrutar de una relación formal con hombre alguno. Solo en las fiestas de la localidad pudo bailar con algún mozo, por supuesto sin arrimarse demasiado, ya que el bueno de D. Daniel, el Sr. cura párroco, tenía bien aleccionadas a las jovencitas sobre el peligro de dejarse embaucar por los hombres, amén del pecado de lujuria que podían cometer. Y esa fue su única experiencia con el sexo contrario. ¡Ah!, y las cosas que le contaba Berta ya en su época de la residencia, cuando en las largas noches del invierno, tenían que estar en la cama hasta bien entrado el día siguiente. Le relataba su noche de bodas -entonces la mayoría llegaban vírgenes al matrimonio-, sus relaciones amorosas, los besos apasionados y mil y un detalle que Julia le pedía que le concretara, sofocando en más de una ocasión a su buena amiga. ¡Cuántos besos! ¡Cuánta ternura! ¡Cuántas caricias!, pensaba Julia, se habían marchitado en su ya maltrecho corazón.

¡Cómo había cambiado todo!, no solo en cuanto a los derechos y libertades que hoy disfruta la mujer, sino también en orden a las tareas que desempeñan. Comprobar que las mujeres, pese a las responsabilidades familiares que siguen teniendo en desigualdad con sus parejas, ejercen de médicas, empresarias, funcionarias, ingenieras, diputadas, presidentas de gobierno, y, en fin, de cuantas tareas eran hasta

hace poco exclusivas de los hombres, era algo inimaginable para las de su generación. La mayoría, con ser amas de casa, administrar la pobreza en la que estaban sumidas y estar sujetas a la voluntad de sus maridos, cumplían con su misión -triste misión, pensaba Julia- de haber pasado por este mundo.

Julia, con espíritu bohemio, de haber sido joven ahora, se veía siendo bailarina de un gran ballet, como el Bolshoi ruso, ofreciendo su arte en los teatros de las ciudades más importantes del mundo, como Moscú, Berlín, Nueva York, París, Milán, Viena o Londres. El haber visto esporádicas actuaciones de alguno de estos grupos en televisión, le había despertado esa tardía vocación. También se veía perteneciendo a este o aquel movimiento reivindicativo en la lucha de la mujer por conseguir la igualdad, aspiraciones que en más de una ocasión había expresado a Berta, la cual, con mentalidad más conservadora, no acababa de entender, ya que sus aspiraciones como mujer se habían cumplido al haber podido formar una familia.

Y así, sumida en estas reflexiones, ya de madrugada, la fatiga acabó por vencerla. Una ligera manta que cubría sus piernas, la subió hasta la altura del pecho, dándole la confortabilidad suficiente como para poder descansar. Incluyó la cabeza, entrando en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, cuando el encargado de la limpieza entró en el recinto, al ver que Julia seguía dormida, la asió del brazo con la intención de ayudarla a que se alzara. Julia se desplomó cayendo de bruces. Había llegado al final de su camino.

2013

Título: La mirada del olvido
Autor/a: M^a Ángeles de Toro Pozuelo

04

LA MIRADA DEL OLVIDO

Está quieta, callada, sus movimientos son lentos. Por eso no me asusto y me mantengo parada. La observo a través del cristal de una vieja ventana que supone todo su horizonte.

Mientras me mira, me pregunto si alguna vez ha viajado como yo, o si alguna vez ha tenido un nido.

Es mayor, cubierta de canas, pero sus ojos me muestran un mundo, el mundo en el que ha vivido; o mejor dicho, en el que le ha tocado vivir. Ha sido feliz a ratos, aunque no quiere volver atrás. El dolor fue mucho: triple, nos diría ella.

Creo que no puede andar, debe ser por eso por lo que, casi a diario y durante muchas horas, la veo ahí en su sillón, como una reina en su trono.

Sigue mirándome, como si quisiera contarme algo, pero ¿qué? ,¡no sé!. Tal vez quiera preguntarme: ¿qué soy? ,¿qué hago?, ¿donde voy?, ¿qué veo desde aquí?, desde lo alto. Me acerco un poquito más, y ella sonríe: me alegra ver que es feliz con tan poco.

Anochece, debo irme...Mañana la veré otra vez.

Ahí está, inmóvil, con los ojos entreabiertos. Se adormece de vez en cuando, y cuando despierta, parece que viniera de un viaje muy lejano.

-¿Dónde has estado?...

No me contesta. Quizás ese mudo mundo suyo en el que vive no le permita decírmelo. Me parece un ser muy bello, pacífico, sabio y tranquilo.

Anochece de nuevo y el velo que cubre sus pupilas se vuelve más gris.

-¡Adiós amiga mía!. ¡Hasta mañana!

Sale el sol, nace el nuevo día y allí está ella. Lleva ropa apagada, oscura. Quizás sólo sea el reflejo de su alma. Parece triste hoy.

Me mira. Me mira fijamente y, como siempre, sonrío. Mueve su mano hacia la ventana. Parece saludarme. A lo mejor en otra ocasión me hubiera asustado, pero con ella no me pasa, ella no me asusta...

Oigo un ruido: son pasos. Alguien llega y le habla con un tono de voz muy alto, pero cariñoso a la vez. La besa, la abraza y ella lo mira con esa cara interrogante de quien se pregunta:

- ¿Y tú quien eres?

¿Y tú quien eres? No lo dice, no lo pronuncia, pero es lo que sus ojos se preguntan, es lo que sus ojos muestran.

Mientras le habla, ella observa, escudriña sus labios y de vez en cuando sonrío. Aparta su mirada de la conversación y vuelve a la ventana.

Si amiga. Aquí estoy todavía. Noto como se alegra al verme, de nada sirve hablar, no está escuchando. Ella está en ese mundo aparte que se ha creado para no recordar. No entiende, no sabe quien le habla: no logra centrarse en lo que le cuenta. Creo que en el fondo me envidia por ser libre, por ver el cielo y notar el sol, ese sol que cada día sale y calienta un poquito menos su vida.

Pronto llegará el otoño. Puedo notar la humedad en el aire; pronto me despediré de mi querida amiga. Quizás la próxima primavera no esté... ¿O sí? Yo volveré a visitarla a su ventana...

¡Adiós! ¡Hasta pronto!

Y muy despacio abro mis alas y echo a volar....

DEDICADO A TODAS LAS PERSONAS CON ALZHEIMER O DEMENCIA SENIL, A MI MADRE, A MIS TIAS, Y SOBRE TODO A MI ABUELA QUE ELIGIÓ LA AUSENCIA Y EL OLVIDO PARA NO SUFRIR.

FIN

2014

Título: El velo de la novia

Autor/a: M^a Ángeles de Toro Pozuelo

05

EL VELO DE LA NOVIA

¿Hay algo más suave y romántico que un velo de novia bordado con ilusión por su joven dueña?

Mercedes es una muchacha de pueblo, de mirada limpia, sana, honrada, leal; lo que por ahí se llama una buena persona.

Teje con enorme dulzura y dedicación el que será su velo de novia.

Mientras se mira al espejo, sueña despierta con ese día, el de su boda.

Tomás es fuerte, alto y joven. La primera vez que vio a Mercedes ya sabía que sería para él.

“Esa moza será la madre de mis hijos”, dijo en la verbena que todos los años juntaba en la plaza del pueblo a los mozos y mozas casaderos de la zona. El verano es en estas pequeñas aldeas y pueblos, la estación del año donde los noviazgos de feria proliferan.

Aunque algo bruto, Tomás ama a Mercedes y sueña con el momento de llevarla al altar. Siempre ha oído en su casa que “ hombre sin hembra, ni come ni siembra”.

Es tradición familiar recibir su pequeño huerto y su estancia dentro de la casa cuando se casan. Su hermano lo había recibido antes que él y mucho antes su padre y sus tíos. A medida que iban pasando las generaciones, los jóvenes relevaban a los viejos en las tareas del campo y en el cuidado del ganado, incluso, se encargaban, llegada la hora, de dar sepultura a sus familiares en el pequeño cementerio familiar que coronaba el cerro “ Cerro Peralta”, propiedad de la familia desde hacía años y donde pastaba el ganado que invierno tras invierno dormitaba en los establos de la aldea.

Tomás estaba muy ilusionado con Mercedes, a pesar de que su madre siempre le decía que estaba demasiado flacucha y tenía estrechas caderas. A él lo que más le gustaba de su novia eran sus manos, blancas y con dedos largos, tenía las uñas muy cuidadas porque así el tul no se enganchaba, la labor era muy valiosa como para descuidarla y estropearla.

Si Tomás llamaba a la ventana de su novia para charlar un rato, Mercedes escondía rápidamente su primorosa tarea. No quería que viera su trabajo antes de la boda, debía ser la gran sorpresa de la ceremonia.

Cuando sonaban las contraportadas de las ventanas, la tía abuela de Mercedes salía de su habitación y se sentaba frente a la chimenea y de lado a

la ventana donde los novensanos hablaban, no podían quedarse solos, sino los vecinos podían pensar que la niña era una "fresca".

La tía abuela Julieta se había quedado viuda hacía ya unos años y sus hijos se habían marchado al extranjero buscando un futuro. Era hermana del abuelo de Mercedes y al quedarse sola había ido a vivir con ellos, aportando un buen pellizco a la dote de Mercedes, ya que era su madrina.

Ese velo era ahora todo su horizonte. En una aldea donde no había distracciones y anochecía temprano, la única compañía posible era la lectura de un libro mientras las chicas bordaban, poco más se podía hacer, preparar el ajuar era ilusionante, cada una escogía un bordado diferente, así los invitados no podrían decir que se lo habían prestado unas a otras.

La llegada de la novia a la iglesia constituía todo un acontecimiento. Las mujeres del lugar vivían expectantes el momento en el que la novia en cuestión entraba en la vieja capilla de la aldea y su maravilloso velo lucía su esplendoroso bordado de rosas, flores de lis, escudos, pétalos...

Aquella tarde de primavera Julián llegó a casa de Mercedes procedente de un pueblo cercano. Era pariente lejano y había acudido a casa de su primo, el padre de Mercedes, para anunciar su futura boda. Al entrar en el salón encontró a Mercedes y a su tía Julieta riendo vivarachas y extendiendo encima de la mesa el velo de Mercedes que parecía estar casi, casi terminado. Al verlo Julián, exclamó maravillado lo bonito que era y lo ilusionante que hubiera sido para su novia, Teresa, el hecho de poder bordar el suyo también.

Julián contó con lágrimas en los ojos como, a consecuencia de una caída, Teresa se había quedado ciega, y que, en un momento de su vida, pensó abandonarla y buscar otra mujer, pero que algo en el fondo de su corazón no se lo había permitido.

Teresa era dulce, joven, bella y representaba todo lo que un hombre podía buscar en una mujer. Su accidente era eso: "un accidente en la vida" y después de mucho pensarlo, Julian había decidido casarse con ella, a pesar de lo que eso supondría en su día a día, después de todo, a Julián no le iba mal en la vida, podría permitirse el lujo de tener a alguien de servicio en la casa nueva para que ayudara a Teresa en todo.

Mientras Julián contaba todas sus vicisitudes a Mercedes y a su tía, Tomás pasó por la calle y vio como Mercedes apesadumbrada por todo lo que acababa de escuchar, abrazaba a su primo para darle ánimo, y de repente, algo removió su mente y todo su cuerpo, como un calambre que discurre por todo su ser provocando una sensación desagradable, mezcla de celos, miedo, dolor y rabia. No podía soportar ver a Mercedes abrazando a otro hombre.

Desde muy pequeño había oído que una mujer te pertenecía desde el momento en que te comprometías con ella y que eso debía ser recíproco.

No concebía la idea de verla en otros brazos, ¡era suya!

Tomás no esperó a ver como Julián se despedía de Mercedes recordándole el día de la cita en la iglesia de Santa Rita para asistir a su boda con Teresa. Se fue, sintiendo en su interior una rabia que le hizo blasfemar en voz alta. Nunca se había sentido así, quizás fuera porque tampoco había sentido ese amor nunca.

Tomás amaneció con una serie de sentimientos encontrados. Tocaba ir a ver a Mercedes y no se sentía con fuerzas de afrontar esos celos que le consumían el alma sin decirle nada a Mercedes, pero se contuvo y ejerció de perfecto novio a través de aquella reja que les separaba y que cada día se hacía más pesada. Muchas veces sentía ganas de abrazarla y besarla con pasión pero hubiera dado que hablar y él no quería que nadie hablara de su chica.

Pasaron unos días desde la última visita de Julián, y aquella tarde de 1941, el primo de Mercedes vino con una petición muy especial.

¡Dios mío, Julián!, estaré encantada, dijo Mercedes, pero no sé si tendremos suficiente tiempo.

Justo cuando Mercedes pronunciaba esa frase, Tomás, que últimamente acechaba el domicilio de su novia, oyó como su chica, la mujer que había elegido para pasar su vida, reía ilusionada y abrazaba a otro. Eso que él tanto ansiaba, un abrazo, un beso, lo hacía Mercedes con otro hombre que no era él.

De repente, a su mente vino la escena de Mercedes entrando en una iglesia del brazo de su padre, mirando sonriente a ese caballero que la esperaba en el altar y que no era otro que ese tipo que últimamente venía a visitarla desde no sabía donde.

Subió calle arriba, dirigiéndose a su casa con un odio en la mirada y una rabia tan fuerte que no se podía ocultar. Mostraba el semblante de un hombre enfermo de celos.

Tomás era de los que se lo guardaba todo, reservado con sus cosas, no exteriorizaba los sentimientos; a veces Mercedes se quejaba porque nunca era tierno ni le decía que la quería.

La adoraba, pero su forma de ser no le permitía mostrarse demasiado cariñoso. Pensaba que eso era de "blanditos" y "afeminados".

Su madre lo vio llegar, y desde el primer momento supo que pasaba algo. Conocía lo reservado que era su hijo, por eso, no preguntó y se limitó a observar.

Y observó, observó como Tomás día a día se iba volviendo huraño, siempre estaba malhumorado, pero nunca preguntó el motivo.

Mercedes terminó su velo de novia, precioso, con sus flores bordadas, punto de sol, punto atrás... Y comenzó su nueva tarea, debía darse prisa, la fecha se aproximaba, muchos fines de semana tuvo que negarse a salir con Tomás. No podía perder tiempo.

Su negativa para dar el paseo con él supuso todavía más celos, más sensación de separación, Tomás estaba cada día peor y más malhumorado. No podía permitir que le arrebataran lo que más quería, el forastero ese no se la llevaría.

Y allí, en el monte, sólo, con la naturaleza como testigo, comenzó a urdir su plan. La llamaría para darle algo o le diría que necesitaba hablar con ella urgentemente, que necesitaba contarle algo, y así pensó, cegado por la rabia y los celos, que Mercedes creería que la iba a dejar libre para que se fuera con "el otro". Pero estaba muy equivocada, si no era para él, no sería para nadie.

Las viejas de la plaza susurraban lo buen mozo que era Tomás y la suerte que tenía Mercedes de llevarse a un hombre tan trabajador y tan fuerte, un buen partido. Sin embargo él, cegado por su dolor, imaginaba que cotilleaban, lo que realmente eran piropos para su persona, a sus oídos, enfermos de celos, eran cotilleos y susurros de vieja hablando de las infidelidades de su novia. Pensaba que era digno de lástima y que la gente hablaba de él con desesperanza. Todo eso todavía lo enervaba más, todavía lo encelaba más...

Mientras tanto, Mercedes bordaba, bordaba, y bordaba aquel velo tan espléndido, aquel velo que hubiera hecho bella a cualquier muchacha, y lo terminó, y llamó a su primo Julián para entregárselo y éste la felicitó y la besó para agradecerle lo que había hecho; y Tomás lo vio y fue entonces cuando no lo dudó, llamó a la puerta de Mercedes y habló con ella.

Esta noche mi amor, cuando todos estén dormidos, nos vemos en la vieja cuadra.

"Vale", le dijo Mercedes, pero ¿qué me vas a contar?

Ya lo verás, solo te diré que nunca querré a nadie como a ti, y que siempre serás mía, hasta la eternidad.

Mercedes cerró la puerta, tan feliz y tan enamorada por lo que acababa de escuchar, que hasta tía Julieta y su primo notaron el rubor de sus mejillas.

Prima: sólo deseo que seas tan feliz como yo lo voy a ser. Cuando Teresa toque este velo y sienta su suavidad, sabrá que lo han tejido unas manos primorosas y preciosas que lo han hecho con cariño, seguro que tu velo es tan bonito o más que este ¿lo terminaste ,verdad?.

Si, ya lo tengo guardado, dijo Mercedes. Mi velo es el más bonito del mundo, estoy deseando estrenarlo el día de mi boda, lo he hecho con tanta ilusión y tanto amor que no veo llegar el día.

Julián se marchó muy contento con el velo que Mercedes la había bordado a Teresa.

Y la tarde pasó. Mercedes sabía que tenía una cita con Tomás, estaba nerviosa, deseaba que todos se acostaran para que llegada la noche pudiera salir furtivamente a su encuentro con Tomás.

Allí estaba, esperándola en la cuadra, Tomás la abrazó y ella avergonzada y un poco esquiva se soltó de sus brazos y rió.

Tomás, alguien puede vernos.

Ese comentario todavía encendió más a Tomás, en su mente podía oírse:

- Cuando te abrazaba "el otro" no eras tan melindrosa

Pero no dijo nada, tan sólo levantó el brazo y con un golpe certero terminó con la vida de una mujer que lo amaba, sin darle tiempo a decirle lo mucho que lo quería, y sin darle tiempo a contarle lo orgullosa que estaba de haber podido hacer feliz a una mujer que, invidente, no hubiera podido bordar su velo de novia.

Mercedes fue enterrada en el cementerio municipal. La velaron sus familiares toda la noche, y su tía Julieta no paró de comentar lo bellísima que estaba cubierta por aquel velo que bordó tan ilusionada y nunca pudo estrenar.

HOY EN DÍA MERCEDES SERÍA LA VICTIMA " X " DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO. EN AQUEL ENTONCES, FUE UNA MUJER MUERTA EN MEDIO DE UN MONTE A LA QUE POSIBLEMENTE ATACÓ UN DESALMADO Y A LA QUE SU APESADUMBRADO NOVIO GUARDÓ LUTO UN TIEMPO...

FIN

2015

Título: La despedida

Autor/a: María Gracia Aguilar Bañón

06

LA DESPEDIDA

“Las disgustos son menos con el estómago lleno”. Mi abuela nunca fue a la escuela, pero llegó a ser una mujer sabia, por eso de vez en cuando me regalaba alguna frase corta pero que encerraba toda su vivencia. Esta, en concreto, era su favorita, y no dudaba en ponerla en práctica cuando la ocasión lo requería. Y ocasiones, tuvo unas cuantas.

Por lo visto, las mujeres de mi familia tienen la virtud de vivir muchos años. Los hombres, por el contrario y por norma, mueren a temprana edad. Mi padre murió cuando yo era muy pequeña. Mi abuelo lo hizo al poco de nacer mi madre. Por eso mis imágenes de la infancia son esencialmente femeninas: la abuela al cargo del hogar y sus tareas, con especial amor por los fogones, donde derrochaba en ilusión y entusiasmo la pasión que no pudo ofrecer a su marido; y mi madre, trabajando siempre fuera de casa, aunque con pocas ganas, porque alguien tenía que conseguir dinero.

A mí, mientras, me encargaron la tarea de estudiar, aliadas las dos para que lo hiciera con ahínco y esmero, y para que así al menos alguna tuviese la oportunidad de llegar lejos. Y lejos, desde luego, llegué.

Por tierras latinoamericanas me hallaba cuando mi madre me avisó de que la abuela se apagaba: “No quiero yo hacerte venir y que te gastes el dinero, hija, pero creo que se muere...”.

Regresé cuando ya estaban en el tanatorio. Me despedí de la abuela sin aguantar las lágrimas, con esa congoja que se aloja en el estómago y durante horas y horas no permite compartirlo con nada más.

Se me atragantó la tristeza, mezclada con algo de culpa, por haberme perdido los últimos años de alguien que para mí era tan importante. Conflictos de la vida, que a algunos nos llevan hasta la otra punta del mundo buscándonos en vano.

Tras el entierro, volvimos a una casa llena de recuerdos pero vacía. Entré a la habitación de la abuela para encontrarme con la última sorpresa que la mujer me había guardado. En su cómoda, bajo el espejo, un sobre blanco gritaba mi nombre. Lo abrí controlando una emoción que se disparó nada más comenzar a leer:

“Le he pedido el favor a la hija de la Paqui, la carnicera, por no pedírselo a tu madre. La chica me mira con cara de que estoy loca, pero le obligo a escribir. Bueno no, que algo de dinero le he dado, que ahora los favores cuestan. A lo que iba: que os he dejado en el congelador mi despedida, para tu madre y para ti. Y no te pongas triste, mi niña, que desde que te fuiste, te siento más viva. Sé feliz. Y aunque sea desde lejos, cuida un poquito a tu madre”.

Cuando mis sollozos me lo permitieron, abrí el congelador. Dos fiambreras, una con mi nombre y otra con el de mi madre. No la llamé hasta que su plato humeaba sobre la mesa. Mi madre lo miró sin pestañear. No tuve qué explicarle la última ocurrencia de la abuela.

A mí me había preparado el guiso que tanto le loaba: patatas, pimientos y pedazos de niscalos que siempre disfruté como el mejor manjar que pudiera probar nunca. A mi madre su potaje preferido, con bacalao desmigado y los rellenos a los que siempre, siempre, les encontraba el punto.

Nos miramos antes de empezar. Intentos de sonrisa salpicados por lágrimas. El estómago agradecido tras tantas horas de abandono. Un poquito de la abuela en cada cucharada. Esta por su sonrisa permanente, recordé yo. Esta, por su manera dulce de reñir, dijo mamá. Con ésta, sus sinceras ganas de vivir. Y con ésta, el cariño que ponía en cada cosa que hacía.

Cuando los platos quedaron vacíos, la abuela llenaba la habitación.

Y mamá y yo reíamos.

2016

Título: Aquí no te puedes quedar

Autor/a: Miguel Ángel Molina Jiménez

07

Aquí no puedes quedarte

*El futuro tiene muchos nombres. Para los débiles es lo inalcanzable.
Para los temerosos, lo desconocido. Para los valientes es la oportunidad.*

Victor Hugo

Los ojos reseco de las ancianas me miran. Trato de infundirles mi espíritu, pero en la hondura de sus retinas apenas quedan vestigios de un anhelo pretérito, toneladas de escombros y resignación lo han terminado de sepultar con esta estúpida guerra. Sus rostros, surcados por infinidad de minúsculas fallas, lejos están de adivinar que no son más que una reproducción humana de la tierra hambrienta, tanto como la carne cuarteada de sus labios, que sin movimiento perceptible parecen decir: “Aquí no puedes quedarte”.

Dejo atrás el almacén desnudo de la ciudad y busco los caminos transitados, aquellos en los que un ininterrumpido flujo de gente aporte significado a mi existencia. Todos huyen del caos y el terror, se sienten forzados a recuperar una vida digna que creen merecer. Al lado de una vieja mula, un hombre de mediana edad avanza a pie. Reserva la montura para Amal, su hija, quien azuza al animal golpeándole el lomo con su única pierna. La otra, como tantas, debió llevarse la metralla. Decido unirme a ellos, les pertenezco, no persigo otro fin que ser motivo suficiente para que crucen tormentas de obuses sin temor a perecer desintegrados. A pesar de mi voluntad inquebrantable, después de un largo kilometraje de penurias en su compañía, el camino elegido tiene un final indeseado para mí. Hemos llegado a un campo de refugiados, para muchos un lugar seguro. Sin embargo, ese

horizonte de lonas blancas no puedo asumirlo como propio, no es el destino para el que fui concebida. De improviso, uno de los soldados que controlan el acceso levanta su fusil y dispara al aire. Trata de contener a una riada de recién llegados que, como nosotros, se agolpa a las puertas del campo. Una, dos, tres ráfagas. Quiero disuadirles de que no entren, pero sucumbo ante mi mayor enemigo: el conformismo. Por suerte, la joven Amal y su padre han entendido al igual que yo el mensaje que vomitan los fusiles. “Aquí no puedes quedarte”, gritan las balas con fuerza.

Nuestras naturalezas rebeldes nos aventuran por otras vías. Más intrincadas, sí, pero menos predecibles. Persisto en el empeño de encontrar almas afines que quieran imbuirse de mi esencia. En definitiva, ampliar el grupo para compartir ánimos y penalidades. Sé que puede parecerlo, pero mi egocentrismo no es absoluto. Debo confesar que esta necesidad de unión es recíproca, puesto que yo también dependo de quienes me acogen entre sus brazos. Sin su amparo cada uno de mis pasos estaría encaminándose al borde de un precipicio y en el fondo del mismo, a la árida nada. Pero no es nuestro caso, los pequeños manantiales, ahora vigorosos afluentes, pronto seremos el caudaloso río que tiene su desembocadura en el mar, la última frontera natural que nos separa del renacer con el que soñamos.

Cientos, tal vez miles. Un número más que suficiente para tender un puente humano hasta el otro lado. Por el contrario, las embarcaciones son escasas y los precios que exigen los traficantes desorbitados. El padre de Amal cuenta uno a uno todos sus ahorros. Al cambiar el último billete de mano, siente que se le comprime el pecho. Desolado, se acerca a la mula sobre la que espera su hija. Apenas sin mirarla a los ojos, la carga al hombro y la introduce en una de las lanchas neumáticas. Acto seguido, paga el importe de un solo pasaje. “Aquí no puedes quedarte”, piensa.

Amal llora, no puede dejar de hacerlo al vaivén de un oleaje inquieto. Llora la separación de quien hasta entonces había sido su único asidero, es muy joven aún para comprender que ha sido su padre quien me ha elegido a mí para acompañarla. Él me la ha confiado por completo, legando en ella todo lo que yo le pudiera ofrecer. Es un hombre inteligente, más dinero en el bolsillo no hubiera supuesto ninguna garantía a su éxodo personal. Yo, por intangible, soy mucho más valiosa que toda la riqueza junta. Por eso me abrazo a mi

protegida cuando la embarcación zozobra y los gritos se confunden en las aguas agitadas por el miedo. Amal tiene dificultades para mantenerse en la superficie, mientras a otros ya no se les ve. Es invierno para todos y el peso de la ropa supone un lastre insalvable. Ella tampoco ha tenido tiempo de aprender a nadar con una sola pierna. Se hunde, poco a poco, a medida que sus músculos ateridos van rindiéndose al cansancio. Trato de no perder contacto, de no desprenderme por completo de su brazo, de su mano, del último de sus dedos.

El cuerpo de Amal yace inerte en la playa. El hombre que la ha arrastrado hasta allí se arrodilla frente a ella y le aprieta con fuerza el abdomen. Luego abre su boca con ambas manos, insuflándole aire con gesto mecánico. Tras varias maniobras, la joven sufre un espasmo y expulsa una primera bocanada de agua. Luego vienen otras. El socorrista sonrío y se pasa la mano por la frente, mitad sudor mitad agua de mar.

—Ya estás a salvo, pequeña. ¿Cómo te llamas?—le pregunta en todos los idiomas que conoce.

—Amal —responde ella en inglés—. Me llamo Amal¹.

Su rescatador la mira feliz, es la recompensa de haber hecho bien su trabajo. Recién emergida de la muerte, solo la desvergüenza puede atreverse a decirle ahora a la joven Amal “aquí no puedes quedarte”.

¹ Esperanza en árabe

2017

Título: Un poético encargo

Autor/a: Miguel Ángel Carcelén García

08

UN POÉTICO ENCARGO.

Ni entendía ni quería entender. Eso era todo. Así se lo había gritado a su madre. Luego se arrepintió, como siempre. La pobre no tenía culpa de nada, demasiado había hecho la mujer sacándola adelante en un país extraño, sin conocer el idioma, malviviendo en una habitación realquilada y compartida con otra pareja, dejada de la mano del marido, que había vuelto a Argelia para unos meses y, después de veintiún años, reaparecía como si volviera de la compra. Nada de explicaciones, ¿para qué y por qué? Él era el hombre de la casa, al que se le debía respeto y sumisión, y, por tanto, si había vuelto para casarla con su primo Abdelmuyik, todo estaba dicho. Y lo peor era que no había forma de hacer entrar en razón a su madre. Le chillaba que no le debía nada a aquel hombre, que lo que tenía, un piso de protección oficial, una hija que la adoraba, unos ahorros y un trabajo como cocinera en Saldar Kebup, se lo había ganado con mucho esfuerzo y sin ayuda. ¿A santo de qué agachaba ahora la cabeza cuando volvía aquel hombre como si todo cuanto abarcase su vista le perteneciera? Una cosa era que mantuviera sus tradiciones, su forma de vestir, su religión, su idioma, sus guisos, por gusto y porque seguía relacionándose con sus paisanos, y otra que admitiera que se los impusiesen, que era lo que pretendía su padre.

Zulema había podido educarse en España gracias a su madre; y aunque nunca le sobró de nada, tampoco le faltó lo indispensable. Lo había pasado muy mal al principio por un doble motivo: porque era extranjera, y eso la diferenciaba del resto de sus compañeros, y por ser mujer, lo que la marcaba como alguien inferior entre sus compatriotas. Sin embargo, con empeño consiguió hacerse un hueco en ambas sociedades paralelas, y mientras que los primeros terminaron aceptándola con naturalidad, los segundos, desvinculados cada vez más de sus comunidades de origen, fueron concediéndole la importancia que merecía gracias a su don de gentes, a su prudencia y a sus brillantes resultados académicos. Era la primera argelina

nacionalizada española que defendía una tesis doctoral con calificación de matrícula *cum laude*. El sueño de su madre se había hecho realidad, verla doctorada en lo que a la niña siempre le había gustado, la filología hispánica.

Precisamente ahora, mientras se arrepiente de haber sido tan dura con su madre, recuerda las palabras de Alfonsina Storni, la poetisa argentina sobre la que versa su tesis doctoral, y siente todavía más rabia. Entiende que a su pobre madre no le puede hablar de la igualdad de la mujer en los términos en los que se expresaba la poeta, que le sería imposible hacerle comprender el sentido liberador de sus versos, su educación no da para tanto, pero no le cabe en la cabeza que se ponga una venda en los ojos ante lo obvio: ella no es menos que su marido, todo lo contrario.

Ya en su habitación, relee, para tranquilizarse, el párrafo con el que encabezó su trabajo, las palabras del diario de Alfonsina al ser nombrada jurado por el Intendente Municipal de Buenos Aires, en 1931, primera vez que tal nombramiento recaía en una mujer: «La civilización borra cada vez más las diferencias de sexo, porque levanta a hombre y mujer a seres pensantes y mezcla en aquel ápice lo que parecieran características propias de cada sexo y que no eran más que estados de insuficiencia mental. Como afirmación de esta limpia verdad, la Intendencia de Buenos Aires declara, en su ciudad, noble la condición femenina». Habían pasado tantas décadas desde que se alegrara la poetisa de que comenzaran a ser reconocidas las virtudes que las mujeres, esforzadamente, demostraban, que se le antojaba inconcebible que todavía se produjeran situaciones como la que le estaba tocando vivir. En cualesquiera otras circunstancias habría admitido que no se trataba nada más que de una pesadilla de la que despertaría de improviso. Pero los gritos de su padre le llegaban demasiado nítidos desde el salón como para poder aferrarse a semejante ilusión. Porque no se enfrentaba a una pesadilla su novio Karim, tan liberal él, tan progresista, tan europeo, no había desviado la mirada cuando le propuso que se marcharan a vivir juntos después de las

amenazas del padre; ni su madre había hecho oídos sordos a sus ruegos de que expulsase a su padre de casa. No estaban en Argelia, sino en España, nada más fácil que llegarse a una comisaría a denunciar a un cavernícola –que ni siquiera tenía la documentación en regla- que pretendía que su madre se colocase el burka incluso cuando trabajaba en la cocina del restaurante, y que ella se casara con otro troglodita de hechuras parecidas al que, por muy primo suyo que fuera, jamás antes había visto. No obstante, ni su novio ni su madre lo veían de ese modo. Karim no podía enfrentarse así como así a su padre, el que habría podido ser su futuro suegro; llevarle la contraria equivalía a ponerse a mal con sus propios padres, con su propio jefe, con los suyos. Karim no tenía estudios ni su facilidad para relacionarse con la gente, dependía del trabajo de la marroquinería, les debía lealtad, de lo contrario, ¿qué iba a ser de él?, ¿quién lo contrataría?, ¿cómo saldría adelante? Y su madre, su pobre madre, también perdería el trabajo en el restaurante y sería repudiada por los suyos. Eso decía, sin caer en la cuenta de que los suyos era ella, Zulema. Repudiada por los suyos y por Alá. Zulema recordaba los versos de Alfonsina: “¿Qué Dios merece semejante nombre si no mira igual a todos?”. Y se esforzaba por poner en práctica sus poéticas recomendaciones:

Tanta dulzura, para bien sentida,/ que digo al mal que me consume: olvida,
y al fuerte daño que me dan: perdona.

No obstante, era superior a sus fuerzas, las palabras olvido y perdón parecían haberse borrado de repente de sus sentimientos. ¿Cómo perdonar a quien veía natural encarcelar a una mujer dentro del traje de tortura que constituía el burka? Cuando su padre se presentó ante ellas y comenzó a deshacer la maleta, sacando un par de esas vergonzantes vestiduras, imaginó que se trataba de una broma, o del encargo de algún fanático, mas cuando de la risa pasó a la exigencia la perplejidad se convirtió en odio. Por supuesto que sabía qué sucedía en su país con respecto a las atrocidades que se

cometían con las mujeres, pero ni por asomo concebía que ni siquiera a tanta distancia estuviesen libres de tal peligro. No le volvió a dirigir la palabra a su padre, cuanto tenía que decirle lo hacía a través de su madre. Sólo se permitió una concesión al saber que los ahorros de toda una vida, ganados con el esfuerzo de la pobre mujer, iban a ser dilapidados en su dote, es decir, entregados en forma de regalos a un joven sin oficio ni beneficio al que le correspondían por el solo hecho de haber nacido varón. Entonces sí le gritó a quien ya no consideraba su padre, le gritó, le insultó y de buena gana lo habría abofeteado si él hubiese intentado responder a sus exabruptos.

Cierra las páginas de su tesis doctoral, acaricia su lomo y lee en voz alta: “El lenguaje poético como motor de liberación femenina. (La figura de Alfonsina Storni). Por Zulema Ayad”. Lo tiene decidido, esa misma tarde ha contestado afirmativamente a la propuesta de la facultad de Valencia, no es un gran sueldo, pero servirá para poner tierra de por medio y para poder vivir con dignidad. Por eso comienza a hacer la maleta. Se siente como debió sentirse Alfonsina al ser nombrada jurado en Buenos Aires, quizás peor, porque ella no cuenta con apoyos. La poesía que mejor casa con su estado de ánimo es otra:

Y una noche triste, cuando no me quieras,/ secaré los ojos y me iré a bogar
por los mares negros que tiene la muerte,/ para nunca más.

A su madre le dejará un encargo, un poético encargo que casi le copiará al último poema de Alfonsina:

Déjame sola: oyes romper los brotes.../ te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases/ para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono/ le dices que no insista, que he salido...

Ya no se rebajará más, no suplicará a Karim ni a su madre que lo reconsideren. Ellos han hecho su elección, Zulema también. No lo entendía, pero es que tampoco quería entenderlo. Eso era todo.

Al día siguiente salió de casa sin despedirse, ¿para qué prolongar el sufrimiento? Miró, una vez más, el móvil por si encontraba un mensaje de última hora de Karim. En vano. Caminó lentamente hacia la estación. Se sentía extrañamente liviana, liberada, agradecida..., a pesar de que dejaba atrás lo que había constituido su vida entera. Siempre lo había considerado un ancla y ahora se revelaba como un lastre. Caminó como debió de hacerlo Alfonsina por las arenas de la playa de La Perla cuando se dirigió hacia la mar y se fue hundiendo lentamente en las aguas de Mar del Plata, hasta hacerse una con la nada.

Te vas Alfonsina con tu soledad,/ ¿qué poemas nuevos fuiste a buscar?

Alfonsina, vestida de mar...

Zulema no se estaba suicidando, mas comenzó a faltarle el aire y una lágrima se le heló en la mejilla. Dejó la maleta en el suelo y consultó el panel de los horarios. En ese momento alguien recogió su maleta y rodeó sus hombros. Karim le sonreía y enarcaba las cejas en un gesto curioso de disculpa. Tras de él también sonreía su madre, cargada con mil bolsas y vestida de domingo.

- ¡Menos mal que todavía quedaban billetes para nosotros! –acertó a decir el muchacho.

- A mí dejadme el lado de la ventanilla –pidió la madre-. Por cierto, hija, en Valencia no pasaremos tanto frío, ¿verdad?

Una voz antigua, como de viento y de sal, le requiebra el alma a Zulema. La está llevando. Las olas se están abriendo a su paso y le faltan manos para abrazar a su madre y a Karim.

2018

Título: Te quiero contar un cuento

Autor/a: M^a Teresa Sandoval Parrado

09

“TE QUIERO CONTAR UN CUENTO”

Amparo cierra los ojos fuerte. Los vuelve a abrir. Como si fueran el disparador de una cámara de fotos antigua intenta capturar la imagen que se le ofrece a través de la puerta que da al patio, con la sublime intención de que quede gravada muy adentro y para siempre. Allí, en el porche, el calor de la tarde va decayendo, y la luz de verano, templada, pulida, se cuele entre los huecos de las hojas del emparrado, empeñándose en pintar la estampa con la voluntad de un artista costumbrista, derramándose después lánguidamente sobre las macetas, sobre las hamacas de alegre estampado, sobre la niña que se mece levemente en el balancín con un libro entre las manos. La pequeña Camila mantiene la atención concentrada en un cuento de gran tamaño, con el gesto ceñudo e inconfundible que ha heredado de su madre. A la estampa le acompaña una banda sonora cotidiana e inocente: la conversación amortiguada de los que están dentro de la casa, el chapoteo y las risas de unos niños en alguna piscina cercana, el ronroneo de un motor de riego haciendo su trabajo... todo habitual, y sin embargo la combinación extraordinaria para que Amparo de pronto sienta una profunda sensación de paz, de perfecto orden en el universo.

La niña enseguida detecta su presencia, y la mira inquisitiva y suplicante.

- Abuela, ¿te leo un cuento?

Ella se acerca y le da un beso en el pelo. Camila le hace un sitio a su lado y la abuela se sienta abrazándola con amor, mientras contempla el libro. Es un cuento de hermosas ilustraciones que relata una historia de dragones y princesas con letras esbeltas, elegantes, como simbologías arcanas cargadas de todos los misterios del mundo. Amparo se permite el placer de acariciar las páginas satinadas al tiempo que inevitablemente recuerda que hasta hace no demasiado tiempo esas mismas letras le

habían causado respeto, casi pavor; una pesada mezcla de miedo, de inseguridad, y casi de vergüenza. Sí; una vergüenza sin responsabilidad pero asumida como propia.

Ella nunca fue al colegio. Cuando nació, sus padres vivían en un cortijo, en mitad de ningún sitio. El camino hasta el pueblo era demasiado largo para que una niña lo hiciese sola, y sus padres no contaban con tiempo ni recursos para llevarla hasta allí, a ella primero y a sus hermanos después. Tenía recuerdos remotos de un tiempo en el que un maestro itinerante aparecía de cuando en cuando por el cortijo. A sus dos hermanos y a ella se les unía entonces el hijo del cabrero y otros dos niños de un caserío cercano. Se sentaban todos alrededor de la mesa de la cocina, alumbrados a la luz de un candil, y se aplicaban en las tareas que les ponía el maestro, esperando con expectación a ver qué misterios surgirían de su vieja cartera o de su boca, en cualquier caso siempre ingenios como los escondidos en el sombrero de un mago, y ella se empleaba todo lo que podía en aquella experiencia tan extraordinaria, sabiendo que sí, que aquello de descubrir la existencia de tantas cosas era pura magia. Pero duró poco. El profesor un día desapareció igual que había aparecido y ellos quedaron de nuevo en la oscuridad de la ignorancia, con la sensación de que una puerta que se había abierto sigilosamente se había vuelto a cerrar, de golpe, dejando tras de sí un eco sordo y desconsiderado. Vivieron pues la infancia ajenos a los libros, y para cuando a sus padres les ofrecieron un trabajo mejor y se mudaron al pueblo, ella ya tenía catorce años y se consideró que era demasiado mayor para comenzar en el colegio. A cambio entró como aprendiz en un taller de costura, y allí transcurrieron unos pocos años, hasta que conoció a Isidro y se casaron.

El primer hijo llegó muy pronto, y luego siguieron los demás, uno detrás de otro, hasta cinco. La casa, los niños, el huerto, era demasiado el trabajo como para ponerse a pensar en letras. Claro que hubo muchos momentos a lo largo de su vida en los que deseó aprender lo que no había aprendido, pero nunca fue el momento. Muy especialmente recuerda su frustración cuando sus hijos comenzaron a ir al colegio y

demandaban su ayuda al hacer sus tareas. Ella siempre sentía esa vergüenza que era como una losa que cada día aprieta un poquito más, y se veía obligada a decirles que aguardaran a que volviera el padre, y así, cuando Isidro regresaba de la fábrica poco antes de la hora de cenar, de mala gana se sentaba con ellos y resolvía sus dudas mientras pudo, porque aunque él sabía leer, escribir y algunas matemáticas básicas pronto también se encontró incapaz de poder ayudarles.

Después, cuando fueron mayores y pudo disponer de un poco de tiempo para ella, fue cuando comenzaron los problemas en la fábrica donde trabajaba Isidro, y para conseguir un poco de dinero extra se puso a coser otra vez. Eran pequeñas faenas, arreglos de ropa, vestidos sencillos para las vecinas; ahí también echó mucho de menos saber escribir, pero sus carencias las rellenaba con imaginación. Identificaba algunas letras, y le servían según su forma para representar a las clientas, aunque era una simbología suya, secreta, que en ocasiones hasta la hacía reír. Antonia, era una I minúscula, por su forma esbelta, aristocrática. Paquita, tan pechugona ella, era una R, y Reme una D, mayúscula, rotunda también como ella. Y así muchas otras, letras escritas en los patrones o en las notas que dejaba prendidas en las telas, todas ellas perfiladas con el mismo mimo que hubiese empleado el más pulcro dibujante, mostrándose con modesta audacia en una pequeña muestra de lo que pudo haber sido y no fue.

Siempre había sido consciente de lo que se había perdido, de esa especie de quebranto con el que la cargaron las circunstancias de la vida, pero en aquella época de madurez tuvo mucho más presente lo trascendente que debía de ser tener la capacidad de convertir lo rutinario en extraordinario trazando con palabras el mundo propio. Cuando iba a la mercería se imaginaba lo hermoso que sería apoderarse de vocablos tan bonitos como muaré, terciopelo, encaje, hebillas,... una larga serie de términos que alguien inventó por primera vez y habían tenido la fuerza para establecerse de forma universal. En la cocina le ocurría lo mismo, y en el mercado.

Qué maravillosa capacidad la de saber escribir, leer, crear e interpretar los marcos de la vida como quien hace que se unan las hebras que formarán una puntilla de encaje fino. Y justo cuando había creído que aquello estaba perdido para siempre, llegó el milagro de la mano de otro milagro más grande, infinito: su nieta Camila, el detonante que le hizo querer crecer con ella.

El tema de su analfabetismo había sido aceptado desde el principio en casa como algo normal e inevitable, por eso el día que anunció que iba a matricularse en el curso de alfabetización para mayores Isidro la miró como si estuviese loca. “¿Y ahora para qué, mujer?” “Pues porque sí, Isidro, porque sí”. Podía haberle explicado tantas cosas: porque me muero por leer los nombres de las cosas en el mercado, porque me da vergüenza ir al banco a hacer alguna gestión y tener que decir que no sé leer, porque me gustaría poder ir a la biblioteca y sacar todos esos libros tan hermosos, ... pero sólo dijo una: “Porque quiero poder leerle cuentos a mi nieta”, e Isidro movió la cabeza, de un lado a otro, en ese gesto que hacía cuando se sentía impresionado o conmovido en exceso y no sabía gestionar el sentimiento. Y así de fácil fue el principio.

El primer día que se presentó en el centro de adultos tenía una inquietud en el estómago semejante a la que debía sentir un pequeño en su primer día de guardería, pero cuando se vio rodeada de otras personas que como ella habían llegado tarde pero con la valentía de esperar a otro tren, se sintió mejor, más segura. Fue un año de emociones, de mucho empeño y grandiosos resultados.

No podría olvidar nunca la alegría al acabar el curso y recoger su diploma. En el centro les hicieron una fiesta a los graduados. Un simpático acto, con merienda y diploma incluido. Asistieron todos sus hijos y la misma Camila, en la primera fila, con un vestido de domingo y el gesto solemne, quizá porque ella misma, mejor que nadie, sin

necesidad de explicaciones, reconocía el esfuerzo de lo que su abuela acababa de conseguir. Las dos hermanadas en la ciencia de aprender.

Tampoco olvidaría nunca que Isidro, tan bruto, tan torpe en ocasiones, al llegar a casa le tenía reservada una sorpresa digna del mejor de los caballeros. Envuelto en papel de regalo le entregó un libro, un libro que Amparo leyó muchas veces y que guardaba celosamente en su mesilla de noche, como la mejor declaración de amor.

Camila le toca la mano y ella despierta al presente. Los ojos de la niña la esperan, y ella le sonrío.

- ¿Quieres que lo leamos juntas, cariño?
- Pues claro, Abuela.

Ahora es Isidro quien se ha asomado a la puerta del patio. Cuando ve a la abuela y a la nieta concentradas en el libro cierra los ojos, los aprieta como si fueran el disparador de la cámara de fotos antigua,...

FIN

2019

Título: Otro mundo es posible

Autor/a: Miguel Ángel Carcelén García

10

OTRO MUNDO ES POSIBLE.

“¿Cuánto vale un hombre?

Lo que una persona.

¿Y una mujer?

Lo que una persona”.

Ibn Yusuf Azdi

Esperanza aguarda la salida del patrón. La cubre el luto y el desasosiego.

“¡Que espere lo que tenga que esperar, ya estoy harto de hacer caridades a las viudas! ¡Lo importante ahora es cuadrar las cuentas!”, grita don Reyes al contable.

Esperanza lo oye y se encoge todavía más en su asiento, arrebujándose con el chal. Hace frío en la oficina de la mina; por la rendija de la puerta del despacho del patrón sale de vez en cuando una corriente cálida que sus pies agradecen. Es temprano todavía. Calcula que si don Reyes no se demora en atenderla llegará a tiempo para despertar a Marta y Andrés a la hora acostumbrada. Si no fuera por sus hijos...

“¡Pues aprendes, maldita sea tu estampa! –continúa gritándole al contable-. No es tan difícil, ya te lo he repetido cien veces en los últimos meses: ingresos menos gastos y calcular el tres por ciento sumándole el incremento semanal del precio del carbón...

El hombre aguantaba con entereza la reprimenda, llevaba haciéndolo desde que el patrón se empeñara en que se hiciese cargo de las cuentas. Él era el único en el pueblo que había terminado la escuela y que sabía leer con soltura y resolver las cuatro operaciones matemáticas básicas. Antes venía un contable de León, cada quince días llegaba puntual el encopetado señor, hacía noche en la fonda del pueblo y ponía al día los libros de debe y haber para terminar comiendo con el patrón. Don Reyes, además de sus honorarios habituales, tenía que abonar sus costosos traslados desde León hasta aquel valle perdido, su alojamiento, su manutención y algún que otro capricho. Una pequeña fortuna. Por eso prescindió de sus servicios y quiso que Ginés, el más espabilado de sus trabajadores, lo relevase. Pensó que sacarlo de la dureza de la mina sería suficiente estímulo para que el muchacho se aplicase y se hiciese pronto con la mecánica de las sumas y restas. Pero se equivocó. Ginés sabía buscar las vetas, atacarlas como nadie con el mínimo esfuerzo, dar la mejor continuidad a las galerías para evitar riesgos..., Ginés, como su padre y su abuelo y su bisabuelo, conocía la mina, pero no las variaciones del mercado del carbón ni las notificaciones incomprensibles que recibía por parte de los bancos. A él no le había hecho ningún favor don Reyes.

“¿Qué resultado da, a ver, cuál es el interés neto?”. Ginés se estrujaba los sesos, miraba los papeles, movía las cuentas del ábaco con escaso oficio, fijaba la vista en el tintero, en el rostro expectante del patrón, otra vez en los papeles, agachaba la cabeza y se arriesgaba con un hilo de voz: “¿El siete por ciento?”. Don Reyes estallaba: “¡Dios bendito!, ¿cómo va a ser el siete por ciento?, ¿tú crees que yo puedo pagar los jornales de treinta

trabajadores con un siete por ciento de beneficio sobre el incremento del precio del carbón? ¿Me tomas el pelo?”.

Esperanza seguía la conversación a su pesar. Se había percatado de que Ginés, de forma tímida pero constante, le recordaba al patrón que ella seguía allí esperando ser recibida. Lo hacía por librarse de la ira de don Reyes, sí, pero se lo agradecía igualmente. “¡Que espere, que espere, que ya estoy hasta las narices de pedigüeñas!”. No era el mejor de los presagios, en absoluto. Ella quería trabajo, no caridad. Su marido había fallecido en la mina tres meses atrás y la pensión que le había quedado apenas le alcanzaba para mal vestir y dar de comer pobremente a sus dos hijos. Ni con la ayuda del sindicato de mineros sumada a la escasa que su pobre suegra le ofrecía podía subsistir con dignidad. Había estado a punto de abandonar muchas veces y dar la razón a sus padres, pero a Marta y a Andrés se les acumulaba toda la tristeza del mundo en la mirada cuando les sugería la posibilidad de marcharse del valle e ir a vivir con los abuelos a León. Los niños habían nacido allí, tenían su vida allí, conocían el valle y a él pertenecían, abandonar todo aquello para trasladarse a la gran ciudad habría sido poco menos que encerrarlos y, aunque le costase reconocerlo, aquella huida habría supuesto también traicionar la memoria de su marido y sus propios ideales. Se recolocó el chal y la bufanda, estiró los pies buscando el calor del despacho y suspiró. Otra media hora más y los niños no llegarán a la escuela, pensó. Por un momento se abandonó a la idea de lo bien atendidos que estarían sus hijos en León y se preguntó qué hacía ella allí. Una joven con estudios, con educación, de buena familia..., ¿por qué no daba su brazo a torcer y regresaba con sus padres? Ellos no vieron

con buenos ojos que se casase con un simple minero de Villablino, que se enterrase en vida en la miseria de un pueblo perdido, no entendieron que pudiera ser feliz en una casa sin comodidades ella que las había tenido todas desde pequeña; no entendieron que el amor pudiera obrar el milagro de convertir una cabaña en un palacio. Al morir su marido los padres parecieron apiadarse y le ofrecieron olvidar las antiguas rencillas si, como hija pródiga, regresaba a León. “Una mujer sola, mejor dicho, con dos criaturas, no tiene ninguna oportunidad”, le dijeron. Y a ella le hirvió la sangre. Una mujer sola tiene las mismas oportunidades que un hombre, les dijo y se dijo, y lo voy a demostrar. Pero el enfado creciente de don Reyes vaticinaba que le sería difícil demostrarlo. Por fin, tras el grito más desaforado que le había escuchado en su larga espera al patrón, lo vio salir con el gesto desencajado. Ella se levantó. Casi al mismo tiempo don Reyes, batiendo las palmas hacia abajo, le indicó que se sentara. Intentó controlar el tono de voz antes de preguntar qué se le ofrecía. “Busco trabajo”. Él arqueó las cejas y resopló: “Mira, Esperanza, lamento lo de tu marido, te lo dije en su momento, pero yo tengo un negocio que sacar adelante y no me puedo dedicar a la caridad. ¿En qué quieres trabajar?, ¿te consideras igual de fuerte que un hombre para acarrear el mineral?, ¿aguantarías ocho horas bajo tierra respirando polvo? ¡Mírate!, estás en los huesos. Aquí no hay sitio para mujeres... Y, ahora, si me disculpas”. Don Reyes la saludó con una inclinación de cabeza y comenzó a andar. Justo cuando iba a salir de la oficina la oyó decir: “Setenta y dos con cuarenta”.

- ¿Perdona? –se sorprendió el patrón.

- Digo que el incremento del beneficio sobre el precio del carbón de esta última semana ha sido de un setenta y dos con cuarenta. Antes los he oído hablar de eso, y como gritaban...

Don Reyes quedó entre sorprendido y pensativo:

- ¿Me estás diciendo que has hecho los cálculos de cabeza?

Asintió. Al hombre se le dibujó una sonrisa en el rostro.

- Bien, pasa, quizá aquí si haya sitio para mujeres.

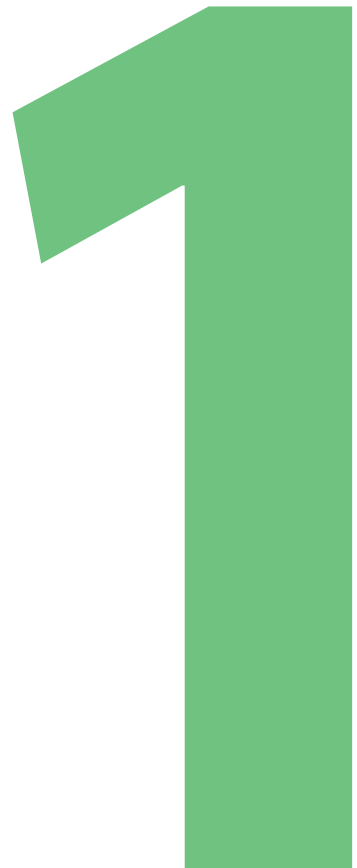
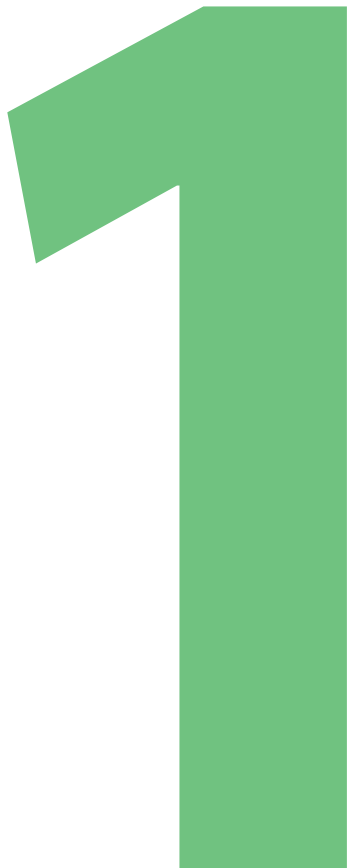
Al día siguiente Esperanza comenzó a trabajar como contable de la mina. Diez años más tarde, muchos después de que se hubiese convertido en mano derecha del patrón, también su hija Marta formaba parte de la plantilla de trabajadores: como antes había hecho su padre, y su abuelo, y su bisabuelo, bajaba a diario a las galerías a arrancarle a las entrañas de la tierra su preciada cosecha mineral.

Seudónimo.- Esperanza

2020

Título: Pañales

Autor/a: Eduardo Rodríguez Medina



'Pañales', por *Bufón Errante*

Suena la misma canción que aquella vieja radio de la abuela susurraba entre interferencias hace ya tantos años, y que tú canturreabas con esa voz para nada afinada, pero melódica y melosa, agradable y apacible para mis oídos dentro de su desafine intrínseco. Y percibo el mismo olor, una mezcla de polvos de talco, con una fragancia pueril y volátil, y un aroma ligeramente afrutado. Y, es imposible de creer, pero me recuerdo allí, panza arriba, desnudo de cintura para abajo, esperando quieto y expectante con la vista fija en el desconchón del techo a que continuara aquello que para mí era un delicioso ritual diario. Una placentera rutina que dejaba ahíto de sensaciones mi minúsculo cuerpo. Esas manos que no hicieron más que trabajar durante toda su vida, pero que eran tan suaves al tacto como las orejas de Platero o unas sábanas de seda. Ese caminar de tus dedos rugosos y desgastados para alborotar mi incipiente cabello rizado, ese soplido por mi cara redonda todavía apenas sin facciones, esa pedorreta juguetona en mi barriga, ese cariñoso pellizquito final cuando ya estaba 'aviado', esa delicadeza en todo, en definitiva.

Son innumerables las veces que hiciste aquello, unas cuantas al día, unas muchas a la semana, unas miles al año, una infinidad en esta vida. Y siempre con esa sonrisa, con ese soplido, con esa pedorreta, con ese pellizquito final.

Recuerdo más cosas, claro. Como la sopa hirviendo que servías, el arroz socarrado de la paella de los domingos, el Bitter Kas o el mosto que te tomabas con un solo hielo las contadas veces que salías al vermú y te permitías disfrutar apenas un poco, y los purés de fruta. Aquella mezcolanza aromática llena de vitaminas y de amor, sobre todo amor. Recuerdo también el frío suelo de terrazo recién fregado, reflejando los objetos cercanos como si de un pequeño oasis casero se tratara. Y tantos y tantos recuerdos más, como los días gélidos en los que camino del cole tomabas mi cuaderno para que yo pudiera guarecer mis pequeñas manos ateridas en los bolsillos de ese abrigo heredado.

Y hoy estamos aquí. Suena aquella misma canción y, como ya no puedes canturrear, te limitas a susurrarla entre balbuceos, pero sigue sonando igual de

cálida y preciosa en tu boca, igual de emocionante. Y ahora soy yo el que se está tomando un Bitter Kas con un solo hielo mientras me esperas panza arriba, desnuda de cintura para abajo. Y ahora soy yo el que soplo suavemente sobre tu cara vetusta y agrietada, el que revolotea sus dedos temblorosos por ese mar plateado de tu cabello, el que amaga con hacerte una pedorreta sobre tu flácida barriga y el que se corta del pellizquito final para evitar moratones.

Y ahora soy yo, en definitiva, el que entiende que, aunque éramos pobres, fui tremendamente afortunado, el que te cambia el pañal sucio como si de un ritual se tratase. Y lo hago, o es mi intención al menos, con la misma ternura que tú, con la misma delicadeza aunque mis manos sean más inexpertas y más torpes, con el mismo amor que tú me impregnaste como aquellos polvos de talco sobre mi recién estrenada piel. Y suplico por poder hacerlo algunas veces al día, muchas a la semana, ojalá miles este año, aunque sé que no alcanzaré tu infinidad. Porque no quiero que te vayas nunca. Porque te quiero, mamá.

2021

1º PREMIO:

Título: La taza de té

Autor/a: Elena Solera Muñoz

2º PREMIO:

Título: La niebla de sus ojos

Autor/a: Agustín Blanco Redondo

MICRORRELATO:

Título: De reinas varias

Autor/a: Carlos Plana Veret

12

La taza de té

Allí estaba humeante, urgente y sin darle ocasión para diluir sus obligaciones. El té de las once y media. Esa mañana, al descubrir que algo ocupaba su mente ya desde muy temprano, que el sueño le había resultado de todo menos reparador, que las mantas habían amanecido revueltas en exceso, se había prometido que no postergaría la decisión más allá de su pausa de media mañana. Y don Bernardo Núñez de Alhama era un hombre de palabra. Antes de que pasaran tres cuartos de hora habría decidido si tenía que despedir a Ramiro Fuentes o a Gloria Espinosa.

El té que le había traído su secretaria, un *earl grey* oscuro, estaba demasiado caliente para darle el primer sorbo. A don Bernardo le gustaban las cosas que funcionaban con una exactitud: las manecillas de un reloj que nunca se atrasaban, el vencejo que siempre daba el primer vuelo en la misma dirección, la gente puntual, las cuentas que cuadran, un soufflé esponjoso por dentro. Odiaba, por ejemplo, los puntos suspensivos, que le parecían una manera injustificada de alargar las cosas. Sin embargo, tomar esa decisión le resultaba terriblemente difícil. En el último año las cosas en la empresa no habían ido tan bien como a él le habría gustado. Y, si algo sabe un empresario, es que el principio del fin llega cuando uno se conforma con tener menos beneficios. Además, el cambio era obligado. Los tiempos estaban cambiando. Más que una plantilla comercial consistente, lo que necesitaba su firma cada vez más era desarrolladores, programadores y expertos en marketing digital. Don Bernardo se mesó los cabellos canos, que se le retorcían como hebras de alambre si no los domaba con colonia todas las mañanas, mientras servía el azúcar —sólo la mitad del sobre— en su té. Todos estos cambios no le habían pillado con el pie cambiado. Siempre tuvo la destreza de saber rodearse y seguir los consejos de los más jóvenes. Solía labrar la confianza de sus subordinados a conciencia: les

invitaba a comer, se interesaba por conocer a sus familias y les abría las puertas de su hogar dos veces al año, una para Navidad y otra para la fiesta de verano. Ah, qué difícil era aquello. Antes de comenzar, se tomó un tiempo para observar la foto de familia, con todos los empleados de la empresa, que estaba colgada en la pared de su derecha. Ahí se había plantado. No entendía la moda de instalar mamparas de cristal. Siempre ha habido cosas que es mejor que no sepa todo el mundo.

Así que, sin más dilación, sacó una carpeta de su maletín. En primer lugar, revisaría todas las cuentas. Lo había hecho por primera vez hacía más de un mes. Y, luego, dos semanas más tarde. A sus años don Bernardo se fiaba de su memoria. Ese día tampoco le decepcionó. Confirmó que la partida que más pesaba sobre los estados contables era la masa salarial y que un ajuste en el departamento comercial sería el que menos comprometería la viabilidad de las operaciones en el próximo ejercicio. Se acercó la taza a los labios. El primer sorbo le resultó menos reconfortante que otras veces. No había duda. Prescindir de algún comercial más joven apenas tendría impacto en las cuentas, una pizca de sal en el océano. Tendría que prescindir de uno de los salarios más cuantiosos: o Gloria, o Ramiro.

Dejó la taza sobre el platillo. Se quitó la americana y la colgó en el respaldo. No le apetecía levantarse. Una rodilla no acababa de responder todo lo bien que le gustaría. Tomó dos hojas de papel y escribió en la esquina superior derecha sus iniciales. Le resultó extraño porque solía dirigirse siempre a ellos por su nombre de pila. Después hizo dos rayas verticales, una en cada folio, con la intención de escribir a un lado las ventajas y al otro los inconvenientes de despedir a cada uno de ellos. Comenzó con Ramiro, no sin antes darle un nuevo sorbo a su bebida.

Ramiro había comenzado a trabajar con él hacía quince años. No era su primer empleo pero casi. Vendía por vocación y eso, junto con su talento natural

para tratar con las personas, hacía de él un comercial imbatible. Se movía con los proveedores como pez en el agua. Tenía sus números de teléfono personales. Don Bernardo lo definía como el típico comercial de producto. Se mezclaba con los diseñadores, trasteaba con los prototipos, se conocía las referencias como si él mismo fuera un catálogo parlante. Tanto los competidores como los clientes que trabajaban con él halagaban a don Bernardo diciéndole que Ramiro era el único comercial honesto del sector. Él se jactaba que, después de tantos años, era casi un hijo para él. El propio Ramiro tenía “dos gemelas que roban el corazón”, en palabras de don Bernardo, y su mujer había creado una canal de recetas de cocina online que sumaba más de diez mil seguidores. Mientras don Bernardo alzaba la taza, el sólo hecho de pensar que estaba decidiendo si dejar en la calle a un padre de familia le provocó un escalofrío. Después de contenerlo, bebió un trago. Con los nudillos en la boca, se aguantó una tos.

La bellísima Gloria daba un perfil radicalmente distinto. Había llegado a la empresa hacía cinco años, después de haber pasado por una decena de puestos en diferentes compañías del sector. La ficharon por su habilidad con los contratos farragosos y su instinto letal en las negociaciones peliagudas. Además, cuando había problemas en la cadena de suministros, siempre conseguía salvar los papeles de cara al cliente. A pesar de que resultaba en ocasiones muy directa, siempre se la podía enviar a plantarle cara a los peces gordos: sabía arreglárselas. A veces revisaba las cuentas de Ramiro, entre los dos se llevaban muy bien, porque a él siempre se le escapaba alguna errata, alguna cifra que no cuadraba o alguna entrega que no había sido actualizada. Los dos sabían que a don Bernardo esas cosas le ponían muy nervioso. En lo personal, seguía soltera. No había tenido suerte con el amor —esas cosas en una empresa tan pequeña se saben—, sus

novios se habían sucedido como hojas del calendario sin que ninguno llegara a durar en activo más de año. Gloria y Ramiro se trataban mutuamente con una profesionalidad exquisita, incluso, según le habían chivado en un corrillo a don Bernardo, Ramiro le presentó a ella un amigo de su confianza con la esperanza de que fuera el definitivo. Pese a que el don de gentes no era la mejor de sus virtudes, en particular si se la comparaba con Ramiro, cuando un nuevo becario entraba a trabajar en el departamento comercial, era Gloria quien se encargaba de formarle. Era implacable. Sin embargo, todos se despedían al término de su contrato con gratitud por todo lo que habían aprendido. Lamentablemente llevaban mucho tiempo sin contratar a nadie.

Después de escribirlo todo, sintió que se le hacía un nudo en la boca del estómago. Tendría que consultar las cifras de ventas del último año para desempatar. Hechos los números, escritas las conclusiones, don Bernardo se asomó a su taza. Todavía quedaba la mitad del té. Hizo añicos las dos hojas. Marcó el número de Ramiro. Sabía que no era lo más oportuno, que el despedido debía ser quien se enterase primero de la noticia, pero confiaba en él. Como en un hijo. Quería informarle de la situación y pedirle discreción para los próximos días. Lo pilló de camino a una nave comercial de Alcorcón. Paró el coche en una estación de servicio y lo escuchó atentamente. Después le dio las gracias y se quedó un momento en silencio.

—Don Bernardo, tengo que decirle algo. ¿Sabe que Gloria está embarazada?

Al terminar la conversación, apenas quedaba líquido para darle dos sorbos al brebaje que estaba ya frío como una losa. Don Bernardo miró de nuevo el cuadro. Se levantó de su asiento y dio unos cuantos pasos por su despacho de paredes opacas. De vez en cuando, se miraba la punta de los zapatos y luego miraba de

nuevo al frente, como un cura que hace las cuentas del cepillo. Tardó cinco minutos y se sentó de nuevo en su silla. Antes, se puso de nuevo la americana y se ajustó el nudo de la corbata, como si alguien le estuviera mirando del otro lado del teléfono.

Alzó el auricular del teléfono y, tratando de contener el pulso, marcó el número de Gloria, que estaba fuera de la ciudad descansando unos días. Le comunicaría la decisión personalmente en sus despacho y él estaría allí para formalizar todos los papeles pero quería, en cierto modo, anticipar lo que iba a suceder.

—Gloria.

Le habló de la historia de la empresa, le contó que había analizado los estados contables en tres ocasiones y le explicó que esta decisión era la única que para la compañía tenía sentido. “No he tenido otra opción”, dijo en algún momento y, al pronunciar aquella frase, se pasó la lengua por las encías y los dientes, como queriendo barrer la sensación astringente del té. No se olvidó de mencionar cómo la admiraba personalmente. Le dijo que era una mujer fuerte y que ojalá él fuera la mitad de valiente que ella. La conversación casi había terminado. Don Bernardo tenía la boca seca y bebió un poco más de la taza con miedo a que el sorbo se le pudiera quedar de nuevo atascado en la garganta. Ella permanecía en silencio al otro lado de la línea. Gloria había dicho en varias ocasiones que lo entendía, en otras había hecho algunas preguntas impertinentes, muy en su estilo. Antes de dejar el auricular en su sitio, don Bernardo dijo:

—Estoy seguro de que sabrás arreglártelas.

Entre los dos se abrió un silencio largo como un puente. Colgaron después de despedirse educadamente. Entonces, él se asomó a la taza y sorbió de un golpe todos los posos amargos que se habían quedado asolados en la taza.

La niebla en sus ojos

“Si queremos, podemos encontrarnos”
Césare Pavese

Aquella factura apareció de repente. Apareció por la mañana, dentro de un sobre estrecho y de color gris que alguien deslizó subrepticamente por debajo de la puerta. Al recoger el sobre, noté que estaba húmedo, tal vez debido a esa niebla que llevaba fuera de casa desde antes de ayer, una niebla perezosa, densa, que se enredaba al alba con la luz de las farolas, que parecía encontrarse a gusto difuminando las siluetas de los coches aparcados y de los árboles del parque. Pensé que debía hacerlo, o quizá no, rasgar la solapa pegada en el reverso, o, tal vez, para no dañar el sobre, utilizar el abrecartas con forma de puñal que compramos hacía ya seis meses junto a una de las sinagogas del barrio judío de Toledo, en un taller diminuto de adentros atestados de filigranas y olor a incienso. Recuerdo que aquel lugar olía también a resignación, quizá porque el menestral a punto de jubilarse que nos atendió estaba harto de trabajar demasiadas horas en un espacio tan opresivo. Me encapriché de aquel puñal en cuanto lo vi. Era una pieza de artesanía, ensamblada a mano y decorada con la técnica del damasquinado, consistente en incrustar, a golpe de martillo, hilos de oro auténtico en la empuñadura de acero.

El sobre crepitó con un murmullo de carrizos abrasados al probar el filo del abrecartas. Saqué el contenido con cuidado, un ligero temblor en mis manos, un vacilante movimiento de párpados, el ceño fruncido, un movimiento lateral de quijadas que desplazaba las muelas del maxilar sobre las de la mandíbula, como si rumiara el silencio, la preocupación, también la incertidumbre.

La factura era prolija y en ella se detallaban todos los conceptos sensibles de cobro con una minuciosidad solo atribuible a alguien que ha guardado durante años, apuntados con la tinta indeleble de la memoria, cada uno de los servicios prestados, muchos, tal vez

demasiados, lo reconozco. Servicios, desplazamientos, disponibilidad y mano de obra de los que yo había disfrutado, hasta ahora, sin ninguna intención de remunerar al que me los prestó. Es más, pensaba que en nuestro contrato ya se incluían este tipo de trabajos, por lo que nunca creí estar en deuda con ninguna persona, ya fuera física o jurídica, esa distinción con la que la Agencia Tributaria diferencia a los seres humanos de las empresas.

Me senté en un sillón de orejas, al lado de la ventana y cerca de un velador sobre el que me serví una copa de brandy. Yo jamás tomo alcohol fuera de las fiestas y reuniones sociales, pero en esta ocasión me apetecía quebrantar alguno de esos principios que siempre me han subyugado. Afuera, la niebla continuaba disfrazando de gris el aire de la mañana y un viento gélido, como arrastrado por los hombros del invierno, gemía en su deambular por entre las persianas y los cristales.

Repasé cada concepto, calculé luego la suma total y le apliqué los impuestos correspondientes. Coincidió con la cifra facturada. Hasta en los céntimos. La deuda resultaba inasumible para una economía tan menguada como la mía. Trasegué con ansia el contenido de la copa y me serví otro brandy. Esta vez doble. Esto no tendría que estar ocurriendo. Pronto pasaría a engrosar esa lista de insolventes a los que se les cierran las puertas de las oficinas bancarias y de los comercios. Pensé con horror que, tal vez, no podría seguir afrontando la hipoteca del apartamento, ni podría pagar el recibo del gas, ni el de la luz, ni el del teléfono. Me embargarían hasta el resuello. En la comunidad de vecinos me tacharían de moroso, me pondrían carteles conminatorios en el tablón del portal, me mirarían como a unapestado. Apuré la copa, tragué saliva y cerré los párpados. Y de repente me vi en la calle. Solo y en la calle, engullido por aquella niebla sucia.

.....

He decidido negociar. No tengo nada que perder. Tampoco tengo ninguna otra opción. Solo podré hacerlo si mi acreedor acepta que hablemos, pero debo intentarlo. Al menos no ha puesto pegas a que nos reunamos por la tarde en un cafetería céntrica y espero que

lleguemos a un acuerdo, no sé, un periodo de carencia, renegociar los plazos de devolución, quizá condonar un porcentaje de la deuda. Intentaré darle lástima, confesarle que me encuentro deprimido, que solo puedo apoyarme en el salario de un trabajo miserable a media jornada, que puedo perder lo poco que me queda, quizá así el corazón se le ablande y ceda algo en sus pretensiones.

Me pongo mi mejor traje. Es también mi único traje, nueve años tiene ya, pero está casi sin estrenar, apenas me lo he puesto, solo para alguna fiesta y para asistir a las escasas reuniones sociales en las que acostumbraba a beber alcohol. De hecho apesta a esas bolas de naftalina que amedrentan a las polillas. Tendría que ventilarlo un poco, pero quizá este intenso olor a prendas pobres, guardadas durante años en el fondo de un armario deslustrado, logre consolidar mi imagen de perdedor, mi única y lamentable imagen, durante la reunión de esta tarde.

El tráfico está imposible. La niebla lo desbarata todo, aún tardará en anochecer, pero no creo que el sol tenga arrestos para disiparla. Es demasiado densa. Es una niebla de querencias rastreras, que busca la trabazón con el asfalto y con los humos de los tubos de escape. Cruzo por el paso de peatones y me dirijo a la cafetería. Llevo algunas monedas en el bolsillo, creo que quedaré bien si me empeño en pagar los cafés. A veces, estos detalles insignificantes logran decantar la balanza hacia el lado favorable, los seres humanos a menudo se dejan lastrar por los sentimientos y desechan aleatoriamente los criterios de la razón, no sé, al menos lo intentaré, ya lo escribió Walt Whitman, somos seres llenos de pasión. Además, sé que también soy un ser patético y esa imagen es la que debo trasladar. Cuestión de supervivencia.

Me siento a esperar. Pido un descafeinado de máquina con sacarina y con la leche muy caliente, a poder ser desnatada y sin lactosa. El camarero tiene una mancha oscura en la camisa, como de mermelada de fresa, justo a la altura del ombligo, pero no parece haberse dado cuenta. No me contesta, tuerce los labios y me repasa con sus pupilas de pedernal,

con la misma mirada con que se contempla a una cucaracha, con asco, con aversión, creo que piensa que no soy más que un estúpido al que le gusta molestar, un payaso que disfruta añadiendo requerimientos y exigencias al sencillo acto de tomarse un café, un miserable café, quizá tenga razón, quizá lo mejor hubiera sido pedir un café con leche, a secas, sin tanta parafernalia, total, no creo que la diabetes, ni el colesterol, ni la intolerancia a la lactosa terminen jamás conmigo, hay otros candidatos que aspiran a apoderarse antes de mi despreciable pellejo.

Mi acreedora llega enseguida. Se quita el abrigo, lo dobla sobre una de las sillas y se sienta frente a mí, la sonrisa ausente, la mirada escarbando en mis pupilas, las manos sobre una carpeta atestada de papeles, papeles que, seguramente, certifican la veracidad de cada uno de los conceptos que confeccionan esa factura que arruinará mi vida.

Repasamos. No hay prisa. Veinte años de trabajos en el hogar, a saber, limpieza de baños y habitaciones, elaboración diaria de comidas y cenas, costura, lavado y planchado de prendas diversas, compras en establecimientos para la intendencia semanal... Ha incluido hasta los cortes de pelo que me realizaba, con tijera y maquinilla, cada dos meses, es verdad, jamás he querido gastar dinero acudiendo al peluquero. Para qué hacerlo, si la tenía a ella. Ya dije que era un listado prolijo, exhaustivo de conceptos con los que edificar la base imponible sobre la que aplicar los impuestos correspondientes.

Podría alegar que siempre he aportado a la economía familiar mi salario íntegro como auxiliar administrativo a media jornada en un almacén de frutas y hortalizas, pero ella podría incluir entonces su sueldo como especialista en traumatología en las consultas externas del hospital. No tengo escapatoria. Y entonces me atrevo a mirarla, sí, la miro y pienso, sin decírselo, Adriana, estás bellísima, y no lo digo por adularte, sabes que te necesito, sabes que siempre he sido un machista, un hombre incapaz de exteriorizar lo que siento por ti, un imbécil que jamás te dedicó una palabra amable, ni un gesto de cariño; un estúpido incapaz de agradecer todos tus desvelos, incapaz de obsequiarte con un pequeño

detalle el día de tu cumpleaños. Es verdad, este imbécil está ahora aquí, sentado contigo, enamorado perdidamente, como antes, como siempre.

El camarero de los labios torcidos y la mirada de pedernal se apostó junto a nuestra mesa, y es entonces cuando escucho su voz, una voz viscosa, como si se derramara un tazón de melaza sobre el suelo de mármol jaspeado.

- ¿Qué va a tomar la señora?

No puedo permanecer callado, jamás he sabido cerrar la boca y ya es tarde para aprender.

- Sírvanos un café con leche y un té con limón, es lo que más te gusta, ¿verdad cariño?

Adriana, mi mujer, está bellísima. Tiene la tez blanca y el pelo muy negro, como carbón recién lustrado. No me mira. Muerde la parte interna de su labio inferior, levemente, con desprecio, con cansancio. Sabe que siempre he sido un bocazas, que siempre he querido decidir por ella, que a menudo he intentado coartar su libertad y creo que eso ha logrado que me aborrezca cada día más.

- Un zumo de naranja natural y sin azúcar. Gracias.

Antes de que el camarero se dirija a la barra acarreado en su camisa aquella mancha oscura a la altura del ombligo, una mancha como de mermelada de fresa, rebusco en el bolsillo del traje y, entre un par de bolas de naftalina, recolecto unas cuantas monedas. Creo que serán suficientes.

- Tenga, cóbrese los dos cafés y el zumo.

Afuera, la niebla parece encharcarse sobre el asfalto de la calzada. Percibo, además, cómo logra encharcarse, a través del cristal de la ventana, en mis pupilas patéticas. También parece hacerlo, muy despacio, en la mirada de mi mujer. De súbito, temeroso, enfangado en mi propia miseria y con una brizna de voz, le suplico:

- Adriana, por favor, si quisieras reconsiderar tu decisión de separarte de mí...

DE REINAS VARIAS

El gran egiptólogo proseguía la clase ante una ávida audiencia.

“...Cleopatra fue, realmente, la séptima soberana de entre sus homónimas, aunque la más conocida. Por cierto ella, como el resto de Cleopatras, era faraón. Faraona solo ha habido una, la inigualable Lola Flores.”

Ambas habían escuchado atentamente.

- Algo tarde para una faraona ¿no?

- El camino de las mujeres por la historia nunca ha sido fácil. Mucho arte han tenido que poner.

- ¡Y que lo digas!

- Creo que no me da para bailaora. Quiero ser la mejor egiptóloga.

- Estupendo. Tampoco te llega para Cleopatra...

Juntas rieron.

2022

1º PREMIO:

Título: Señales horarias

Autor/a: José Miguel Cortijo Simarro

2º PREMIO:

Título: Ni Dina ni Dino

Autor/a: Yolanda Atienza López

MICRORRELATO:

Título: Amor de Madre

Autor/a: Manuel Espada Vizcaino

13

SEÑALES HORARIAS

15.10H Se come las acelgas con desgana, atenta cansinamente al telediario. Con una mueca de hastío escucha la última cifra de parados y otras palabras como *inflación*, *IPC*, *PIB* y alguna sigla más que ahora no logra descifrar. Una pieza de fruta, una naranja, que corta religiosamente en 4 pedazos para luego pelarla a mano, como le enseñó su abuelo. 15.28H cuando se rasca la nuca sin razón aparente. Mira por la ventana, otra vez pensativa, mientras sorbe el café instantáneo y los tibios rayos de sol le hacen cerrar los ojos como si del final de un capítulo se tratara. A las 16.00H estará de nuevo en la oficina delante del ordenador, rodeada de papeles, para terminar de revisar los balances y proceder al cierre de las Cuentas Anuales.

15.45H Se rasca de nuevo la nuca con el codo apoyado en la ventanilla que mantiene abierta pese a que se está nublando la tarde. Hay semáforos que siempre te pillan en rojo. Llamada de Pablo al móvil para recordarle la enésima cita con la inmobiliaria, a las 21.00H, como favor personal que le han hecho:

-- Sí, está bien, allí estaré. No, no es eso, ha sido una semana muy dura en el trabajo y estoy cansada, ya lo sabes. No te preocupes, seguro que el de hoy nos cuadra, tiene muy buena pinta. Yo también. Adiós.-- Carraspea y mete la primera en el Ford Fiesta azul. Sabe que no es verdad, que el piso en cuestión estará descuadrado, o la cocina será demasiado pequeña, o la habitación no tendrá armario empotrado.

15.55H El jefe llama para recordarle que no volverá hasta media tarde por la comida de negocios y le repite la urgencia del cierre contable y el archivo de tal expediente. Cuelga mientras maldice la urgencia de la comilona. Apura el cigarro en hondas caladas con una rabia desconocida antes de entrar al parking. Se vuelve a rascar la nuca sin darse cuenta.

18.45H La puerta de casa se abre precipitadamente y entra nerviosa, acelerada. Todavía no se explica cómo las palabras “estoy harta” y “dimisión” se cruzaron en la discusión con su jefe. Respira hondo y se le escapa una sonrisa. Hacía tiempo que no llegaba tan pronto del trabajo por lo que se procura un tazón de cereales con leche caliente y *colacao*.

19.30H Abre el grifo de la ducha al tiempo que recibe un mensaje de Pablo: “Hola cariño, mejor me paso por tu piso y nos vamos juntos para allí. A las ocho y media te recojo, no te retrases que nos están haciendo un favor.” Emoticono del besito con corazón, tres veces. Decide no contestar aunque, a estas alturas, ya sabe que no va a visitar de nuevo la inmobiliaria. Parece quitarse años de encima bajo el agua, se recrea enjabonándose con esmero todo el cuerpo, viendo cómo se diluyen todos sus miedos y temores por el desagüe.

20.15H El agua caliente de la ducha parece un recuerdo desde la cocina. Abre una botella de vino tinto y prepara 2 copas y unos entrantes con mimo. Se lo quiere explicar todo tranquilamente, sin culpas ni frases hechas que ninguno de los dos merece. A las 20.32H Pablo cuelga la chaqueta en el perchero con cara de no comprender nada.

23.00H Suena un disco de Jazz agarrado a una voz francesa que parece susurrarle el siguiente paso en cada frase. La tabla de planchar, el canasto de la

ropa y una maleta abierta. Las lágrimas se escapan con naturalidad entre el vapor de la plancha heredada y los últimos posos del vino. Dobla con cuidado cada prenda como si se despidiera de ella, la aprieta contra el pecho y aspira el olor a limpio sin lograr retenerlo dentro.

00.20H La maleta está cerrada. Se lleva lo imprescindible para empezar de nuevo y algo de ropa. La manta le cubre hasta los ojos aunque todavía tiene la nariz helada. Mañana será otro día pero no será el mismo.

Mareada y desconcertada miraba a mi alrededor sin ser capaz muy bien de saber qué estaba ocurriendo, aunque sentía muchas miradas y unas manos cálidas sobre mi piel. ¿Qué es lo que me había pasado?

.....

Esa mañana me había levantado bien, contenta se podría decir. Por fin despertaba de aquella pesadilla a la que me habías tenido atada y de la que pensaba que nunca me dejarías salir.

Después de nueve años, tres meses y siete días, me marchaba de allí sin sentirme culpable, plenamente consciente de que a partir de ahora mi historia la escribía yo, y como mucho Alejandro. Él sería el único hombre de mi vida con derecho a trastocar mis planes porque yo había decidido que sería mi prioridad, y él y solo él tendría permiso para acompañarme, pero solo porque yo lo elegía (o quizá él me había elegido a mí, eso aún no lo tenía del todo claro).

7.40 PM. Esa era la hora y no podíamos llegar tarde.

—Maletas listas— dijo Alejandro mientras corría por la habitación dando sus habituales saltitos de nerviosismo—, aunque aún no entiendo por qué no me puedo llevar a Dina y a Dino. Los tengo desde que me acuerdo.

Cómo no iba a recordarlos. Se los regalaste cuando nació. Y cómo no iba a querer yo dejarlos atrás. Esa fue la peor de todas. Casi no lo cuento cuando volviste de unas de tus noches de fiesta. Desde luego ese punto sadomasoquista cuando me los embutiste en la boca y casi me asfixias no me lo esperaba; sería una de las pocas cosas a esas alturas.

—Mamá, te estoy hablando. ¿Me estás escuchado? ¿Seguro que no los puedo echar? En la mochila de *Spiderman* aún caben— insistió Alejandro con cara de gato abandonado.

No podían venir. Casi nunca le negaba nada, pero seguir viéndolos en mi nueva vida junto a él era superior a mis fuerzas. Aún era muy pequeño para saber el motivo, aunque tampoco sé si seré capaz de contárselo cuando sea mayor. Demasiada vergüenza. Ya sé que la psicóloga me ha dicho que nada de los que pasó fue culpa mía pero eso está ahí dentro y no lo puedo sacar, al menos no de momento.

—Mamá, mamá, mamá.... Como sigas así te canto la canción entera de Rigoberta Bandini, a ver si me haces caso— bromeó Alejandro.

Llevaba razón. Tenía que empezar a centrarme, aún quedaban muchas cosas que cerrar antes de coger el tren.

.....

—Helena, ¿llevas todo? ¿O al menos todo lo que te quieres llevar? —se mofó María, mientras cerraba el maletero de su Fiat 500, color escarabajo reluciente,

como solía decir ella—. Ya sé que te prometí que me ocuparía de vender el resto, pero creo que voy a esperar unos meses por si te arrepientes o echas algo de menos y quieres que te lo envíe. Mira que dejar todos tus libros... ¿Y la colección de Naruto? ¿Y las películas de la Guerra de las Galaxias? Hasta tus 'friquideces' de Harry Potter, con lo que te gustaba tu Nimbus 2000.

María hablaba y hablaba, pero ya no la escuchaba. Mi hermana pequeña siempre había vivido un poco en 'Los Mundos de Yupi', aunque hasta para saber qué era eso, era pequeña. A ella tampoco había sido capaz de contarle nada. Ya tenía 35 años pero no podía.

Y esas no eran mis 'friquideces', eran las tuyas, y las odiaba, igual que a ti.

—No insistas tía—, dijo de repente Alejandro mientras se subía al coche con cara de resignación—. No escucha, hoy no escucha nada. Dice que vida nueva, ropa nueva y juguetes nuevos y... a esta marcha nos cambiamos hasta de nombre.

No, de nombre no. Yo lo elegí a pesar de que insististe en que se llamara como tú. Entonces éramos felices, ¿verdad? Yo al menos creía serlo, hasta que te quedaste sin trabajo y resultó que tus amigos no lo eran tanto, y descubriste que humillándome eras más. Y resultó ser cierto porque me anulaste de una forma casi imperceptible, paulatina, susurrándome al oído cada paso que ya no volvería a dar. Conseguiste que me temblara todo simplemente con oír el tintineo de las llaves introduciéndose en la cerradura; siempre callada, siempre sumisa, en parte para que Alejandro no notara nada y siguiera siendo el niño

feliz que yo crié, porque lo crié yo, no tú. Tú estabas demasiado ocupado conmigo.

—Ya hemos llegado —gritó de repente María, tan de repente que hasta Alejandro saltó de su asiento con su risilla tonta, la única que aún conseguía sacarme una sonrisa.

Miré el reloj de la estación del sur. Aún quedaban 38 eternos minutos para subir y olvidarme por fin de ti, de tus manos, de tu aliento, de tus babas, de tus insultos, de tus empujones, de tus castigos, o al menos lo iba a intentar. Me lo prometí el día que me dijeron que no volverías.

Mientras caminábamos hasta el andén iba repasando mentalmente lo que nos haría falta al llegar. Había decidido no llevarme nada que te recordara, al margen de Alejandro, claro está. Afortunadamente no se parecía en nada a ti. — ¡Sorpresa!— gritó Alejandro de repente mientras dos bultos de color marrón y verde se ponían justo delante de mis narices—, Dino y Dina no podían perderse la aventura en tren. En ese momento sentí unas nauseas terribles y un impulso irrefrenable de retroceder hizo que tropezara con algo, y después nada.

.....

No sabía qué es lo que había hecho mal, pero mi mamá estaba en el suelo y no contestaba. Yo estaba paralizado, incapaz de ayudar, ni de hablar, ni casi de respirar. Otra vez no, por favor, ella también no.

Aún recordaba a aquellos guardias civiles a los que les abrí la puerta hace unos meses. Mamá me pidió que me fuera a mi cuarto. Cinco minutos después me llamó y me dijo de un modo muy extraño que no ibas a volver, que habías sufrido un accidente en unas vías, con un tren o algo así. La verdad es que no entendí nada. Yo no podía creer que estuvieras muerto y ella tenía una mirada muy extraña, entre incrédula y aliviada, pero muy distinta a la que tenía cuando tú estabas. Después de tu entierro me llevó aparte y me dijo que teníamos que empezar de cero y que nos iríamos a otra ciudad, en tren.

En tren. Entonces vi lo que mi madre me había intentado decir sin palabras y recordé cómo se ponía cada vez que tú entrabas por la puerta, igual que cuando Pablo corría detrás de mí para pegarme en el patio del cole. ¿Qué le hiciste a mamá? Miré a Dina y a Dino y por fin lo entendí. Me acerqué a las vías y los dejé caer.

.....

—Mamá, mamá, ¿estás bien?—sollozaba Alejandro agarrando mi cara entre sus dos pequeñas manos mientras varios desconocidos trataban de levantarme—. Los he dejado atrás, ya están en las vías como papá. Ni Dina ni Dino, solos tú y yo, ¿vale? Te lo prometo mamá.

Y entonces lo supe. A mí ya no volverías a hacerme daño, pero lo más importante es que tampoco podrías hacérselo ya a él.

AMOR DE MADRE

Sus hijos dormirían intranquilos. Los caramelos que compró con las cuatro perras que limosneó a la puerta de la iglesia aguardaban en sus zapatitos raídos a los pajes tras tan largo viaje.

La madre buceó en el contenedor del hiper en busca del tesoro, mínimo, vital, que ayudara a derrotar la hambruna que apadrinaba a sus vástagos. Varias piezas de frutas maduras, un brick de leche semidesnatada, un par de yogures griegos y varias bolsas de chuches fueron su recompensa. Sonrió, la vida seguía siendo generosa con ella. Los niños tendrían su regalo de Reyes.

2023

1º PREMIO:

Título: Sine día

Autor/a: Yolanda Atienza López

2º PREMIO:

Título: La tía Paca

Autor/a: Yolanda Alarcón Carretero

MICRORRELATO:

Título: Luz

Autor/a: Juan Lorenzo Collado

14

---Sine día---

Ese día estaba tan nublado, que Marga no sabía qué hacer. Había quedado con Elisa y Sonia, sus mejores amigas, para grabar el corto con el que pensaban lucirse en la asignatura de 'Formación Cívica y ética', pero el color de esas nubes no hacía presagiar nada bueno y necesitaban sol, mucho sol, "montañas de sol", como solía decir su hermano Pedro.

Releyó en el móvil la conversación con sus amigas donde se confirmaba la "suspensión *sine día* de su proyecto". — Había que ver que pedante era Sonia, pensó Marga-, y decidió entonces deambular por la casa de su abuela Margarita para matar el rato y, de paso, intentar descubrir algún secreto.

Allí pasaba las tardes hasta que su padre regresaba del trabajo. Su abuela le caía bien, pero era muy reservada. Casi nunca le hablaba de su pasado, y eso que Marga le intentaba sonsacar -y más ahora que estaban "en busca y captura" de una buena historia para su corto-, como le recordaba siempre Elisa. Primero fue a la cocina. Allí el puchero llevaba horas '*chofchofceando*', como se mofaba su hermano, pero no encontró nada que le pareciera interesante; tampoco en la despensa. Después recorrió el salón, la habitación de Margarita, la de su abuelo Pedro, la salita de estar, abrió el armario que había bajo la escalera, la alacena del pasillo, la cocinilla, pero nada. Pensó en esperar a que su abuela regresara de la Iglesia para hacer algo juntas, pero había ido a un entierro y no sabía cuánto tardaría. De pronto le vino a la memoria una vieja caja que Margarita había subido a la cámara unos días antes.

—La cámara, - dijo resignada Marga. Esa estancia de la casa en particular no era de sus preferidas, quizá por eso su abuela siempre aparcaba allí todo lo que no quería que estuviera al alcance de ella o del pequeño Pedro. El olor a

humedad viciaba el espacio, las telarañas se habían adueñado de todo y apenas entraba luz por la pequeña ventana circular que la presidía. Mención aparte merecía la altura del techo. Marga sonrió entonces al recordar cómo su padre se golpeaba siempre a pesar de que andaba encorvado.

Cerró los ojos, inspiró profundamente y se encaramó a las escaleras de acceso, tiró de la pequeña cuerda de la que colgaba el interruptor y una tenue luz alumbró la cámara.

Cajas de plástico con botes de tomate en conserva se amontonaban al lado de la vieja bici de su padre, la *Chochona* de la tómbola, cajas roídas de ropa y otro sinfín de trastos que llevaban décadas olvidados ante la obstinada cabezonería de su abuela de no tirar nada. Al fondo vio entonces el destartalado armario donde Margarita ocultaba sus cosas. Todos en la familia lo sabían. Marga observó aquel mueble que ella pensaba que debía ser, por lo menos, del siglo II antes de Cristo, y con mueca de asco incluida, asió el tirador y lo abrió.

Dentro había ropa, calzado, un joyero vacío y varias cajitas, y enseguida reconoció la que buscaba. Era roja carmesí -o eso dijo su abuela cuando abrió el regalo que su padre le había hecho por su 78 cumpleaños-. Marga dudó por un instante si abrirla o no, al fin y al cabo, aquello era una propiedad privada, como le habían enseñado en el colegio, pero el ansia por conseguir una buena historia para su corto pudo más.

Cada paso le costaba más que el anterior. Sabía que los años corrían para todos y que, al igual que a Manuela, a ella le llegaría su hora más pronto que tarde. Pero ese no era el sentimiento que le pesaba como una losa aquel día. Desde que su vecina Paca la avisara, un puño le oprimía el pecho sin remedio.

No podía soportarlo. Esa noche había mirado una y otra vez las dos únicas fotografías que tenía con Manuela. Una en la escuela, con el hatillo de libros y el pupitre y el crucifijo a la espalda; con sus zapatos de los domingos y peinadas con sus soguetas bien prietas. La otra, en el río, riéndose, juntas. No recordaba bien de qué año era, pero sí que ese día fue el mejor de su vida. Manuela había sido para ella mucho más que su mejor amiga de la infancia, había sido su confidente, su compañera de fatigas, su refugio y su único amor.

¿Quién sería la chica de la foto? – pensó Marga. Una era su abuela, de eso no tenía duda, porque desviaba la mirada como siempre hacía cuando estaba nerviosa o no quería contar algo, pero no tenía muy claro quién era la chica que le rodeaba el cuello. Siguió rebuscando en la caja; había otra fotografía de dos niñas, un mechón de pelo y unos sobres con unas hojas manuscritas dentro. Marga fue consciente de que eso que estaba haciendo no estaba bien, pero la curiosidad pudo más y comenzó a leer algunos fragmentos:

Querida Manuela, gracias por estar siempre conmigo. Hoy me hubiera gustado poder dormir contigo al raso y ver otra vez las estrellas, cogerte de la mano y decirte todo lo que no me atrevo. Sé que esto que siento no está bien, que es pecado, pero no lo puedo evitar.

Hoy estabas más guapa que nunca y me he atrevido a decírtelo. Tu cara ha sido un poema, pero no has salido corriendo.

Odio los bailes, parecemos gallinas esperando a que venga el gallo. Además, no soporto verte con Emilio. No es bueno, ni contigo ni con nadie. Y

encima para disimular he tenido que bailar con su hermano Pedro. Menos mal que no se parece en nada.

El negro nunca te ha sentado bien. Nadie se ha dado cuenta de que esto no era tu boda, sino tu funeral, y de que Emilio será tu verdugo.

Hoy te he visto lavando la ropa en el río y no he podido evitar acercarme. Sé que Emilio te tiene prohibido hablar conmigo, supongo que aún se acuerda de aquel día que nos echó aquella foto en este mismo lugar. Siento mucho que hayamos acabado así. Siempre te querré. Por cierto, estoy embarazada. Ya ves, sí pude seguir adelante, pero nunca podré dejar de quererte.

Un potente grito interrumpió la lectura de Marga que se quedó petrificada mientras se le escurrían todos los papeles. La penetrante mirada de su abuela y ese ceño fruncido le hizo empequeñecer de repente. Si estuvieran en un anime echaría humo por las orejas y por la nariz, pensó Marga.

— ¡Qué estás haciendo!- gritó Margarita desde el quicio de la cámara.

—Nada, abuela. Me aburría y he acabado aquí casi sin pensarlo- mintió Marga muy avergonzada con un hilo de voz apenas audible.

Margarita avanzó hacia su nieta y comenzó a recoger los fragmentos de papel del suelo, después los devolvió a su sitio, cerró de un portazo el armario, se giró y abandonó ese lugar dejando a Marga sola y en silencio, mientras las lágrimas comenzaban a brotarle a borbotones de forma incontrolada.

—‘*Sine die*’, sin plazo fijo, sin fecha. Buen título para un corto que pretendía contar parte de la historia de dos mujeres que se habían amado en silencio y cuyo amor no tenía fecha de caducidad, pensó Marga.

Su padre le había explicado que antes no estaba bien visto que dos mujeres fueran pareja, algo que ella no entendía en absoluto, pero lo que sí sabía es que, si su abuela antes se comunicaba poco con ella, ahora apenas la miraba y siempre que podía la evitaba.

Haber descubierto aquel secreto había abierto una brecha que parecía imposible de salvar, pero al mismo tiempo, Marga tenía la sensación de que ahora conocía mucho mejor a su abuela.

Aquella tarde, como casi todas, Marga esperaba a su padre en casa de su abuela. Hacía días que llevaba planeando cómo conseguir que Margarita viera su corto y ese momento había llegado. En el colegio les habían puesto un ‘sobresaliente’; su profesora les dijo que habían conseguido emocionar sin perder el respeto a sus protagonistas, y eso la había envalentonado.

Así que, cogió su portátil y fue en busca de su abuela. Estaba en la cocina. Sin pensarlo le plantó la pantalla delante, le dio al *play*, y por primera vez desde que la descubriera hurgando en su secreto, no se fue. Se quedó plantada mirando aquel vídeo. El corto apenas duró 8 minutos, pero a Marga le parecieron horas. Apenas respiraba y de pronto, sucedió: su abuela se giró y la miró con unos ojos que parecían nuevos y la abrazó.

En aquel momento, una Marga relajada y distinta, supo que aquella mujer increíble que la rodeaba con sus brazos, la había perdonado y quizá también a aquel mundo en el que le había tocado vivir, *sine die*.

“LA TIA PACA”

Francisca Sierra Martín, conocida en el pueblo de Honrubia provincia de Cuenca, (siii Cuenca existe y siii es única) como la tía Paca; es una anciana nonagenaria entrañable, con más de noventa duros inviernos a sus costillas.

Su cara surcada de sabiduría y sus manos deformadas por la artrosis severa que sufre acumulan en su haber el duro trabajo del campo, le recuerdan las sendas tardes de lavadero y piedra cuando la lavadora era solo una utopía, el acarreo del agua del pozo y las gavillas de leña que hacía en el monte donde después reposaban sus pucheros de porcelana. Con esas arrugadas manos crio a sus cuatro hijos, todos varones (no tuvo tiempo de encargar la niña); con esas manos y todo el esfuerzo del mundo ya que su querido Ernesto (que en gloria esté) la dejó sola antes de tiempo . Se fue así de pronto, sin despedirse.... Marchó a la era amontonar la mies (aquel verano la cosecha fue descomunal, como ningún otro que ella recuerde), y al caer la noche el Nicolás aporreaba su puerta más blanco que la cera y sin salirle la voz del cuerpo le dio la fatídica noticia... desde aquel día la tía Paca fue el padre y la madre de sus hijos, fue el hombre que llevaba los pantalones y el sustento a su casa, fue apoyo y ejemplo de educación para sus cuatro huérfanos.... se convirtió en piedra porque así la vida lo quiso.

Paca vive en su casa, sola, sola no, con sus cuatro gatos, sus gallinas, sus conejos, su perra Loli y una bandada de periquitos, canarios y jilgueros.... hasta un cuervo tiene: el señor Rockefeller.

Y por mucho que se empeñen sus nueras y nietas en llevarla a un asilo, ahí se va a quedar mientras la acompañen los remos y no pierda la cabeza, así se

encarga ella de recordárselo cuando vienen muy de vez en cuando a visitarla, al igual que a sus ocho nietas, que solo ve en navidades cuando vienen a por el aguinaldo.... (mujeres todas tenían que ser... sonríe Paca) Esa misma mañana repasaba ésta conversación con Loli: -Qué perra es ésta vida querida Loli... te partes el lomo por ellos, les das tu juventud, tu sangre, sacas de donde no tienes para que no les falte de ná, los crías a ellos, les cuidas a sus hijos y cuando ya no les sirves te quieren retirar como un mueble viejo.. eres un estorbo, pero sabes Loli? A mí de mi casa no me sacan si no es con los pies por delante metida en una caja de pino.... ja.....

Imagínate que sacas a un pez del agua, que arrancas las raíces de un árbol de la tierra, pues así es , y así me siento yo, eso es lo que quieren hacer conmigo esos ingratos....

Suerte que hace unos meses llegó a la vida de la tía Paca un ser muy especial, no sabe su nombre pero ella lo ha bautizado como Casio, por la puntualidad, (en honor a un reloj que le compró su Ernesto, que en paz descanse, para que no llegara tarde a la novena) Casio es un ser extraordinario, el mejor amigo que la tía Paca tuvo jamás, más bien el único.... (las chismosas del pueblo no cuentan).

Casio huele a abrazo, a hogar, a regocijo, a serenidad....

Se pasa el día hablando con él, le cuenta sus cosas, los sufrimientos vividos, comparte sus desvelos y preocupaciones, así parece que duelen menos...

El no tiene rostro, pero asiente y en sus ojos la tía Paca encuentra paz.

EL no tiene manos, sus manos son el viento.... pero ella siente su abrazo que en forma de brisa acaricia su pelo cano y su rostro ajado cansado de batallar.

El no tiene piernas, pero camina junto a ella cada día, la acompaña en sus largas caminatas mitigando así su soledad...., y a pesar de que las vecinas la tachan de loca cuando la escuchan hablar con él (malditas arpías.) Casio es lo mejor que le ha pasado a la anciana en mucho tiempo.

Esta tarde la tía Paca no se encuentra bien, retira el puchero de la lumbre, el potaje huele de maravilla, ojalá y mañana se levante con el apetito suficiente para dar buena cuenta de él, amontona las ascuas en un rincón del fogón, va en busca de las ocho pastillas que le tocan a esta hora para sus múltiples dolencias y con ayuda del agua que mantiene fresca en el botijo se las traga.

-Vamos Loli, vamos a la cama que no quiero que llegue Casio y no me encuentre....

En cuanto la anciana cierra los ojos Casio, como cada noche llega y se acuesta a su lado, la abraza y ella sonríe sin saber que ésta será su última noche

La acompañará en el camino, como hizo estos últimos meses, hacia un nuevo amanecer en otro lugar en otro mundo, la acompañará hacia la eternidad.

Al día siguiente, las campanas de la ermita del Santo Rostro doblarán en honor a la tía Paca y todo el pueblo la recordará por lo buena, trabajadora y luchadora que era.

Sus cuatro hijos, sus nueras y sus nietas lloraran su pérdida, pero nadie caerá en la cuenta que esa anciana luchadora y afable vivió sus últimos veinte años triste y sola, rodeada de animales y cubierta de desolación.

Que tuvo que inventarse un amigo imaginario para charlar con alguien y tener compañía. Que a pesar que ella entregó su vida a los suyos, nadie tenía tiempo para la tía Paca.

Que cosas tiene la vida!!!! cuando eres joven y útil todos te necesitan y cuando envejeces, ya no sirves, todos te olvidan.

Y que tenga que estar muerta para ver a la familia unida!!!!!! llenando tu memoria de elogios y bendiciones... por qué no lo hicieron cuando aún estaba viva??

LUZ

CATEGORÍA C

Leía libros a la luz de las velas y escribía poesías.

En su casa siempre se podía encontrar cobijo y un poco de pan.

Alguien halló sus trozos de carbón para escribir y sus palabras en alguno de sus textos. Unos días después le ataron las manos y la encerraron en un lugar sin luz por ser una amenaza para la comunidad.

Aún se siguen atando muchas manos y hay demasiado lugares sin luz en el camino.

Certamen de Relatos Cortos Juveniles

Ediciones XVII al XX

Concurso de Mícrorrelatos

Ediciones I al IV



SECRETARÍA DE ESTADO DE IGUALDAD Y PARA LA ERRADICACIÓN DE LA VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES



CONCEJALÍA DE IGUALDAD
La Roda



CONCEJALÍA DE JUVENTUD
La Roda



Se ha financiado con cargo a los créditos recibidos del Ministerio de Igualdad

CATEGORÍA A**1º PREMIO:****Título:** El diario de Inés**Autor/a:** Irene Vllora Castillo**2º PREMIO:****Título:** Todo va a ir bien**Autor/a:** Carlos Pérez Plaza**CATEGORÍA B****1º PREMIO:****Título:** El secreto de la vieja librería**Autor/a:** Beatriz Parreño Charco**2º PREMIO:****Título:** Las cicatrices del alma**Autor/a:** Jesús Parreño Charco**I - MICRORRELATOS****1º PREMIO:****Título:** Dilema de Prisionero**Autor/a:** Jesús Parreño Charco**2º PREMIO:****Título:** Insomnio**Autor/a:** Izhan Martínez Simarro**CATEGORÍA A****1º PREMIO:****Título:** El pájaro**Autor/a:** Elsa Piqueras Navarro**2º PREMIO:****Título:** Noches de abril**Autor/a:** Luis Rodríguez López**CATEGORÍA B****1º PREMIO:****Título:** Factor 50**Autor/a:** Jesús Parreño Charco**2º PREMIO:****Título:** Lobo de mar**Autor/a:** Andrés Castellanos Gallego**II - MICRORRELATOS****1º PREMIO:****Título:** Efecto Placebo**Autor/a:** Eva Manzanares Sandoval

CATEGORÍA A**1º PREMIO:****Título:** El mundo de los sueños**Autor/a:** Luis Rodríguez López**2º PREMIO:****Título:** Esclava**Autor/a:** Álvaro Tébar Fernández**CATEGORÍA B****1º PREMIO:****Título:** La vieja estación de tren**Autor/a:** Marta Leal Escribano**2º PREMIO:****Título:** La fuerza de la vida**Autor/a:** Laura Blanco González**III - MICRORRELATOS****1º PREMIO CATEGORÍA A:****Título:** Agonía**Autor/a:** Jesús Parreño Charco**1º PREMIO CATEGORÍA B:****Título:** La costumbre y el olvido**Autor/a:** Laura Blanco González**CATEGORÍA A****1º PREMIO:****Título:** Nana**Autor/a:** Luis Rodríguez López**CATEGORÍA B****1º PREMIO:****Título:** Tic tac**Autor/a:** Jesús Parreño Charco**2º PREMIO:****Título:** Ángel azul**Autor/a:** Sorina Mariana Costea**IV - MICRORRELATOS****1º PREMIO CATEGORÍA A:****Título:** La niña sin voz**Autor/a:** M^a Pilar Rubió Jiménez**1º PREMIO CATEGORÍA B:****Título:** Sangre en mis manos**Autor/a:** Jesús Parreño Charco

CATEGORÍA A

1º PREMIO:

Título: El diario de Inés

Autor/a: Irene Villora Castillo

2º PREMIO:

Título: Todo va a ir bien

Autor/a: Carlos Pérez Plaza

CATEGORÍA B

1º PREMIO:

Título: El secreto de la vieja librería

Autor/a: Beatriz Parreño Charco

2º PREMIO:

Título: Las cicatrices del alma

Autor/a: Jesús Parreño Charco

20

El diario de Inés

Cierro los ojos y aparezco en aquel lugar, segundos después de conciliar el sueño. Puedo sentir como el aire puro y fresco abre poco a poco cada uno de mis bronquios, dejándome respirar con total plenitud. Como siempre, despierto en esta cómoda cama, en esta habitación llena de cuadros, decorada delicadamente.

La luz procedente de la ventana abre mis grandes ojos azules, permitiendo el despliegue de mis largas pestañas, las cuales 9 de cada 10 personas afirman que le dan un toque de elegancia a mi rostro.

Mi autoestima aumenta con la primera cereza del verano. La llegada de esta estación despierta en mi ser nuevas sensaciones, jamás experimentadas por el ser humano.

Tenía ganas de que esta maravillosa época tocara a las puertas de mi vida, como cada año hace.

Ya estoy casi lista, mi vestido blanco deja al descubierto mis rodillas. Sobre mis hombros cae mi ondulado cabello, con el que mi madre me había dotado, dejando constancia de lo que ella más amaba, las olas del mar. Independientemente de mi sencillo atuendo, adornaré mi cuello con mi colgante máspreciado, muestra de cariño de mi difunta madre.

Una vez arreglada, bajo las escaleras de dos en dos, dando saltos y tarareando una canción poco común.

Mis tripas rugían como si de un león se tratara y había una persona muy especial que sabía de mi presencia.

Ajustándose las gafas y poniendo mucha atención en mí, levantó los brazos y dejó su famosa frase en el aire:

-¡ Mi querida Inés !, ¿ ya se ha despertado mi nietecita ?

Con una sonrisa en su arrugada cara.

Muchos besos y abrazos más tarde, saca del horno unos diminutos panes decorados con semillas de amapola y los coloca en la mesa central de nuestra humilde y acogedora cocina.

Es una de las mismísimas recetas de mi abuela y elaborarlas es muy importante para mi abuelo puesto que revive la esencia de ella, como si aún estuviera aquí.

Ambos acabamos empachados después de nuestro festín matutino, tanto, que a mi abuelo le costaba ponerse su chaleco marrón con facilidad.

Es hora de poner en práctica lo que para mi es "conectar con la naturaleza".

Los dos, cogidos de la mano, atravesamos los campos de trigo que rodean nuestra pequeña casa, en medio de un precioso paisaje veraniego, donde la magia habita debajo de cada piedra y rincón.

Cada paso que dábamos descubría una maravilla oculta en la naturaleza. Existían semillas capaces de hacer brotar del suelo cualquier cosa que pudiera imaginar; flores de todo tipo y con colores que aún no habían sido inventados; lagunas que reflejan cada una de tus características buenas; y, mi favorita, la cascada, amplia, ruidosa, espumeante y alegre que se descuelga de dos grandes rocas, sobresalientes de la montaña a donde nos dirigíamos.

Una vez allí, sentados al borde de un precipicio que dejaba ver con claridad el paisaje, nos miramos a los ojos y sentí como mi corazón calmaba su pulso en aquel entorno tranquilo y suave.

Tenía la paz interior que necesitaba en esos momentos, el consuelo que borraba mis malos recuerdos.

Los dos estábamos esperando nuestro momento mágico de luz, de singular belleza, el atardecer. El Sol nos brinda unos colores que, junto a las nubes, forman un conjunto único para nuestros ojos.

Nos gusta aportar nuestro granito de arena y, al caer la noche, mi abuelo y yo subimos hasta aquí arriba con nuestros instrumentos. Cantamos y tocamos la guitarra para todos los animales, todas las plantas y todo lo que da vida a nuestro mundo.

Pasamos horas y horas así, pero... es momento de volver a casa, la noche torna los árboles de un azul profundo.

Cada parte del día tiene una cualidad que se convierte en mi favorita con los primeros parpadeos.

Por la noche, el cielo es mi pasatiempo preferido.

En él, puedes apreciar cómo lentamente van apareciendo grandes planetas de todos los colores y formas, como si estuvieras haciendo un viaje por el espacio.

Un conjunto de estrellas y galaxias decorando lo que todos imaginan con solo una luna.

Un paisaje realmente inefable, y lo mejor, junto a mi príncipe, mi envejecido príncipe. Llega la hora de despedirse de todo esto por hoy. Aseguro mi próxima visita a este mundo dentro de unas horas, cuando vuelva a cerrar mis ojos.

Para finalizar el día, ambos escribimos en unos pequeños papelitos las próximas canciones que juntos disfrutaremos en nuestro precipicio. El escribe sus peticiones con gotas de rocío y yo con pigmento de luciérnaga.

Me voy a la cama y con lágrimas en los ojos, temo no volver a ver a mi abuelito.

- Echaré de menos tus cálidos besos, nos vemos pronto.

Le digo con una sonrisa, y finalmente me duermo.

Al despertar, todo cambia, el pjar de los pájaros se ha enmudecido, en su lugar se encuentran los pitidos de los coches, en esta oscura ciudad. Anhele los pájaros coloridos que ahora tengo como cuervos, su vuelo desprevenido en el que ahora se sitúan aviones con cargamento explosivo.

Mi fría y triste habitación llena de goteras y humedades, provoca un sentimiento de furia y fastidio en mi interior. Vuelvo a mi vida normal, donde se me eriza la piel al sentir como mi padre sube las escaleras, como dice mi nombre entre gritos y enfado.

Me da por temblar y no quiero ni imaginarme lo que hará cuando entre por la puerta. Solo puedo recurrir a cerrar los ojos y tratar de que cada uno de sus golpes se vuelva menos intenso.

De todas formas es lo que me toca, desde la muerte de mi madre, lo único que acompaña a mi padre es su cinturón de cuero, con el que afirma dar la educación que merezco. Aquí, en lo único que puedo pensar es en mi abuelo, ¿qué estará haciendo?. No sabe la suerte que tiene de poder residir en aquel entorno, donde en los bosques hay flores y no colillas de cigarros.

El cielo de este lugar sustituye los planetas por nubes negras de contaminación. Es el sitio perfecto para aprenderse todas las tonalidades de gris, ya que ningún otro color deja rastro en esta ruidosa ciudad.

El pigmento de las luciérnagas se vuelven moratones en mi piel y cada vez noto como tengo menos fuerzas.

Solo deseo que llegue la noche, dormir en este mundo y despertar en el otro, junto a mi príncipe, con nuestras canciones y nuestros panes, con todo aquello que me

hace recordar como era mi vida antes. Buenas noches. Mañana estoy de vuelta querido diario...

Secándose las lágrimas de los ojos, cerró el diario. Tomó su tiempo para dejar el botellín de cerveza, junto con el cinturón, al lado de la cama de su hija. La culpa se apoderaba de su mente con rapidez, mientras recapacitaba lo ocurrido.

Pasaron millones de recuerdos por su cabeza: las primeras palabras de su pequeña, sus primeros pasos, el día que se raspó la rodilla aprendiendo a montar en bici,... Todos esos momentos buenos se ocultaban detrás de los recuerdos ocurridos tras la muerte de su esposa. Solo se le venía a la cabeza los ojos azules de la pequeña al ser golpeada por él.

Cada lágrima, cada grito, cada paliza,... todo aquello, acabó con la vida de la alegre Inés, la cual ahora no tiene que esperar a la noche para reunirse con su abuelo, por que actualmente ese mundo forma parte de su día a día.

TODO VA BIEN

17 de octubre del 2020.

¡Crash!

Miro con abatimiento al suelo, donde se halla un vaso roto.

“Las prisas no son buenas”, decía mi madre. Puede que tuviera razón. Barro rápidamente los restos, saco la hamburguesa del microondas y voy rápidamente al sofá. Enciendo la tele mientras miro el reloj: las nueve menos un minuto. Justo a tiempo.

Pongo la 1 en el mismo momento en el que el presentador de los telediarios estaba anunciando la inminente comparecencia de Fernando Simón, el director del Centro de Emergencias Sanitarias del Ministerio de Sanidad, en el Palacio de la Moncloa, y que conectaban ya con él para oír sus palabras.

Fernando Simón sale vestido del mismo modo que en los últimos dos meses, desde que el 21 de agosto se proclamara el estado de excepción, el más duro que contempla la Constitución: con un traje de plástico que le cubre todo el cuerpo y una máscara con la que casi no se le puede ver la cara.

-Buenas noches a todas las españolas y españoles. Comparezco hoy aquí. Comparezco hoy aquí para, como bien ya saben, anunciarles las cifras de infectados, muertos y curados por el Covid-19. Hay actualmente 3.153.424 infectados por el virus, 743.568 fallecidos y 2.031 personas curadas. Son unas cifras muy positivas y debemos estar todos muy contentos y orgullosos de la labor que está haciendo este Gobierno, porque hoy solo hemos tenido 17.300 casos nuevos, y ayer hubo la friolera de 17.301. Es una bajada muy importante, somos conscientes de ello y esto significa que se están haciendo las cosas bien y las medidas están haciendo efecto. Otro dato muy importante y muy positivo es que hoy hay, como ya he detallado anteriormente, 2031 personas curadas. Eso supone un aumento descomunal de 3 personas curadas nuevas respecto a ayer, lo cual es también algo muy positivo y algo que dice mucho de la enorme labor social y humanitaria que está haciendo este Gobierno. Como les llevo contando estos últimos días, estamos llegando poquito a poquito al pico de la curva de infectados. Para que se vayan haciendo una idea de los días que faltan para llegar al pico, ayer faltaba un día más que hoy, y hoy queda un día menos que ayer, lo cual es algo muy significativo.

En cuanto a las medidas, tenemos dos nuevas para los próximos días: todos los mediodías se hará un bingo entre todos los habitantes del país, y sacaremos cien personas. Esas cien personas, sean las que sean, tendrán que presentarse en un sitio que ya les será comunicado al día siguiente, y tengan las capacidades que tengan, y la idea de medicina que tengan, serán obligados a ir a distintos hospitales del país a trabajar con los enfermeros. Aquella persona que se niegue a acudir, tendrá un castigo, como es lógico. Por supuesto, el trabajo es desinteresado, por supuesto, y las personas

seleccionadas no cobrarán por su trabajo.

La segunda medida también tiene que ver con los hospitales: como bien saben, en los últimos días hemos destinado espacios públicos como bares, supermercados y cualquier edificio para ser hospitales, ya que los centros sanitarios están algo desbordados, pero tampoco mucho. Pues bien, hoy destinamos nuevos espacios para hacer de hospitales: ya que la gente no puede salir a la calle para absolutamente nada, excepto para las tres principales necesidades como son ir a la peluquería, pasear a la mascota o tomar el café de las doce los domingos, sería una pena desperdiciar las calles de nuestros pueblos y ciudades que ahora están vacías, por lo que en todas las plazas, avenidas y calles serán instaladas camas de hospital para ingresar infectados por el virus, al igual que en todos los terrenos de campo que esten dentro de los límites de las localidades.

Desde el Gobierno esperamos que todas estas medidas hagan efecto y mañana podamos anunciar con gran alegría otra gran bajada en el número de nuevos infectados y otro gran número de casos nuevos como hoy. Un saludo y buenas noches.

En ese instante se corta la señal de televisión. Desde que se declaró el estado de excepción, el Gobierno puede acceder a las televisiones y, desde entonces, en todas las cadenas, ya sean nacionales, regionales, provinciales, públicas o privadas, solo se emiten las comparecencias del Gobierno y el telediario de la mañana, del mediodía y de la noche. Entre ellas, no había señal televisiva.

De repente, un golpetazo contra la puerta de mi casa me sacó de mis pensamientos. Voy a abrir para ver quién demonios me molesta a estas horas.

Abro la puerta y me encuentro un carro de la compra lleno de bolsas con comida. Me asomo al rellano y veo al lado del ascensor a un hombre con la camiseta del Mercadona.

- ¡Su pedido! -me dice.

Es verdad. Otra medida es que se cerraron todos los supermercados y ahora los pedidos se hacen online.

-Coja la compra, deje el dinero y mándame el carro de vuelta.

Hago lo que me dice y me encierro de nuevo en casa.

18 de octubre del 2020

-¡PIP, PIP, PIP, PIP, PIIIP! Son las doce, las once en Canarias. En breves instantes comienza... ¡EL BINGO DEL GOBIERNO!

Me despierto sobresaltada.

¿Cómo? ¿Las doce ya? Si parecía hace nada cuando me acosté maldiciendo

la tardía visita del repartidor del Mercadona cuando ya casi estaba durmiéndome en el sofá.

Me levanto deprisa, hago la cama y me pongo lo primero que veo en el armario. Voy a la cocina y me hago un café. Saco un paquete de galletas y desayuno sin prisa.

Ya después, sin nada que hacer, me pongo a ver el ``apasionante`` Bingo del Gobierno. Cuando enciendo la tele me quedo alucinando: ocupando casi toda la pantalla, un bombo de proporciones gigantescas que, en teoría, tiene que tener tantas bolas como habitantes que tiene el país y, otro más pequeño con tantas bolas como habitantes tiene España.

-Persona 77: N.º 4.378.457 al hospital n.º 57.

Sale una persona tecleando los números al ordenador e, inmediatamente, anuncia:

-Nuria Sánchez Villodre, residente en La Roda (Albacete) tendrá que estar en el Hospital de Bilbao a las 12 horas de mañana día 19 de octubre.

No me lo podía creer. ¡Yo, que echaba todos los años a la lotería, y solo me tocó una vez hace seis años una devolución, me había tocado ir a echar una mano con el Coronavirus!

Me planteo muy seriamente no ir, pero es eso o la cárcel. No tengo decisión, así que hago las maletas y marcho a Bilbao.

19 de octubre del 2020

Son las doce de la mañana y estoy frente a la puerta del Hospital de Bilbao. Paso y en la recepción pregunto:

-Las personas seleccionadas en el Bingo, ¿dónde vamos?

Sin levantar la vista del ordenador, el chico que está allí me responde:

-Fondo del pasillo a la derecha.

Me dirijo hacia allí y entro en una habitación relativamente pequeña, donde hay por lo menos 50 personas.

Un hombre me dice:

.Su nombre, por favor.

-Nuria Sánchez Villodre.

-De acuerdo. Elija un número del 1 al 100.

Ehmmmmmm... 21-digo al azar.

-A ver que vea: le ha tocado... Uyyyyyy... Te ha tocado trabajar en la UCI, con los pacientes más graves.

Me quedo alucinada.

-Pero vamos a ver. No tengo ni idea de medicina, ¿cómo voy a atender a la gente que está mas grave?

Lo importante es participar, mujer. Vamos, chicos-se dirige el hombre a los demás-animemos a Nuria.

De repente, todo el mundo se pone a gritar mi nombre:

-¡Nuuuuuuriaaaaa, Nuuuuuriaaaaa, Nuuuuuriaaaaa!

...

-¡Nuria! ¡Nuria! ¡Nuria! ¡Nuria! ¡Quieres despertar, hija!

Abro los ojos. ¿Dónde estoy? Esto no es la UCI del hospital de Bilbao. Oh, no. lo he olvidado todo.

-¿Qué hora es?-pregunto.

-Las doce.

-¡¿Las doce?! Y el instituto, ¿qué?

Pero vamos a ver hija. Qué despistada estás. Estamos en cuarentena por el Coronavirus. Vente a ver la tele-me dice mi madre-el Gobierno comparecerá en breves para anunciar algo importante.

Vamos las dos hacia la televisión y cuando la encendemos, se oye:

-Comienza... ¡el bingo del Gobiernoooo!

FIN

El secreto de la vieja librería

“La verdad es que nunca me paré a pensar en el tatuaje de la abuela. O esa cicatriz en forma de lluvia en el hombro derecho. Nunca me pregunté por qué sabía hablar tres idiomas, o por qué vivíamos en un faro apartadas del mundo. Hasta que encontré el libro. Fue entonces cuando empecé a atar cabos...”

-Virgen santa, que vamos a la librería, no a ver al rey- Dijo Eulalia poniéndose sus guantes favoritos de piel granate.

-¡Vooooooy!- Respondió Amelia. Ella sabía de sobra que iban a la librería del pueblo, y precisamente por eso estaba tardando tanto en elegir vestido. Si iba a ver a la señorita Esmeralda, tenía que estar perfecta.

Se alisó el vestido turquesa con las manos frente al espejo y se enderezó el lazo que llevaba en la diadema. -Estás perfecta- le dijo a la Amelia que le devolvía la mirada en el espejo. Besó afectuosamente su reflejo y salió corriendo escaleras abajo.

Su abuela estaba ya fuera, de cara al mar, con los ojos cerrados. Siempre hacía eso cuando salía por las mañanas. El aire le revolvía el cabello blanco y sonreía. Su piel morena y cuarteada no tenía nada que ver con la de Amelia, que era pálida como las pocas nubes en aquel día soleado.

-Venga, vamos- dijo tendiéndole la mano a Amelia- ¿Llevas el libro?-

-Sí, va en el bolso.- respondió su nieta, con un hilo de voz. Llevaba algo más a parte del libro, pero era un secreto que sólo ella sabía.

Caminaron por la orilla de la playa recogiendo conchas y caracolas como siempre hacían cada vez que iban al pueblo; era ya como una tradición sobre la que no hacía falta hablar. Descalzas, con los zapatos en la mano, corrían y reían mientras Eulalia intentaba seguir el ritmo de su nieta, levantándose el

vestido para no pisarlo. La gente que estaba paseando por el puerto las miraba, pero habían pasado ya muchos años desde que a la vieja mujer que vivía en el faro le dejó de importar lo que pensarán de ella.

Llegaron a la librería despeinadas, sudando, con arena en los zapatos y en los pliegues del vestido, pero sonriendo de oreja a oreja. Eulalia cruzó cuatro palabras con Esmeralda, la dueña de la librería, y fue a la panadería mientras su nieta se quedaba allí rodeada de libros e historias. Amelia se sonrojó cuando le devolvió el libro a la señorita Esmeralda y ésta vio un papel asomando entre sus páginas.

-¿Te ha gustado Robinson Crusoe?- Le preguntó a Amelia mientras desdoblaba la notita y la leía.

-Sí, mucho.- Balbuceó Amelia, en una voz que apenas se oía, mirándose fijamente los zapatos.- Me encanta Viernes y quiero leer más sobre tesoros y barcos perdidos.- Dijo armándose de valor y levantando la mirada. Vio cómo Esmeralda le dedicaba una sonrisa que le recordó a Amelia los libros de aventuras que leía antes de dormir.

- Ve tú a mirar, ¿quieres?- Dijo la librera agarrando un puñado de cajas.- Estoy a ver si ordeno todos los libros nuevos que me acaban de llegar-.

De todos los lugares del mundo, la trastienda de la librería de Esmeralda era el favorito de Amelia. Le encantaba deslizar la yema de los dedos sobre esos libros cubiertos de polvo en las estanterías, buscando historias que le despertaran mariposas en el estómago.

Cuando volvió al mundo real, Amelia llevaba, como si de un trofeo se tratara, un libro que prometía misterios y aventuras.

-Éste no tiene título y es un poco raro ¿me lo puedo llevar? -Dijo levantándolo en alto para que Esmeralda lo viera.

La librera miró el libro por encima. – No me suena de nada... En fin, llévatelo y luego me cuentas qué tal ¿vale? - Y se giró a seguir ordenando libros mientras tarareaba una canción, como hacía siempre que estaba concentrada. En ese momento sonó la campanita de la puerta y Eulalia entró con la cesta cargada del mercado.

Abuela y nieta emprendieron el camino de vuelta al faro mientras hablaban de todo y de nada. Una vez llegaron, Amelia salió corriendo escaleras arriba con el bolso bien apretado debajo del brazo.

Se encerró en su habitación y sacó el libro que más curiosidad había despertado en ella desde que tenía memoria. Las tapas estaban cuarteadas y el lomo arrugado, mientras que las hojas parecían haberse mojado hacía años. Lo único que había en la portada era un sello de tinta negra, un círculo con una estrella en el medio, que parecía una rosa de los vientos y que a la niña le sonaba vagamente de algo.

.Amelia lo acarició y lo abrió con cuidado. No pudo evitar ahogar un suspiro cuando vio que aquello no era un libro: era un diario.

Estaba escrito por un marinero que vivía en un barco con sus hombres, y contaba las aventuras que vivían. Describía cómo cambiaba el color del océano del amanecer al atardecer y la sensación de llegar a puerto después de meses sin pisar tierra firme. Al leerlo, Amelia podía escuchar el graznido de las gaviotas y oler la sal del mar. Pasó la semana siguiente obsesionada, leyendo al detalle cada página y parándose en cada letra, intentado imaginar la vida de quién había trazado aquellas palabras. Empezó a pensar en qué aventuras

habrían vivido esos marineros que no estaban narradas en ese diario, y pasaba las horas con los codos apoyados en la repisa de la ventana, mirando el mar, imaginándose ese barco y esos marineros sobre los que había leído tanto. Quería ponerles nombre, pero era difícil porque el autor del diario solo escribía la inicial de cada uno. Aun así, la niña había contado siete personas distintas. A veces se quedaba durante horas en su habitación, dibujando a las personas que ella imaginaba que vivían entre las páginas de ese diario.

Una tarde que Amelia leía en el salón mientras su abuela se bebía su vaso de ron de los domingos, algo sucedió. La niña llegó a la página donde se narraba cómo aquellos marineros atracaban y robaban otro barco, quedándose con los víveres y la munición. Tuvo que leer tres veces aquello para dar crédito a lo que estaba viendo. Los marineros no robaban. Amelia no estaba leyendo un diario de personas que pescaban en el mar pacíficamente.

Pegó un grito que hizo que su abuela se volcara el ron en la camisa del susto. Amelia no dejaba de mirar aquellas páginas con los ojos muy abiertos.

- Joder, cariño, no había momentos *pa* gritar *na* más que cuando tengo el vaso en la mano.- Dijo Eulalia desabrochándose la camisa para cambiarse.

Cuando se quitó la camisa, Amelia levantó la vista de lo que estaba leyendo y se fijó en el tatuaje del brazo de su abuela. Miró el sello de la portada del diario, después a su abuela otra vez. Tragó saliva, buscó las palabras en su garganta.

- Abuela- dijo Amelia con un hilo de voz- ¿Eras una pirata?

Eulalia levantó la vista y miró a su nieta en silencio. Ésta levantó el diario que llevaba leyendo varias semanas, para que su abuela lo viera. Eulalia sonrió, con calma. Se bebió de trago lo que quedaba de ron en el vaso, lo dejó en la mesa con un golpe, y miró a Amelia.

- Y de las mejores cariño. Era de las mejores piratas que había por aquí.- Le respondió su abuela con la mirada llena de nostalgia.

Así fue como conocí la verdadera historia de mi abuela. Resulta que ese diario lo escribió una de sus camaradas a bordo del barco, y que aquellas iniciales con las que se describían al resto de piratas no eran nombres masculinos. Eran todas mujeres, pero la autora no quiso desvelar el nombre de ninguna de ellas. Aquella tarde, mi abuela me contó cómo hace unos cincuenta años, cuando las cosas no iban tan bien debido a las guerras, un grupo de viudas, solteronas, huérfanas y mujeres de dudosa reputación decidieron buscarse ellas mismas su sustento. “No te imaginas lo duro que había que trabajar en las fábricas por cuatro duros” me repetía mi abuela una y otra vez.

El difunto marido de una de aquellas mujeres era marinero, así que su mujer heredó lo único que él había conseguido pagar después de años trabajando de sol a sol: su barco. “Y en realidad, Amelia” le contaba “aquello fue lo mejor que me pudo pasar. Era como que después de tanto tiempo pasando hambre, dijimos todas: a la mierda ¿sabes? Y nos fuimos. Está feo que yo lo diga, cariño; pero nos encantaba robar. Aquellos años que pasamos en el mar nos hicieron sentir vivas otra vez”.

Cuando Amelia le contó a su abuela de dónde había sacado el diario, Eulalia, con la mirada llena de recuerdos, le dijo: “No me extraña, la dueña de ese diario es la abuela de Esmeralda, la muchacha de la librería”.

Y así, cuando una semana después la niña volvió para devolver el diario prestado, la librería le respondió:

-Qué, ¿te ha gustado la historia de piratas?- Y le guiñó el ojo con una sonrisa llena de misterios. -A mí me encanta, Amelia, es de mis favoritas.

LAS CICATRICES DEL ALMA

La primera semana de aquel septiembre bochornoso, deshice las maletas en el primero derecha de la calle Miravés. Un piso diminuto, cuyo salón quedó reducido a la mitad, cuando coloqué mi piano junto al balcón. Las vistas no eran más que una plaza que hacía, a su vez, de patio interior con el resto de edificios. Me sentía en una jungla de tendedores, parabólicas, olores extraños y discusiones domésticas. La encontré subiendo las escaleras del primer piso, aferrada a la barandilla con una mano y cargando una bolsa de la compra con la otra.

— ¿Quiere que le ayude? —le pregunté a la anciana que peleaba con cada escalón.

— Ay, hijo. Si me haces el favor... —dijo sin aliento.

— Faltaría más. Me llamo Jaime, acabo de llegar al primero derecha.

— ¡Anda! Pues somos vecinos, yo vivo en el primero izquierda. Soy Herminia. Llámame de tú, que los años ya me los pone la vida.

Abrió la puerta y, siguiendo sus instrucciones, dejé la compra en la cocina. Su piso era idéntico al mío, pero estaba decorado de tal manera que uno tenía la sensación de estar en un palacio versallesco.

— Puedo ver tu piano desde aquí, ¿sabes tocar? —señaló Herminia.

Entonces, me di cuenta de que desde su salón se veía el mío.

— Pues sí, soy profesor en una academia. Acabo de llegar a la ciudad porque mañana es mi primer día.

— Un artista, ¿eh? Como no hay suficientes locos en este edificio... Pues a mí me tienes que componer una pieza, que yo soy pura inspiración.

— Bueno, pero no espere gran cosa —dije entre carcajadas.

— ¿Prometido? —preguntó.

— Tiene mi palabra.

Así fue como conocí a Herminia Pozos Matalobos. Los vecinos la conocían para bien o para mal, pero todo el mundo había oído hablar de ella. Así se ganó el sobrenombre de “La Sargenta”. Durante los próximos dos meses, pasamos muchas tardes en su casa hablando de todo y de nada. De libros, música, política, e incluso, de quién calentaba la cama de la soltera del ático. Un día, leyendo en el sofá, junto al balcón, escuché que alguien llamaba a su puerta. A juzgar por la voz, se trataba de una chica joven. Al parecer, iban a hacer una serie de ejercicios para tratar los problemas respiratorios de la anciana.

— Vamos, Herminia. ¿Te acuerdas de lo que hicimos la semana pasada? Hoy vamos a repetir algunas cosas —dijo la chica.

— No te molestes, niña. Si yo estoy de maravilla. Son estos medicuchos que se empeñan en meterla a una en el hoyo antes de tiempo. Todo es cosa del gobierno, ¿sabes? Que por ahorrarse cuatro pensiones, son capaces de cualquier cosa —contestó Herminia con aire revolucionario— Por cierto, cuéntame. ¿Qué tal te va con el chico ese del que me hablaste?

— No quiero hablar de eso.

— Anda, dime. Si te lo voy a sacar de todas formas.

— Pues justo hace dos días que lo dejamos. Bueno, me dejé. Y no lo entiendo, esta vez creí que saldría bien. Nos entendíamos a la perfección y lo hablábamos todo. Siento que me he esforzado más en esta relación que en ninguna que haya tenido antes. Y todo para nada...

— ¿Y se puede saber qué te dijo? El sinvergüenza.

— Que había cambiado, que ya no sabía ver en mi interior. Que me había vuelto muy impredecible. Que estoy loca, vamos.

— Pero qué estacazo... Así que, estás loca, ¿eh? Pues busca a alguien tan loco como tú. Encuentra con quien hacer locuras.

— No, no. Estoy muy bien sola. Yo no quiero más historias. Además, ni me apetece hacer nada, ni tengo fuerzas para nada. Me han roto, Herminia.

— ¡Pues, si te rompes, te vuelves a armar! —gritó la anciana— Créeme, niña. No hay nada peor que dejar de amar cuando el corazón aún palpita. Enamorarse es abrirle las puertas de tu mundo a otra persona y arriesgarse a que arrase con todo. Pero te voy a decir una cosa, son esas cicatrices del alma lo que nos hace únicos.

En ese punto ya me sentía demasiado ridículo como para seguir espiando la conversación, de modo que cerré la ventana y permanecí unos minutos pensando en las palabras de Herminia. Poco después, estaba llamando a la puerta del primero izquierda.

— Hola. —saludó la chica.

— Hola, venía a...

— Pasa, pasa. Estamos terminando. —dijo mi amiga, pasando bolitas de papel de un vaso a otro con una pajita.

— ¿Cómo estás? He traído unas galletas para pasar la tarde.

— ¿Galletas? —repitió disgustada— ¿Qué quieres? ¿Qué ponga leche a calentar en un cazo y nos hagamos un Cola Cao? A la próxima, te traes un buen vino o no entras.

— No puedes tomar alcohol con la medicación —le recordó la joven— Bueno, por hoy hemos terminado. Acuérdate de hacer los ejercicios todos los días e intenta no hacer grandes esfuerzos.

— Espera, Laura. Siéntate que conozcas a mi amigo y vecino, Jaime. Toca el piano —dijo Herminia dándome unos golpes en la espalda— Cuéntanos, chico. ¿Cómo va la enseñanza en la academia?

— Bueno, como siempre. Intentando que aprendan algo.

— ¿Eres profesor? —preguntó Laura.

— Sí, pero no le gusta nada. Él quiere ser concertista —contestó Herminia por mí.

— Cada cosa a su tiempo, ahora no estoy preparado para dar ese paso tan importante. Me pongo muy nervioso cuando toco delante de alguien —alegué en mi defensa.

— Otro igual —suspiró la sargenta— ¿Sabes que esta señorita de aquí, pinta unos cuadros que hace que los de Sorolla parezcan postales en blanco y negro? Y, sin embargo, se pasa los días visitando a fósiles cómo yo y viéndolas venir.

— Eso no es verdad, Herminia. Pinto de vez en cuando para relajarme, nada más —dijo una Laura incómoda.

— Sí, pero te gusta que los demás aprecien tu arte, como a cualquier artista. Te encantaría llenar salas con tus cuadros y que la gente pague por tus obras para llevarse con ellos un fragmento de ti.

— Aun así, no es el momento.

— ¿Cuánto tiempo lleváis repitiéndoos eso de que no estáis preparados? ¿Cuándo lo estaréis?

Herminia empezó a toser y los dos creímos por un momento que nuestra amiga se quedaría sin aliento, pero, con un pequeño golpe en la mesa, siguió:

— Dejad de pensar que necesitáis estar listos para empezar algo, nunca se está tan preparada como una desea. Entended esto, vuestra vida es un gran bloque de hielo en el que podéis esculpir cosas imposibles. Seguid temblando con la idea de equivocaros y antes de que os deis cuenta, ese bloque se convertirá en un charco de agua inservible.

Seguimos manteniendo esos encuentros durante meses. A veces, nos veía a Laura y a mí como a dos niños pequeños. Mirando a Herminia boquiabiertos, empapándonos de cada consejo, historia y lección. Al principio, solo tenía que desviar la mirada cuando mi vieja amiga comenzaba a toser. Más tarde, me encontraba frente a su puerta sin que nadie saliese a recibirme, acabé entendiendo que las visitas al hospital se volvieron más frecuentes. Un día, encontré a Laura en el portal. Había venido a buscar algo de ropa para Herminia. Me contó que estaba pasando estos días con ella y que preguntaba mucho por mí.

— No hace falta que vengas —dijo despidiéndose— mañana le dan el alta.

— ¡Qué bien! Sabía que iba a mejorar, es más dura que un roble —exclamé.

— Sí, lo es, pero no ha mejorado. Los médicos han dicho que no pueden hacer nada más, y Herminia prefiere estar en su casa.

Nunca lo ves. Ese golpe que te muestra la verdadera fragilidad de las cosas siempre te pilla por sorpresa. Movimos su cama al salón, junto a la ventana, porque decía que le gustaba oír “la calle”. Fue una mañana, desayunando, cuando pude ver cómo los vecinos se asomaban con cautela al balcón. Abrí la ventana y, a mi izquierda, encontré a Laura llorando sobre las sábanas. Todo el vecindario, atraído por los sollozos de la joven, contemplaba la escena con un nudo en la garganta. La primera nota fue como una gota de lluvia solitaria que anuncia una tormenta, después, la melodía de mi piano recorrió todos y cada uno de los balcones. Me temblaban las manos, tenía la boca seca y los ojos bañados en lágrimas. En todo ese tiempo, aún no había tocado la pieza que le prometí a mi amiga.

Años más tarde, la imagen en el espejo me mostraba a un hombre ataviado con su mejor esmoquin. La puerta se abrió y alguien me dijo que apenas faltaban unos minutos. Miré mis manos, firmes y seguras desde aquel día, y salí del camerino.

— ¿Has visto quién está ahí? —dijo mi representante señalando al público— Segunda fila, a la derecha. Es ella, Laura Fonseca, la pintora. Mañana presenta una exposición en la sala Gustov.

Se abrió el telón. Un foco realzaba la figura de mi piano en el centro del escenario. Salí en medio de aquella lluvia de aplausos y posé las manos sobre las teclas. Sólo una tos y algún murmullo; pura expectación. Cada rincón del teatro se impregnó de aquella música. Como una corriente que acarició cada espina dorsal. El público, en un estado de embriaguez casi onírico, disfrutó hasta el último movimiento. Pero entre todo aquel tumulto, sólo dos personas fuimos capaces de percibir algo más. Algo que flotaba en el aire, mezclado con las notas. Algo que nos hizo sonreír, aun sin estar presente. El recuerdo de aquella anciana que nos enseñó a vivir.

I - MICRORRELATOS

1º PREMIO:

Título: Dilema de Prisionero

Autor/a: Jesús Parreño Charco

2º PREMIO:

Título: Insomnio

Autor/a: Izhan Martínez Simarro

20

EL DILEMA DEL PRISIONERO

— Piénsalo bien —dijo el poli— Si tu socio habla y tú no, él se va a casita y tú pasas diez años a la sombra. Pero, si colaboráis los dos, en cinco años estáis fuera. Si fuese tú, me ahorraría depender de nadie y lo contaría todo.

La decisión estaba tomada. Los dos sabíamos que, si guardábamos silencio, sólo tenían pruebas para encerrarnos un año.

— No sé de qué hablas —contesté.

— Como quieras, veamos que dice tu amigo.

“Confío en él, no dirá nada” me repetí una y otra vez durante los próximos diez años.

Insomnio

Camino por la galería llena de retratos. La luz es tenue, la alfombra amortigua mis pisadas, las paredes ocreas son deprimentes. Comienzo a sentir que falta el aire. Las severas miradas de decenas de ancestros me observan. Saben que les temo. La puerta al final parece más distante que nunca. Me detengo. Las ganas de echar a correr me invaden. Si lo hago sé que sus manos saltarán del lienzo y me cogerán.

Respiro hondo y continúo, evitando mirarles. Por fin llego al baño. Alivio mi vejiga sin poder quitarme de la cabeza el viaje de vuelta a la cama.

CATEGORÍA A

1º PREMIO:

Título: El pájaro

Autor/a: Elsa Piqueras Navarro

2º PREMIO:

Título: Noches de abril

Autor/a: Luis Rodríguez López

CATEGORÍA B

1º PREMIO:

Título: Factor 50

Autor/a: Jesús Parreño Charco

2º PREMIO:

Título: Lobo de mar

Autor/a: Andrés Castellanos Gallego

21

El Pájaro

Estaba posado en mi rama favorita observando el amanecer y de repente...

“Guau, guau”. Fue lo primero que escuche ese día. Sin embargo ese sonido no venía de un terrible perro rabioso que buscaba pelea, ni siquiera venía de un perro, cuando vi que especie era, quede alucinado.

En ese momento no entendía o no quería entender porque aquel señor mal humorado quería imitar o parecer un perro. Oía un silbido, era tan fuerte que retumbaba en mi cabeza una y otra vez, no podía sacarlo de ella. Eso fue lo segundo que escuche aquel día. Tampoco podía entender que esta vez me estuviera imitando a mí, haciendo así intentando parecer un pájaro, como era yo.

Pasé toda la noche sin dormir, estuve pensando en pa qué un ser humano podía comportarse así.

Pase tantas noches sin dormir como estrellas tiene el cielo. Pero tenía que haber visto más allá de aquel estúpido humano y me tenía que haber fijado más en aquella niña preciosa y solitaria que tuvo que aguantar los comentarios de aquel señor tan desagradable.

Cuentan antiguas lenguas marchitas que hace mucho tiempo en estos mismos parajes habitaba un joven alto, de ojos azules como el más profundo océano y un azabache cabello el cual contrastaba con su blanquecina piel. Aunque su mirada azul fuera, un sin vivir carmesí le atormentaba, sentía que no era capaz de gritar, lágrimas de sus ojos el mundo le hacían tapar, y así como el color de sus ojos de un marino eterno se correspondían, ahí quería acabar, en el fondo del mar. Por lo que una noche fría y ventosa de Abril, con un frío infernal en su interior, alegaba que este vacío de existencia era un completo sin sentido y por ello debería de ponerle fin a esta misma vida que no le hacía más que atormentar y penar, pensando que así al menos descanso eterno podría él hallar; mas en el momento más álgido de su discordancia mental, lo que parecía un haz de luz descendió con una gran velocidad hacia la Tierra, oyéndose claramente el estruendo por aquel hombre, por lo que curioso fue a comprender qué era lo que descendió del cielo. Al llegar allí, una mujer de blanca tez, casi translúcida, con unos dorados cabellos ondeantes que contrastaban con la profundidad de la noche y unos verdosos ojos, resultantes del trabajo artesanal de un completo profesional tras usar las mejores esmeraldas, colocándolas en un jarrón frágil, delicado y sumamente hermoso, arribó de las estrellas.

Preocupado por haber encontrado a aquella muchacha apenas consciente en el suelo, sin poder mover un ápice de su cuerpo, mirándole a los ojos con cierto sesgo de desesperación, decidió ayudarle a levantarse, y con un paso ligero marchó a su casa para así poder resguardar a la joven en esta. Las horas pasaban lentamente, y poco a poco aquella muchacha parecía recobrar la consciencia, hasta que en un momento dado, su boca se movió, expresando

así algunas palabras: “¿Dónde estoy...?” mientras estaba observando aquella humilde casa sin parar muy curiosa, la cual solo estaba compuesta por una cama individual, en la que la joven estaba tumbada y completamente tapada; de una pequeña cocina y una mesa acompañada de sus correspondientes sillas, que apenas ocupaban espacio, además de varios libros tirados por el suelo, adornando así esta, dando cierto toque de dejadez y de un sitio completamente humilde. El joven, esbozando una amplia sonrisa en el momento en el que le vio hablar, comprobando así que se encontraba bien, le respondió con cierta calidez en su voz, como si tratase de tranquilizarle: “Está en mi casa, le encontré en medio del bosque, por lo que decidí traerle aquí para que se pudiese recuperar, espero que no sea una molestia. Mi nombre es Isaac, ¿podría saber cuál es el suyo?”

La muchacha, todavía algo confusa, aún recobrando lentamente sus sentidos, tratando de asimilar toda la información que le estaba diciendo, para después responder con una suave y aterciopelada voz – Encantada... Mi nombre es Vega, un placer...– a pesar de esas palabras, cierto atisbo de miedo era reconocible en sus palabras, como si algo le estuviese preocupando, le estuviese quemando en cierto modo por dentro.

Isaac, le seguía mirando a los ojos profundamente, notando así ese tono de preocupación en su voz, pasándolo ligeramente por alto para así ofrecerle amablemente para que se sintiera mejor – ¿Tiene hambre? Puedo cocinarle algo si lo desea, puede que no sea el mejor en eso, pero al menos es suficiente para llenar el estómago – le dijo sonriendo ampliamente, tratando así de tranquilizarle ligeramente.

Algo nerviosa todavía por esa extraña hospitalidad a la que realmente no estaba muy acostumbrada, la joven negó por unos segundos con la cabeza mientras le seguía mirando – Muchas gracias de verdad, pero creo que no será necesario, es más, ni siquiera debería estar aquí ahora mismo...– dijo con ese mismo carácter preocupado que había mostrado anteriormente.

–Oh, de acuerdo, supongo que necesitará descansar, parece que está cansada, puede dormir en mi cama, no es molestia para mí dormir en el suelo – le dijo con ese característico toque afable y cariñoso que abundaba en él.

El tiempo pasaba poco a poco, y así como el sol aparece en el cielo mostrando la luz de la mañana marchándose así la noche, aquellos días pasaban despacio. El corazón de Isaac anteriormente sumido en una completa oscuridad, con aquellas miradas cruzándose mutuamente, aquellas charlas que duraban tardes completas, iba sintiendo cómo lenta muy lentamente iba ardiendo cada vez más y más por dentro, pero no como si del infierno se tratase, era una calidez acogedora, como el abrazo que un padre le da a su hijo. Él no podía explicar aquella sensación; sin embargo, le parecía algo completamente fascinante, pensaba que podría acabar siendo engullido por aquel sentimiento completamente, dejándose llevar por él.

Una de aquellas noches, ambos estaban juntos, observando las estrellas, sentados en el suelo en mitad del bosque como si nada pudiera pasarle a ninguno de ellos, como dos completos espíritus del bosque que habían nacido para vivir allí y pasar toda su vida en paz, escuchando el cantar de los grillos nocturnos y la tranquilidad de la noche. Sus manos, se acariciaban lentamente entre sí, acompañadas de la dulce brisa y del suave tacto de la hierba; sus

ojos, a pesar de estar mirando a las estrellas, pareciesen que estaban centrados más en otro resplandor, cruzando así múltiples veces la mirada de ambos, en una bella armonía que ascendía suavemente.

Vega, mirando a Isaac a los ojos un momento, movió lentamente sus labios, para decir – ¿No crees que las estrellas son realmente bellas? – le dijo con una sonrisa de oreja a oreja, mientras esperaba su respuesta.

A lo que el joven respondió algo sonrojado – Realmente creo que son bellas, además, yo creo que ya he encontrado a la estrella que alumbró mi camino...– decía con algo de vergüenza, susurrando, haciendo que sea muy difícil el oírle.

Vega le sonrió, acariciando la mano de Isaac lentamente con su suave mano, haciendo que sus dedos se fuesen entrelazando lentamente. – Yo también creo que es un lugar hermoso, aunque todo se ve mucho más bonito desde aquí...

Algo consternado por lo que acababa de oír, Isaac le miró a los ojos más seriamente – ¿Qué es lo que quieres decir?

Una pequeña lágrima adornaba el rostro de aquella joven, con su mirada completamente puesta en él – En verdad Isaac, este cuerpo que estás viendo y sintiendo, no soy verdaderamente yo, solo es un reflejo de lo que verdaderamente soy, una estrella... Y con cada segundo que paso aquí, mi tiempo de vida se acorta más y más, hasta que llegado un momento próximo, simplemente me apagaré. Pero quiero que en ese momento que me apague, lo haga a tu lado... Que mis últimos momentos sean los más brillantes de todos...

Isaac, parecía muchísimo más preocupado que antes, como que eso que le estaba diciendo no podía ser real, como si simplemente estuviera teniendo una

pesadilla completamente irreal. – Entonces, simplemente vete...– decía con una voz completamente seca, como si aquello que decía no lo sintiese y le doliese incluso mencionarlo.

–Al principio eso era lo que tenía en mente , simplemente venir aquí para poder ver con mis propios ojos como es este hermoso mundo desde aquí abajo, lo que no pensaba es que encontraría a una persona que me hiciera querer quedarme aquí por siempre. Pues ya no me imagino esos días sin oír tu voz... Sé que suena algo egoísta, pero no me molestaría gastar toda mi vida si así pudiese pasar un segundo más junto a ti. – varias lágrimas seguían pasando por su cara lentamente, mientras su tono aterciopelado se tornaba algo más triste.

Mas una mano empezó a acariciar las suaves mejillas de la joven, limpiando así las lágrimas que se encontraban en esta, mientras con una voz completamente quebrada y una cara completamente empapada por las lágrimas que adornaban, Isaac la miró a los ojos. –Marcha por favor... No pases un instante más en este mundo por mí, no me podría perdonar que aquella llama que ha encendido mi corazón se apague por mi culpa...Pues hasta en este intenso invierno tú me das calor.

La joven, todavía mirándole a los ojos sonrió ligeramente – Prométeme que jamás te rendirás y que tu vida seguirá aunque yo no esté... – Por un momento, ambos cerraron los ojos, tornándose todo en un completo silencio, sin poder escuchar nada, ni el cantar de los grillos ni el viento al pasar, para juntarse sus labios y segundos después, simplemente desaparecer sin dejar rastro alguno, como si de una estrella fugaz que nunca haya existido se tratase.

FACTOR 50

En el 2023 se realizó el primer viaje comercial con destino a Marte. Todas las plazas disponibles fueron adquiridas por un magnate, que decidió sortear ocho de ellas a cualquiera que quisiera acompañarle. Para participar no era necesario tener ninguna titulación especial, tan sólo querer colaborar en sociedad y apoyar a los otros viajeros. Soy de esas personas a las que nunca les toca nada, ni unas zapatillas, ni la cesta de navidad y muchos menos la lotería. Si participé en aquel sorteo, fue porque me aburría mientras esperaba a mi amigo para jugar a la Play. No pensé ni por un momento que me fuese a tocar y, tal vez, ese es el truco: no esperar nada de nada. Como fui el único español presente en ese viaje, cuando volví a la Tierra se produjo un efecto mediático que me hizo aparecer en casi todos los programas nacionales durante semanas. Entrevistas, charlas, podcasts, de todo; por lo que quien sienta curiosidad por tecnicismos o me vaya a preguntar qué se siente al estar ahí fuera, que busque en Internet. Hoy vengo a contar cómo intenté explicar a toda mi familia que me iba a Marte.

— Que te vas, ¿dónde? —preguntó mi padre.

— A Marte, papá.

— Sí, y yo detrás.

Ya sabía que no sería tan fácil como eso. Mis padres pensarían que me había quedado tonto de tanto videojuego antes de creerse que había ganado un viaje gratis al planeta rojo. Tuve que insistir bastante y acompañar mis palabras con toda la información del sorteo junto con el email que me había llegado hace unas horas. Donde se especificaba que había sido seleccionado, junto a otros siete participantes, para un viaje de más de un año.

No sé si fue por darme la razón o porque estaban cansados y querían irse a dormir, pero finalmente lo entendieron.

— ¿El viaje es de ida y vuelta? —fue lo primero que preguntó mi madre.

Puede sonar a broma, pero el caso es que ni yo mismo lo sabía. Supongo que, cuando a uno le regalan un viaje a Marte, el volver o no es un detalle sin importancia. Semanas más tarde, cuando nos explicaron el programa en profundidad, supe que estaba prevista la vuelta a la Tierra.

Aunque el propósito de nuestro viaje era puro marketing, todos los tripulantes asistimos a unas conferencias donde nos explicaron lo importante que era para el ser humano la colonización del nuevo planeta y en qué consistía ese proceso. Durante aquellas jornadas, también nos dieron algunos consejos de cara a prepararnos y afrontar mejor un año alejados de todo lo que conocíamos. Llegado el día y, gracias a esa preparación, sentí que estaba listo para iniciar la aventura, para adentrarme en lo desconocido e incluso para afrontar cualquier destino fuera el que fuera. Para lo que nadie me preparó fue para explicarle a mi abuelo todo ese tinglado.

— ¡Abuelo! Que me voy a Marte.

— Pero, ¿tú solo? —me dijo.

Si le hubiese dicho que me iba a Torremolinos me habría preguntado lo mismo. Tras dos horas tratando de explicarle qué era el Sistema Solar y dónde estaba la Tierra, me conformé con que entendiese que me iba a un sitio muy muy lejos donde las personas queríamos hacer casas para vivir.

— Y to eso, ¿pa qué? —preguntó.

—Abuelo, pues porque la vida en la Tierra se acabará algún día. Por eso tenemos que terraformar otros lugares.

— ¿Qué?

— La terraformación consiste en transformar un planeta para que se parezca a la Tierra. O dicho de otra manera, alterar el entorno como nos venga en gana.

— Ah, bueno. En eso somos expertos, no hay de qué preocuparse.

— Pues no es tan fácil, abuelo. Hay muchos inconvenientes. Lo primero es calentar la superficie para derretir el hielo de los polos y crear una atmósfera habitable, ya que en Marte no podríamos respirar. Otro problema es la gravedad, que, al ser tan baja, perderíamos la musculatura en unas semanas; por no hablar de la radiación o el problema ético.

— ¿Eso qué es?

— Pues que algunos científicos creen que ya hay formas de vida muy pequeñas en Marte. ¿Hasta qué punto está bien que arrasemos su entorno para que nosotros podamos sobrevivir?

— Vale, pero, ¿y to eso pa qué? —volvió a preguntar.

— Abuelo, si te lo acabo de explicar.

— Ya, ya. Pero si lo que buscamos es un lugar para vivir, y en el Marte ese hay tantos problemas, para qué irnos allí teniendo la Tierra que es perfecta para eso.

— Pues porque estamos acabando con el planeta y antes o después la vida aquí llegará a su fin.

— Entonces, lo que nos tiene que preocupar es cuidar el planeta, no buscarnos otro.

— Se levantó y cogió la antigua caja de costura de mi abuela. Sacó algo de madera y me lo enseñó. — ¿Sabes qué es esto?

— Un huevo. —dije.

— Esto se usaba para remendar calcetines. Si se te rompía el calcetín, metías este huevo de madera y cosías el agujero. Pero eso era antes, ahora preferimos tirar el par a la basura y comprar otro. Ese es el problema: antes, si algo se rompía buscábamos cómo arreglarlo, ahora nos cargamos el planeta y queremos uno nuevo.

Traté de explicarle a mi abuelo que tarde o temprano nos golpearía un asteroide, que por pura matemática la vida en la Tierra estaba avocada al fin, pero eso no le quitaba la razón.

La noche antes de salir de casa, mi madre me ayudó a preparar la maleta.

— Mamá, no puedo subir nada a bordo. El equipo que necesito me lo dan allí.

— Bueno, por si acaso te he metido el chándal y los vaqueros porque lo mismo un día tomáis algo por ahí. Tienes también camisetas limpias, que luego hueles. Y bueno, digo yo que allí, en Marte, pegará bien el Sol, toma. —dijo lanzándome un bote de crema solar.

Aquello me hizo reír como nunca.

— No, —me dijo señalando la etiqueta— no te rías que es de la buena. Factor 50.

En ese momento entró mi padre en la habitación y me dejó doscientos euros encima de la mesa.

— Toma, hijo.

— Papá, desde mañana a las nueve que me recoge el coche hasta el día del despegue, estaré en un hotel a pensión completa. Todo pagado, ya os lo dije.

— Bueno, tú llévatelo, que teniendo; uno, no tiene por qué pedirle a nadie.

Sonreí y les abracé.

Por mucho que te digan, que lo pienses o intentes imaginarlo, nunca estás preparado para dejar tu hogar; y mucho menos tu planeta. Tener la oportunidad de contemplar la Tierra en su plenitud es algo único. Lo primero que sientes al ver ese resplandor azul rodeando a un cuerpo en mitad de la oscuridad, es que eres insignificante. No piensas en nada. Buscas palabras, emociones; lo que sea que te permita saber que estás ahí, pero no hay nada. Te sientes vacío, liviano, como si por un momento estuvieses flotando ahí fuera tú también.

Un año y medio más tarde, volví a encontrarme con mi abuelo, pero esta vez nos separaba una lámina de mármol y un par de metros de tierra. Pensé en todo lo que me dijo y en que, tal vez, nuestra expansión sea inevitable. Puede, que para el ser humano resulte imposible renunciar al estilo de vida que ya conoce. Que nuestros actos, nos hayan llevado a necesitar lo que no hemos sabido mantener. Pero he tenido que cruzar las estrellas y andar en otra tierra para entender lo que me quiso decir aquel día:

“Buscamos en el cielo, lo que tenemos bajo los pies”.

Lobo de mar

El viejo capitán se sienta en su trono resquebrajado mientras el sol comienza a decaer en el horizonte. Su mirada mantiene un brillo de rebeldía que se pierde cada vez más, arrullado en la bruma de los años. Una media sonrisa decora un rostro marcado por las arrugas, dirigida a la oscuridad de la estancia, sin reflejarse en espejo alguno. Un ligero parpadeo y un ceño fruncido son la canción pausada que le sirve de fondo. Me pregunto qué pasará por su mente, qué mirará de esa forma tan apasionada y, a la vez, apagada.

La sopa humea todavía en la olla, pero él parece que ni siquiera la huele. Le gustaba caliente, pero ahora retira la lengua cada vez que siente el ardor en sus labios. Quizás le traiga el recuerdo de malas experiencias pasadas, cuando solo rendía tributo al mar embravecido y a los tritones que salían a la superficie para acompañar su sopor hasta la orilla. Carraspea y suspira profundamente mientras ocupo mi asiento, a su lado. Ni siquiera vuelve el rostro cuando lo saludo.

—¡Oh, capitán, mi capitán!

En el pasado, su timón no conocía temor alguno. Navegaba por diversos despachos sin luz natural, peleaba contra piratas canallas que solo ansiaban el oro y desoía los cantos de sirenas que escondían un hambre voraz y descontrolado. Recuerdo cuando volvía a casa, triunfador, de espaldas anchas, lo suficientemente activo todavía como para alzarme del suelo y hacerme volar. El tiempo hizo mella en su ímpetu, y las canas amenazaban con envejecer demasiado pronto un rostro todavía vigoroso. Resistió contra viento y marea hasta que el faro comenzó a fallar.

—¿Hacia dónde zarparemos hoy? —pregunto, con una risa débil—. ¿Cuál es el rumbo?

Me mira al fin, lentamente. Sus ojos se extrañan y recibo un puñal demasiado frío y mortal como para esquivarlo. Le mantengo la mirada, firme y decidido, concentrado por transmitirle toda mi fuerza.

—¿Muchacho? —pregunta, sin convicción alguna en el tono.

La marea sube a nuestro alrededor y el viejo capitán gira el rostro hacia la ventana. El sol murió hace tiempo y se llevó consigo el brillo blanquecino de una mirada cansada de luchar. Solo nos queda esperar y mirar a un horizonte que se vuelve más cercano y lejano al mismo tiempo. Nuestros corazones parecen latir como uno solo por momentos, ignorando los gritos despiadados de marineros caídos en desesperación, atrapados en cuevas de cíclopes o islas de hechiceras. Los ecos de una vieja canción irlandesa cuyo nombre desconocemos los dos nos transportan hacia tiempos pasados, donde el dolor no era tan punzante ni tenía este sabor a miel. Los hombros caídos del capitán parecen temblar durante un momento, y sé que ya ha llegado al glaciar.

—¿Muchacho? —vuelve a preguntar a la oscuridad.

Y entonces despierto de mi sopor y comienzo a hablar. Le cuento las mismas aventuras que una vez él me contó a mí. Le hablo de tesoros escondidos en islas recónditas, protegidos por horribles maldiciones. Traigo a su memoria el repetido cantar de un loro llamado *Capitán Flint*, mientras el monótono paso de una pata de palo suena sobre la cubierta. Advierto a su mano inquieta sobre un posible motín que, finalmente, es detenido por los bucaneros leales a su mandato. Y le recuerdo que el mar siempre le llevó de vuelta a casa, con su amada esposa, que lo esperaba con un plato caliente en la mesa. Y conmigo, que admiraba cada batalla que enfrentaba, la ganara o la perdiese.

—¡Oh, capitán, mi capitán! —repito, como colofón a una historia que se pierde en la espuma.

Esta vez, ya no contesta. No vuelve a abrir la boca y comprendo que se ha ido. Se ha perdido. Y yo, impotente, no soy capaz de seguir las indicaciones de un mapa arrugado para llegar hasta él.

—Papá... —susurro a la oscuridad.

La olla hierve. La sopa se queja de su prisión. Es la hora de cenar.

II - MICRORRELATOS

1º PREMIO:

Título: Efecto Placebo

Autor/a: Eva Manzanares Sandoval



21

“EFECTO PLACEBO”

Mi intención era comprar una crema antiarrugas, pero al entrar en el establecimiento, mis pupilas se dilataron como si me las hubieran rociado con tinta china. Aquel temblor, ya olvidado, me recorrió desde las puntas de mis mocasines hasta la cana más rebelde. Ahí estaba él, coronado por una roída melena. En mi garganta se desató como una fórmula magistral la vieja y pegadiza estrofa y sin más, salí de aquella farmacia siendo una *groupie* adolescente.

CATEGORÍA A

1º PREMIO:

Título: El mundo de los sueños

Autor/a: Luis Rodríguez López

2º PREMIO:

Título: Esclava

Autor/a: Álvaro Tébar Fernández

CATEGORÍA B

1º PREMIO:

Título: La vieja estación de tren

Autor/a: Marta Leal Escribano

2º PREMIO:

Título: La fuerza de la vida

Autor/a: Laura Blanco González



Inmensidad... Rodeando mis globos hay una azabache y eterna inmensidad. Un abismo negro, vacío y sin vida. Miro a mi alrededor para darme cuenta de que no hay nada, de que estoy solo, de que no veo a nadie, en aquella negra inmensidad. Miro a mis manos perplejo para apreciar que no hay nada más que un blanquecino color vacío sin rastro de vida; miro al suelo desesperado para apreciar que no existe nada más que yo, que mis pies no se apoyan en nada, y que se encontraban sobre esa negra y vil inmensidad. Intento correr y alejarme de aquel lugar aterrado con mis flaqueantes piernas tratando de avanzar; mas inútil se convierte cualquier atisbo de huida. Un alarido de desesperación sale de mi ser, expandiéndose cual luz por el lugar; mas pronto se ha de apagar. Mis caninos sinuosamente chocan y se reincorporan cual engranaje entre sí; mas el dolor no soy capaz de sentir.

A lo lejos, veo discernir cierto atisbo de luz acercándose lenta, muy lentamente hacia mí, y en un afán de liberación, trato de avanzar hacia aquel brillante y cegador ser. Conforme más me acerco, veo cómo toma cierta forma humanoide; sus interminables cabellos negros desaparecían de mi vista, haciéndose uno con el completo vacío de aquella sala; su enorme y alto cuerpo amenazante, transmitía una gigantesca tranquilidad y confianza; sus vestimentas, al igual que sus cabellos, parecieran de un tamaño interminable, portando largas y pesadas túnicas que rodeaban y cargaban su cuerpo; unas perlas blanquecinas adornando sus ojos, como si fuese incapaz de usarlos para ver a través de estos; por lo que, algo atónito, intenté alzar ligeramente mi voz, preguntando a aquel ser: “¿Quién eres...? ¿Y qué es este lugar?”; empero el rasgo más característico, era sin lugar a dudas su voz, una voz varonil, fuerte, imponente, sosegada, impetuosa, la cual, recorría completamente aquel

infinito lugar, contestándome así: “¿Acaso no me reconoces vil y sucio humano? ¿Mas habiendo presenciado mi ser en incontables ocasiones, aún eres incapaz de dirimir a tu señor? Yo soy el que soy, guardián de este reino, de la tierra de la ensoñación, fuente de tu imaginación, reino de fantasía, pues este lugar es capaz de forjar, sueños y pesadillas, el reino de la creación, ¿o acaso no reconoces tu imaginación? ¿Todo lo que te hizo a ti? Bienvenido pues a la inmensidad donde se fragua toda la invención, donde se concibe cualquier narración, pues yo soy el guardián de este lugar, el príncipe de los sueños, aquel que muestra tu dolor, todo germen del mal y así como del bien que surge en ti. Muchos nombres poseo, mas ninguno justicia jamás hará, el guardián, el rey de este mundo, Morfeo, Destino; pues ciego soy, mas conocedor del tiempo, así como de la verdad, de lo correcto y lo indebido, de la noche y del día, de la luz y la oscuridad, pues yo soy todo, y a la vez soy la nada. ¿Responde eso a tu pregunta?, ser que desea alcanzar la eternidad”.

Cuan insólito escalofrío recorre mi gris y marchitado cuerpo tras escuchar aquellas oscuras y tenebrosas sentencias, conforme aquel inmenso ser habla, un suelo acaobado se prostra debajo de mis flácidos y débiles pies, sujetándome así finalmente, mientras que unas estanterías de acacia empezarán a formarse a mi alrededor, llenándose inmediatamente de libros, una inmensidad de gruesos tomos azabaches, hablando así aquel ser nuevamente: “Esta es la biblioteca de los sueños, donde están escritos todos tus sueños, pues bienvenido seas a mi onírico regazo, lugar donde serás castigado en una eterna e incesante agonía, para comprender cuál es el precio que se ha de pagar, a cambio de trascender a tu tiempo y a tu ser, y tallar tu nombre en el porvenir, jugando con la vida y con el amor creyéndote un Dios, el

peso por adquirir ese don, para alcanzar la cúspide, para ver el horizonte bajo tus pies. Pues en este valle de lágrimas, verás tu agónica virtud, el resultado de rechazar todo el amor.”

Ante aquellas falacias oír, mis oídos necesito cubrir, pues incapaz me encuentro de seguir escuchando tan tormentosa y cruel intranquilidad, puedo notar cómo mis cuerdas vibrarían incesantemente, provocando un tempestuoso alarido - ¡Mientes! ¡No me doblegaré ante ti! ¡De mi alma soy el capitán, y no dejaré que nadie más tome el timón! ¡Aléjate de mí, antagónico ser! ¡Vuelve por donde has venido y déjame morir en paz!-

-Tú, infeliz, ¿quién te crees para hablarme así? Tú no eres nadie, otra criatura para mí, yo no soy aquel que juzga, mas tormento brindaré, como castigo al rechazo de la vida, al rechazo de tu amada Beatriz, a su muerte, a su abandono, a todo lo que no hiciste por ella, yo te castigaré por siempre, y aunque tus mustios labios supliquen musitando un perdón, ese jamás llegará.-

Un punzante dolor recorre todo mi cuerpo desde lo más bajo hasta la cabeza, mis manos coloco en esta, para intentar refrenarlo; mas es inútil; mas nada puedo hacer; mas todo parece estar perdido. -¡No! ¡Déjame! ¡Yo no maté a Beatriz! ¡Ella cayó enferma, mía no es la culpa!-

-¡Mientes! El único culpable de toda su desgracia eres tú, tú fuiste el causante de su muerte, el causante de su agonía, quien se negó a darle ese amor que tanto ansiaba, ¿a cambio de qué? ¿De un perdurar más de los años? ¿De ser recordado una vez muerto? ¿De qué sirve aquello si a la única persona que puso su esperanza, su vida, todo su ser, su amor y cada gota de su pura y limpia alma, le diste la espalda e ignoraste? ¿Tiene acaso algún sentido ser

recordado por aquellos que no conoces, más que ser amado por los que dan su vida por ti?

-No...- Y por unos segundos se hace el silencio, me cuesta liberar palabras de mi boca, así como bramar cualquier fuente de sonido, mis ojos temblantes le miran sin cesar, anhelando que se detuviera. – Calla... Calla infame bestia... Pues no eres tú quien de mi voluntad es dueño, pues culpa no será mía de su muerte, pues .la cruel enfermedad llegó, y el desalmado invierno la alejó de mí.- Bramo con ansias de saciar cuan frío espíritu que en mi interior invernaba.

- ¿Mas acaso no eres capaz de reconocer cuan cruel e injusto fuiste? ¿Mas incapaz eres de comprender cuan inepto? La soberbia sin duda te marcó, renegaste de todo el amor, de tu propia humanidad. Empero osas negarlo, ser incapaz de equivocarse, ¿tan grande ego contiene tu ser que incapaz te hace ver la verdad? Te mostraré el reflejo de tu alma, la materialización de tu ser, tu pensamiento hecho carne, y no esperes misericordia vil y sucio humano, pues esa puerta ya se cerró hace mucho tiempo.- Y como una gélida e implacable profecía, desaparece.

Ante mis ojos veo abrirse una puerta entre los libros, y sin darme cuenta, sin controlar mi ser, percibo mi lento y sinuoso acercamiento, como una polilla que persigue la luz sigo mi camino, hasta entrar a la sala recién abierta.

Al entrar allí, una visión rellena toda mi percepción, un monstruoso ser veo girándose hacia mí, sus peludos y gigantescos brazos atados a pesadas ferrosas cadenas tratan de agarrarme, aunque son implacablemente refrenados por estas. Su presencia es verdaderamente amedrentadora, ser que tres enormes ojos era el poseedor, dos situados en la parte superior de ambos

hombros, mientras que el tercero se encontraría sobre su pecho. Dos inconmensurables fauces repletas de largos y quebrados dientes adornaban la parte sobrante de su pecho y finalmente su cabeza. Esta, además de aquel conjunto de caninos, poseía una vasta nariz bifurcada ampliamente. Mas el resto era vacío, como si alguien lo hubiera robado, ser carente de ojos faciales, mas impedimento alguno no hacían. Y cual sumun contraste, adornando aquello un par de diminutas orejas, pareciéndose a las de dos inocentes niños.

-Ese ser eres tú.- Vuelvo a oír la voz que anteriormente me atormentaba.- Esa es tu alma. Tres ojos grandes, para ver tu superioridad hacia otras personas, grandes fauces, para escupir forzadas falacias flageladoras. Cara vacía, mostrando cómo perdiste la humanidad, y diminutas orejas, para mostrar cuán incapaz eres de escuchar, pues este ser te dará castigo y tormento eterno.-

Tras terminar de decir la sentencia, noto cómo la cadena del ser se rompe, abalanzándose hacia mí. Con una implacable fuerza esperada de tan semejante bestia, soy inevitablemente atrapado, y en cuestión de décimas de segundo, mis fibras son desgarradas, puedo notar cómo mi cuerpo es separado lentamente mientras la sangre brota de mí, veo cómo mis piernas son llevadas ante aquella boca, veo cómo mi ser se acerca lentamente a sus fauces, y veo rojo, y veo negro, y no veo nada.

Y me despierto, rodeado de una eterna y azabache inmensidad. Un abismo negro, vacío y sin vida.

Me llamo Asha, y nací en Zambia en 1913.

Crecí rodeada de amor y naturaleza en mi pueblo hasta que en 1936, cuando tenía 23 años, estalló una guerra civil en mi país y tuvimos que huir.

Entonces mi nombre cambió, pasó de ser Asha (“vida”) a “refugiada”, “inmigrante” e incluso “pobre” me llamaron muchas veces. El destino me guio por muchos países hasta que llegué a España, pasando por Argelia y Marruecos. Durante el viaje perdí a mi madre por una infección tras ser sometida a una mutilación cuando tenía tres años; también a mi padre, que murió en la guerra de mi país defendiendo a su patria y a su familia. Ya solo quedábamos mi abuela y yo.

Atravesamos España hasta que llegamos a un pueblo pequeño De Castilla La Mancha en la zona del “Batanejo”, llamado “El Carmen”. Era un pueblo pequeño donde la gente se conocía muy bien. Allí la gente nos miraba con estupefacción al principio, pues ninguno de aquellos habitantes había visto alguna vez a dos personas negras; pero luego se acostumbraron.

El Carmen se situaba al lado de un canal de agua y delante de un campo lleno de hierba verde y frescas amapolas.

En España gobernaba la 2ª República, pero había gran apoyo al bando conservador, liderado por Francisco Franco.

Llegó el año 1936 y los sufragistas conservadores liderados por Franco comenzaron una guerra civil contra la República por el control del país.

La gente del Carmen no entendía lo que pasaba, pero ya empezaban a posicionarse los unos contra los otros.

Yo ya sabía lo que era todo aquello, la gente solo veía dos bandos y se cegaba sobre lo que realmente era eso: una lucha de sangre entre hermanos de un mismo país.

Pensamos en escapar otra vez, pero mi abuela ya era demasiado mayor y había hecho muchas amistades allí y se negó en rotundo a seguir huyendo. Yo creo que lo que le pasaba en realidad era que se arrepentía de haber huido de su país sin apenas luchar. Así que, como por la guerra empezaba a escasear el dinero y los recursos básicos, decidí irme yo sola a buscar oportunidades en algún país cercano.

Decidí viajar a Francia, concretamente a un pueblo cercano a los pirineos llamado Saint-Lizier; el viaje me costó el dinero ahorrado de varios meses atrás.

En Francia todo era distinto, el idioma (que ya había aprendido en Zambia), la gente, las relaciones y el ambiente que allí se vivía. Pensé que todo iba a ser más fácil, pero tonta de mí porque no fue así.

Las autoridades francesas descubrieron que venía de España huyendo de la guerra civil y me arrestaron, me introdujeron en una especie de furgoneta en la que llevaban más mujeres en mi misma situación, pero todas blancas, y sin quererlo volvía a destacar en una de las situaciones en las que no debía de hacerlo. Iba atada y sedienta, y ya llevábamos bastantes horas en aquella furgoneta.

Aunque mi cuerpo estaba allí, mi mente no paraba de viajar por los recuerdos de mi infancia; me acordaba de mi país, de mi casa y de mis padres jugando

conmigo junto al río. Me pasaba desde pequeña, cuando estaba en una situación terrorífica que no sabía cómo afrontar, me evadía de la realidad.

Volví a concentrarme en la situación tan peliaguda que estaba viviendo cuando de repente noté que la furgoneta paraba. Una mujer de todas las que estábamos allí rompió a llorar a la vez que gritaba que temía por su vida.

De repente, las puertas de la furgoneta se abrieron dejando entrar una luz cegadora y mi instinto me empujó a salir de allí.

Lo primero que vi fue un cartel algo viejo en el que se podía leer con alguna dificultad: "Campo de internamiento La Guiche".

Los soldados que circulaban por allí custodiando unos edificios cercanos al cartel nos explicaron que era una especie de recinto para protegernos; las demás mujeres que venían conmigo en la furgoneta se alegraron y se tranquilizaron, pero a mí me dio por pensar; y me dije a mí misma, "Si es para protegernos, ¿por qué nos llevan atadas?".

Acto seguido nos desataron las cuerdas de las muñecas y nos guiaron por todo el recinto hasta llegar a una especie de cabaña en la que según ellos teníamos que dormir el tiempo que no estuviéramos trabajando en nuestras "asignaciones". También nos dijeron que no se podía salir de la cabaña a partir del último toque de campana al caer la noche. Y ahí fue cuando volvió mi instinto, advirtiéndome de que estas personas escondían algo y no querían nuestro bien.

Mientras mis compañeras dormían yo decidí escaparme. Eran las dos y media de la madrugada cuando salí de la cabaña y me escabullí entre las sombras de

la noche como si fuera parte de ellas. Salté la valla y corrí subiendo una montaña cercana llena de pinos. Desde lo lejos oí gritos y disparos, y entonces comprendí lo que realmente era aquello.

Empezó a llover, pero yo seguía corriendo, hasta que empezó a amanecer.

Llegué a una carretera donde vi a una mujer que subía a un coche, le pregunté a donde se dirigía y ella me respondió que iba a Dijon para recoger a su familia y rumbo a Toulon, lejos de la ocupación nazi; le pedí acompañarla y ella aceptó.

Por el camino le fui preguntando sobre dicha ocupación, ya que algo había conseguido oír en La Guiche pero sin entenderlo muy bien.

Clara, que era como la mujer se llamaba, me estuvo explicando que había surgido un partido fascista en Alemania que gobernaba dicho país y que además había invadido el territorio norte de Francia, que era a donde nos dirigíamos.

Entramos en Toulon, salí del coche y me despedí de Clara.

No me interesaba quién gobernaba allí, ni qué era lo que iba a hacer, había salido del campo de internamiento viva y eso era lo importante.

Di un paseo por las calles de la ciudad, solo veía a gente correr y refugiarse en las casas viejas de aquellos callejones. De repente, a lo lejos, pude escuchar que comenzaban a sonar unas estrepitosas alarmas, vi unas sombras acercarse y me escondí en un callejón rápidamente sin ser vista.

Pude oír cómo se acercaban cada vez más. ¿Sabéis lo que dicen de que la curiosidad mató al gato? Pues, en ese sentido yo era un puma.

Me asomé a la esquina del callejón, y vi a un grupo de unos siete u ocho hombres vestidos con un traje verde conjuntado con su gorra; también llevaban armas y algo parecido a dos cruces interpuestas en los hombros. No les entendía al hablar, pero supe que aquellos hombres eran sobre los que me había advertido Clara. Uno de ellos giró la cabeza y me vio, y sin saber por qué, yo me quedé mirándolo también. Empezó a sonreírme de una forma siniestra y avisó al resto de sus compañeros que se dirigieron hacia donde yo estaba.

Pensé que me llevarían a algún lado a encerrarme, como si fuera un pájaro en una jaula; también pensé que si me llevaban a algún sitio me escaparía como lo hice en La Guiche. Pero no fue así.

Me introdujeron en el callejón, uno de ellos sacó de su bolsillo una foto mía. Se me quedaron mirando un buen rato, decían cosas en su idioma, y yo no los entendía; hasta que uno de ellos le ordenó al resto quitarme la ropa.

Ahí fue cuando sentí el mayor terror de mi vida, mi instinto me había fallado. Me rompieron el vestido azul que llevaba, me tiraron al suelo completamente desnuda y se abalanzaron sobre mí. Lo único que recuerdo fue cerrar los ojos y esperar a que todo aquello pasara.

Me pregunté a mí misma si la culpa era mía, pero en el fondo sabía que no. Me pregunté también si eso le habría pasado a más mujeres. De repente, sentí que todos los recuerdos bonitos de mi mente escapaban para no volver.

Lo siguiente que vi, fue al soldado mayor de todos sacar su pistola, levantó el brazo, y luego oscuridad.

LA VIEJA ESTACIÓN DE TREN

Cuando era adolescente, solía pasar las tardes en la vieja estación de tren. No tenía muchos amigos en el pueblo porque mi personalidad era demasiado introvertida y tenía serias dificultades para entablar conversaciones con desconocidos. Nuestra casa estaba al lado, de la que en algún momento debió ser una estación de tren muy concurrida. Cada tarde, al acabar de hacer los deberes, salía de casa y me acercaba a las vías para imaginarme las mil y una historias que podía ocultar ese lugar. Solía llevar conmigo una réflex que me regaló mi abuelo el día de antes de su muerte y mis cascos de música blancos. Al llegar, me sentaba en el arcén, paseaba por las vías o me quedaba observando cada pequeño detalle hasta que anochecía. Además, tenía por costumbre, fotografiar cualquier cosa que me llamaba la atención en aquel momento.

Una tarde, decidí acercarme a un viejo vagón siniestrado que había descubierto hacía unos pocos días. No sabía muy bien por qué, pero estaba alejado de todos los demás vagones abandonados y, además, parecía como si alguien hubiese tratado de ocultar su historia llenando de maleza todo a su alrededor. A duras penas, me planté frente aquel amasijo de hierros y óxido. Me quité los cascos, pues sentía que alguien a mi alrededor me observaba. Pero tras inspeccionar minuciosamente el lugar me cercioré de que estaba solo como siempre. Inspiré profundamente para relajarme y solté la tensión que había acumulado en ese breve lapso de tiempo. Al hacerlo, me di cuenta que aquel lugar tenía olor a despedida silenciosa. Mi abuelo siempre decía que había dos tipos de despedidas en la vida: las ruidosas y las silenciosas. De las primeras decía que

eran las que, a pesar del dolor, las dábamos con algún fin: porque esperábamos el regreso de alguien, porque decidíamos alejarnos de algo por salud propia o similares. Sin embargo, hablaba de las silenciosas como aquellas en las que el alma dolía para siempre porque precisamente, nunca tendríamos la posibilidad de despedirnos. Y precisamente, este vagón parecía estar lleno de estas segundas; había restos de pequeñas maletas y objetos personales. Comencé a retirar algunos hierros y conseguí encontrar un fragmento de una foto calcinada dentro de una maleta. Tan solo se podía leer el año en el reverso: 1942 y la cara de una mujer joven en el anverso. Seguí buscando: ropa de niños, de adultos, algún que otro libro también devorado por las cenizas, un reloj de bolsillo... Iba fotografiando todos y cada uno de mis hallazgos. De pronto, un pequeño maletín me llamó la atención. Me acerqué y al abrirlo encontré un viejo violín. Tenía unas iniciales grabadas: R.C., un escudo con dos llaves entrecruzadas bajo las mismas y una dedicatoria dentro de la caja de resonancia: *"Siempre que le hagas sonar, yo estaré contigo"*. Lo sorprendente era que el maletín estaba prácticamente quemado, mientras que el instrumento se conservaba intacto. Eché una ojeada rápida a mi alrededor para volver a asegurarme que no había nadie y cogí el arco. No había tocado un violín en mi vida, pero sentía una curiosidad enorme, y froté el arco contra las cuerdas. Al hacerlo, hubo un destello y vi una persona de avanzada edad sentada a unos veinte metros de donde yo estaba. Sobresaltado, comencé a jadear, sentía que me faltaba el aire y de los nervios se me cayó el instrumento. Cogí mis cosas como pude y corrí de vuelta a casa. Ya en mi habitación, saqué mi cámara y comencé a estudiar minuciosamente cada fotografía del violín. Encendí el ordenador para buscar

información sobre algún choque de tren, incendio o algún accidente en 1942 o posteriores en el pueblo, pero no había ni rastro. Frustrado, decidí acostarme.

A la mañana siguiente, me desperté pensando en volver a aquel lugar. Sin embargo, tenía algo que hacer antes. Me acerqué a la biblioteca y fui directo a la hemeroteca. Comencé a sacar toda la prensa de aquellos años, pero tampoco esta vez hubo suerte. ¿Por qué parecía que nada había sucedido? ¿Acaso lo había soñado? Corrí de nuevo hacía la estación de tren y conseguí llegar hacía el vagón de nuevo. Todo estaba tal y como lo había dejado el día anterior. Bueno, todo menos el violín, que estaba de nuevo guardado en su caja. Miré hacia donde el día anterior había visto la silueta de una persona, pero allí no había nadie. Dudé si hacerle sonar o no, pero preferí volver a casa a investigar las iniciales y principalmente el escudo, ya que me resultaba demasiado familiar.

Tardé varias semanas hasta que di con el significado de esas dos llaves de sable con disposición en aspa; era el escudo heráldico del apellido Clavero. ¡Claro! Mi padre se llamaba Clavero de segundo apellido. Tratando de establecer un nexo de unión en esta historia decidí preguntarle a él si sabía algo de su madre, dado que yo nunca llegué a conocer a mi abuela. Desconcertado por mi repentino interés, me dijo que por desgracia lo único que sabía era que ella había desaparecido cuando él apenas tenía 5 años y que se llamaba Rosa.

Rosa...

R.C...

¿Rosa Clavero? ¿Acaso ese violín era de mi abuela? Entonces, ¿ella murió en aquel vagón de tren? ¿Y el abuelo nunca lo supo o tal vez él sí lo sabía, pero lo

ocultó toda su vida? Demasiadas preguntas sin respuestas. Tenía que volver a aquel lugar otra vez y tocar ese violín.

Cuando llegué agarre el arco y de nuevo y al hacerle sonar, pude ver un destello de luz de nuevo. Esta vez no me asusté y me traté de acercarme a la persona que, de nuevo, estaba sentada a unos veinte metros de mi posición. Cuando estuve a una distancia prudencial y pude distinguir la silueta de una mujer le pregunté: ¿Abuela? Se quedó mirando fijamente al violín que llevaba en la mano. Se lo tendí mientras le preguntaba si era suyo. Le vi asentir mientras sus ojos dibujaban la nostalgia. Y no sé cómo sucedió, pero aquel “fantasma” pudo coger el violín y comenzó a tocarlo. Me quedé embobado mirándola. Interpretaba cada nota realmente bien, por lo que deduje que debió ser violinista en vida. Cuando terminó la canción, desapareció dejando una nota en el arcén. La cogí y la leí.

Contaba su historia:

“Querido nieto.

Gracias por encontrar mi violín, ahora ya puedo marchar en paz. Sin embargo, no lo haré sin antes contarte la verdad.

Mi hermano y yo aprendimos el violín desde muy pequeños. Mi padre estaba obsesionado con la música clásica y creía que mi hermano podía ser un futuro Mozart. Sin embargo, la que realmente despuntaba era yo. Cuando me hice profesional, conocí a tu abuelo y me enamoré. Vivíamos muy felices, e incluso tuvimos un hijo: tu padre. Sin embargo, mi hermano no me perdonaba nunca que fuese mejor que él, que tuviese una vida casi perfecta. Una noche, en la que volvía de un concierto en la capital, decidió quitarme de en medio y, aprovechando su nuevo trabajo en la estación de ferrocarril, manipuló las vías

para que mi tren descarrilase. Además, él mismo se encargó de volver a dejar las vías en correcto estado, de extinguir el incendio del vagón y de mover los restos a un lugar donde nadie nos encontraría jamás. Tu abuelo nunca volvió a saber de mí. Supongo que por eso te hablaba tanto de las despedidas silenciosas, porque la nuestra fue una de las más crueles.

Te estoy infinitamente agradecida por haber encontrado el violín que él me regalo. Haciéndolo sonar, estoy segura que nuestras almas se volverán a encontrar en algún lugar y podré contarle a él también toda la verdad.

Te quiere

Tu abuela Rosa”

Cuando terminé de leer la carta estaba llorando. Pensé en el abuelo, en todo lo que habría tenido que sufrir tantos años sin saber del amor de su vida; y en toda esa gente que viajó por última vez en ese vagón. ¡Qué dura era a veces la vida!

Volví a casa y le conté todo a mi padre, quien inmediatamente me hizo llevarle a aquel lugar. Era de noche, pero los dos nos sentamos observando aquel vagón y la inmensidad del cielo. Dos estrellas fugaces atravesaron el cielo en ese momento. Mi padre me miró y, mientras una lágrima recorría su rostro, me susurró: ya están juntos de nuevo.

La fuerza de la vida

Seudónimo: Velle

Solo en aquel momento pude ver que no tenía salida alguna. Atrapado y derrumbado por el miedo, supe que no tenía posibilidad de escapar vivo de allí. Mi mujer y mi hija habían desaparecido en ese inmenso océano que me arrebató todo en segundos, mi familia, mi alma, mi vida. Ahora lloro sin cesar, aunque sé que no va a servir de nada. Nada ni nadie me va a devolver lo que más quiero en este mundo, lo que me concede la esperanza y la ilusión. Mi familia. Me agarro a la cuerda del helicóptero de salvamento como si fuera mi única conexión con la realidad y me ascienden, despacio, mientras el viento intenta devolverme a aquellas aguas enfurecidas. Ya estoy a salvo, al fin.

Pregunto por mi familia nada más llegar al hospital, aunque ya sé la respuesta. Me dicen que han encontrado sus cuerpos, que la autopsia la realizarán esta misma tarde, que ya me informarán de todo cuando comiencen, que me necesitarán para la identificación de los cuerpos, que intente descansar.

No me quedan fuerzas. Una pregunta golpea mi cabeza, una y otra vez, para qué seguir en este mundo, si ya no me queda nada, si ya no me queda nadie...

Las desgracias se han acercado a mí con una extraña insistencia. Perdí mi trabajo hace un año y estoy incluido, creo que en vano, en esas interminables listas del paro. Salíamos adelante gracias al sueldo de mi

mujer, de mi amada Raquel, no sé cómo voy a encontrar una oportunidad de demostrar que todavía soy necesario, que aún puedo ser útil, que no soy un ser prescindible para este mundo.

.....

He decidido empaquetar los recuerdos de mi hija y de Raquel en cajas de cartón para enterrarlas en el jardín trasero. Así evitaré sufrir al verlas. Luego he clavado en aquella tierra dos cruces de madera de olivo que tallé con mis manos. Cruces que mantendrán viva su memoria.

Decidí sepultar a mi familia en el cementerio de los cipreses tristes, el que hay junto al parque donde solía ir a jugar con mi hija, a pasear con mi mujer, a disfrutar de la compañía de ambas.

No sé qué hacer. Destrozado por la pena, salgo a dar una vuelta, pero solo me cruzo con familias unidas, cenando en una terraza, paseando por la playa, cantando temas que estuvieron de moda durante el verano, comiendo palomitas, compartiendo sus alegrías. Empiezo a llorar sin control y busco un lugar donde poder estar solo para desahogarme. De pronto, al lado de un comercio abandonado hace años, encuentro a un pobre hombre protegido con cartones de embalar, su rostro cansado bajo el peso de su barba, el pelo canoso y lacio, los ojos llorosos. Un hombre consumido por la vida, si es que se le puede llamar vida a esa forma de pasar las horas, los días, los meses, las estaciones y los años. En ese momento me doy cuenta de que no me puedo derrumbar. Al menos tengo una casa y dispongo de toda la comida que necesito. Tampoco me falta dinero para comprarme ropa y llenar de combustible el depósito de mi coche. Además conservo algunos

ahorros. No puedo pensar en quitarme de en medio cuando hay personas que lo están pasando peor que yo y que darían lo que fuera por poder dormir sobre un colchón, por poder probar un plato caliente de sopa, o, simplemente, por tener a alguien al lado que le ofrezca cariño y comprensión. Decido dar a ese hombre un billete de veinte euros. Es un dinero que no me sobra, pero que él precisa con más urgencia. Quizá le compre luego unos zapatos.

Ahora me siento necesario, sé que puedo ayudar a la gente y que, aunque no haya nadie que me ayude a mí, con solo el hecho de ofrecer a los pobres algo que llevarse a la boca, puedo ayudarme a mí mismo y sentirme satisfecho. Llego cansado a casa. Preparo una pizza en el microondas y doy de comer a Estefi, la pequeña tortuga de mi hija. Me siento en el sofá y contemplo el fuego que, aunque no hace frío, acabo de encender en la chimenea, aquellas llamas que solo con reflejarse en mis ojos barren las penas y las lágrimas. Llegué a pensar en utilizar el alcohol como medio de olvidarme del dolor, pero reflexioné y decidí que eso era de cobardes, de hombres que no se esfuerzan por salir del pozo de la desesperación. Debo lograr ser alguien provisto de voluntad, de nuevo.

Estos días grises del otoño no me ayudan a superar vuestra pérdida, sabed que siempre os querré, aunque no pueda hablaros, ni acariciaros, ni escucharos. Y aún hoy, cuando contemplo las estrellas, solo veo vuestros rostros. En el filo de la noche os tengo muy cerca y pienso que nunca nadie me ofrecerá lo que vosotros me regalasteis.

.....

Han pasado ya once meses y tres días. Puede que sea ya la hora de formar una nueva familia. O quizá deba esperar un poco antes de salir a conocer a una mujer que me ofrezca algo de luz y de cariño. El temor me lo impide, no quiero enamorarme y que esa persona tan especial vuelva a dejarme solo, como estoy ahora, porque el amor es un sentimiento único, maravilloso, el mejor que puede albergar el ser humano.

No hago más que recordar aquella reflexión de volcarme en los demás. Creo que lo de formar una familia va a tener que esperar. Sé que no estoy preparado para sustituir a mis seres queridos. Recuerdo el acto de bondad que hice por aquel vagabundo. La verdad es que me sentí bien, me olvidé de todo y fui feliz durante aquellos minutos mágicos y colmados de generosidad. Busco en Internet asociaciones dedicadas a ayudar a otras personas y me intereso por una de ellas, una que precisa voluntarios para tareas solidarias en el continente africano. Sin pensarlo, decido hacerme socio y viajar allí donde algunos seres humanos necesiten de mi ayuda. Sí, viajar allí donde el sol necesite brillar con más fuerza.

III - MICRORRELATOS

1º PREMIO CATEGORÍA A:

Título: Agonía

Autor/a: Jesús Parreño Charco

1º PREMIO CATEGORÍA B:

Título: La costumbre y el olvido

Autor/a: Laura Blanco González



Gris... Una tenue marchita y gris bruma nublan mi visión; parpadeantes y afligidos mis ojos se hayan. Tronantes estampidas mis oídos han de tapar; cuan escuálidos e inauditos estos se encuentran. Una antagónica sombra vislumbro en la lejanía, flagelantes cadenas porta en sus frías y pálidas manos. Sinuosa y pendularmente las desplaza, mientras un hedor de rotas uñas cortadas me inunda, un ferroso estruendo es formado tras estas arrastrarse contra el suelo. Y cual advenimiento angelical, o más bien demoniaco, me atrapa en un incesante agarre de pura agonía y desesperación, llevándome consigo hacia las fauces del infernal reinado.

La costumbre y el olvido

Acostumbrado a esas manos olvidadas por el tiempo, a los días de sol, a los golpes de la lluvia, a los mismos ojos confiados de la soledad. Acostumbrado a aquel hombre que me hacía viajar mientras pasaba las páginas sin consideración de las horas, mientras me otorgaba su sonrisa, sus apagadas lágrimas. Llevaba tiempo sin sentir su tacto tembloroso, sin olvidarme en el mismo banco. Mis letras lo reclamaban, pero jamás volví a ser leído. Una corriente tímida que se colaba por su ventana me hacía volar de vez en cuando. No me olvidaba, pero aún así, morí con él.



CATEGORÍA A

1º PREMIO:

Título: Nana

Autor/a: Luis Rodríguez López

CATEGORÍA B

1º PREMIO:

Título: Tic tac

Autor/a: Jesús Parreño Charco

2º PREMIO:

Título: Ángel azul

Autor/a: Sorina Mariana Costea

23

“Recuerdo aquellos bellos momentos, ausentes de preocupaciones, cuando criado bajo el amor que mi madre me dio, escuchaba su aterciopelada y tranquila voz cantando una nana. Una voz propia de las hipnotizantes sirenas, voz que podría calmar al más bravo y fiero ser. Recuerdo sus caricias, sus juegos, todo el amor incondicional que me mostraba, como si hubiese alegrado su vida, aquellos efímeros días fueron indudablemente los más felices.

Hasta que un día, sin pedirlo ni buscarlo, una carta fatal llegó, clamaba que debía marchar por la libertad de la nación, sin ninguna opción. Con mis amigos y vecinos marché, con el ahínco y el afán de luchar por una tierra, por una nación, por los intereses de un único hombre que poco le importaba mi vida o mi muerte.

Y así, nosotros marchamos hacia aquel lugar, blandiendo nuestro estandarte, señal de fiereza y poder, señal de nuestra convicción y bandera unificadora de nuestros ideales.

Mandados fuimos a defender un páramo desértico, donde no había nadie, donde nuestros sueños y esperanzas de servir no se veían reflejados, ¿por qué estábamos ahí, por un trozo de tierra sin más valor del que le puede dar el hombre? Un páramo gris, marchito, yermo, un lugar donde nadie podría vivir. Pero ahí estábamos, defendiendo el lugar, mientras esperábamos al enemigo...

Se escuchan sus tambores, señal de la inminente calamidad, donde hermanos acaban con los suyos, donde los valores pasan a segundo plano, donde solo se piensa en aguantar, donde dos sádicos hombres ajenos lo ven todo para disfrutar, para ser un deleite a la vista, y la sangre brotar sin parar, donde no

hay ni buenos ni malos, y todos acabaremos igual. Y veo a mis amigos llorando, algunos no lo podrán soportar, retratos de hijas y esposas, algunos me han de mostrar, veo en sus ojos el miedo, ya no existe el valiente que cree en ganar. Recorre en mi cuerpo la angustia, fruto del inminente final... Pues yo no elegí estar aquí, ni sé qué debo hacer, mas si el destino cruel me obliga a perecer, yo me amoldaré a él.

Ahí llega el enemigo... Implacable es su paso al andar. Y yo, conocedor del inevitable y trágico destino, que no atiende a las llamadas de compasión y cual titiritero maneja todo a su voluntad, sé muy bien que da todo igual, que mi alma está sellada y pactada con el infernal príncipe, y que este será mi final.

Y así empieza la batalla, los gritos de pavor se escuchan por ambos bandos, gente que como yo desconoce qué hace allí, qué hace en aquel lugar, cuyo destino ha sido elegido por otros y su paradójica búsqueda por la libertad carece verdaderamente de ella, al no ser ellos capaces de elegir dónde encontrarse, de elegir qué le deparará a sus marchitas almas, ni tan siquiera dónde podrán morir.

Y aunque los alaridos hagan su presencia en el páramo deshabitado, nadie se detiene. Veo la sangre con fiereza brotar, mientras advierto a mis amigos caer, algunos rezando a un supuesto Dios para no sentirse vacíos en un anhelo de buscar una vida más allá de aquel cruel final; otros meramente rogando al enemigo y suplicando a sus pies por una final despedida, por un segundo más de beber el escaso cáliz dorado de la carmesí vida, pues es curioso, cómo solo reparamos en la muerte y en la belleza de la propia vida cuando la luz fulgente se aleja y se apaga en una mustia y yerma nada. Solo en ese momento donde

se nos es arrebatado algo crucial nos percatamos de que las insulsas banalidades no son más que una vil y mera mentira que nosotros mismos nos hacemos creer, y que lo verdaderamente sustancial se encuentra más allá de lo que alguien pueda adquirir por el medio material. Y aunque algunos pidan esa piedad, pecaminosamente aquel cáliz es arrojado donde no alcance más la vista, derramando el líquido que contenga.

El enemigo ya se ha marchado, pero sin duda pronto ha de volver, y cuando suenen sus tambores de seguro moriré. Veo muertos a todos los míos, en un charco de tono carmesí, el más intenso que jamás haya visto a lo largo de mi vida. Solo yo sigo en pie; mas yo también estoy herido, herido de gravedad, ya que puedo ver mi sangre de mi débil cuerpo escapar, sangre caliente y granate que todavía muestra afán de luchar; siento el frío recorrer mi cuerpo, parece que me ha dejado de calentar; veo esta juntarse con aquel enorme charco, sangre más sangre ha de reclamar para su sed saciar; pues parece que ya ha llegado el destino, y si este me llama a las puertas del infierno, no me podré ocultar, pues yo sé muy bien qué es lo que me ha de deparar, ya que es lo único justo en la vida, paradójicamente, la muerte se nos lleva a todos sin preguntar edad, sexo o religión, pues sin muerte no existiría la vida, son las dos una misma mitad, y cual justiciera realiza su trabajo sin preguntar, sin mostrar compasión, sin piedad, sin misericordia. Y si es aquí donde he de morir, en un frío, desértico y alejado páramo de la mano de Dios, antes de que venga de nuevo el enemigo, me ataré a mi estandarte, fiel símbolo de mi fe, pues así si llega antes la muerte, seré encontrado de pie. Sujeto con firmeza mi arma, blandiéndola sin temor, pues si todo el mundo así termina, ¿quién tiene miedo a morir? La oscuridad está llegando, al igual que el sentido se va, mis ojos se

están lentamente cerrando, esperando ya el antagónico final. Mis piernas ya no se sujetan, más fuerte pues me he de agarrar, el colapso es inminente, tan solo me queda esperar.

Y veo a lo lejos una dama, una silueta silenciosa acercándose hacia mí, que va cantando una nana, nana que jamás podré olvidar, veo con nitidez el rostro, mi madre me ha venido a buscar. Su angelical voz me tranquiliza, la fuerza empiezo a recobrar. Su rostro era tan hermoso como consigo recordar, creación del más experimentado artesano, cuyas manos solo belleza saben forjar, aquellos ojos verdes están fijos en mí, como si el entorno dejase de importar, era un verde curioso, ya que vida suele representar, empero muestran estos lo antagónico, ya que como la planta que bella florece llena de vida, con sus pétalos expandiéndose señal de esta, pronto se ha de marchitar. Su presencia, tranquila y llena de parsimonia se me acerca, mientras su voz no para de cantar. Me tiende su grácil y suave mano, sin duda la tendré que aceptar.

Tras esto, comienzo nuevamente a caminar, nos alejamos lentamente del lugar, ya que ahí no deseo estar. Sin embargo, me giro para a mis amigos poder hallar, ya que sé que pronto estaré con ellos, y pronto junto a ellos podré brindar. Y veo mi inerte y lánguido cuerpo, que mustio se ha de marchitar, en pie y blandiendo el arma, inmóvil y demacrado como el que más.

Y acompaño a aquella figura en su camino, con un andar lento y fino, brindando sutileza y cierta paz. Veo a mi alrededor cierta morada que sin duda no podré olvidar, allí recuerdo toda mi vida pasar en un instante ante mis ojos, los fulgurosos gritos de aquel que un día fui, de aquel que sin saberlo corría

alegre por el verde prado de la vida sin preocupación alguna. Pues quizás, ¿sea ese el anhelo de toda persona? ¿Quizás lo que verdaderamente queramos cada uno sea volver a aquellos mágicos momentos que sabemos que jamás regresarán? Aquellos momentos donde todo era bello y no había mal, donde el alejado mundo y la sociedad no nos hacían temblar, pues quizás esa sea la verdadera meta final, quizás esa madurez de la que tantos tan soberbiamente ostentan solo sea una falacia para mostrar ese deseo por regresar, por regresar a un mundo donde el lobo no se come a sí mismo, donde todo resulta trivial, y lo único que permanece es la tranquilidad y la libertad.

Por ese apolíneo, sosegado y calmado jardín de verde césped empiezo a caminar, notando así la suave brisa acariciando mi rostro. Consigo advertir un columpio a lo lejos, por lo que mis piernas, comenzarían a acercarse a este con una notoria parsimonia. Al llegar, la sensación de montarme en aquel asiento era casi insostenible, por lo que comencé a balancearme lentamente, notando acto seguido, como unas suaves y gráciles manos tocándome la espalda, correspondiéndose estas con las de mi madre. Así, comenzó a empujarme de forma tranquila, transmitiéndome esa paz interna, al tiempo que su aterciopelada voz recitaba esa idílica nana.”

Tic-Tac

Martín era un chico rubio, de ojos verdes, estatura media y desgarbado. Vestía unos pantalones gastados y una vieja camisa heredada de su padre. Como todos los días desde que tenía memoria, el sol salía despuntando en la vieja iglesia. Entonces un pájaro cantaba y Martín salía de casa. Corría por las sucias calles de la villa saludando aquí y allá a todo el mundo que caminaban por las calles. Vestidos harapientos, ropas hechas jirones y zapatos sin suela era lo único que los vecinos de Martín podían lucir. “¡Y a mucha honra!” pensaba él.

Llegó al mercado. Una calle que cruzaba media villa y que estaba repleta de herrerías, sastrerías y algún que otro puesto de especias y verduras. Los herreros martilleaban en el yunque, los sastres tejían y mostraban unas telas espectaculares y, por último, los hortelanos se encargaban de mantener bien llenas las sacas y los cajones con especias y frutas frescas.

Martín nunca se detenía en el mercado. Tenía una cita muy importante y no quería llegar tarde.

Se dirigió al bosque que separaba la villa del palacio, propiedad del conde Espinosa: hombre cruel y despiadado que siempre trataba de impedirle cumplir con su cometido. El bosque recibió a Martín con el murmullo del arroyo deslizándose colina abajo, el viento susurrando entre las hojas y acompañando la dulce melodía de las aves.

Martín atravesó un claro y llegó a un viejo roble que lo estaba esperando. Aquel roble, más madera seca que árbol. Era la única forma de saltar al palacio sin

alertar a los guardias del conde. Trepó por las ramas y comenzó a desplazarse por una pared rocosa salpicada de musgos y hiedra

Se dejó caer en un carro de heno y esperó a que llegase el cambio de guardia. Entonces salió del carro, se sacudió su indumentaria y echó a correr hacia el ala oeste. Fue ahí cuando cometió un error. En su intento por llegar cuanto antes a su destino, cogió el camino más corto que a su vez estaba siempre custodiado por los perros del conde.

Martín corría de pronto perseguido por un grupo de feroces bestias. El escándalo provocado por los ladridos de los canes hizo salir al conde. A este le bastó con oler el ambiente para saber qué estaba ocurriendo. Con un ademán de su mano hizo que media docena de soldados se abalanzasen tras el intruso aumentando el número de perseguidores de Martín.

El muchacho doblaba tantas esquinas como podía, pero, aun así, no lograba dejarlos atrás. Fue entonces cuando encontró un yunque suspendido de una cuerda y una polea. Se aferró a la cuerda y la rasgó con su cuchillo de caza. El contrapeso calló al mismo tiempo que Martín salía disparado hacia el tejado. Recuperó el equilibrio mientras desaparecía la nube de polvo que había levantado el yunque con su estrepitosa caída.

Martín corrió por unos cuantos tejados ya libre de sus perseguidores. Llegó a un balcón adornado con las flores más hermosas de la villa, hizo un silbido parecido al canto de un jilguero y el pestillo del balcón se deslizó. Apareció entonces lo que Martín tanto ansiaba: la hija del conde Espinosa, la princesa, la razón por la que Martín se levantaba todos los días.

Trepó por el balcón hasta llegar a su amada princesa. Le rodeó la cintura con su enclenque brazo, la trajo hacia sí y acercó sus labios a los de ella. Le dolían los pies, la delgada suela de sus zapatos era ya inexistente. La vieja camisa de su padre había perdido dos botones y a sus pantalones les había aparecido un enorme descosido en el trasero. Pero él sabía que, si algún día llegaba a ese balcón vistiendo la mejor armadura, entonces no sería Martín. Y sabía también que, si la princesa prefería ser rodeada por un brazo fornido y recubierto por una cota de malla en vez de sentir el tacto de una camisa roída, entonces no sería su princesa.

En ese momento algo se detuvo. Mejor dicho, todo se detuvo. Los labios de Martín distaban escasos centímetros de los de su amada. Las nubes no se movían. El conde, los guardias y los perros que bajo el balcón mostraban su furia también estaban petrificados. Martín intentó con todas sus fuerzas moverse, pero fue inútil. ¿Qué ocurría? Debería besar a la princesa y el día acabaría. Volvería a despertar en su cama dispuesto a acudir a su nueva cita. Martín miraba a la princesa cuya mirada estaba congelada. Miraba sus labios y sentía el incontrolable impulso de besarla. Es lo que hacía desde que tenía memoria y ahora no podía terminar su cometido. ¿Qué diablos podía hacer Martín?

Entonces ocurrió algo inaudito. ¡El cielo se abrió! Y a través de él surgió la cabeza de un anciano que portaba una lupa y que toquiteaba aquí y allá mientras decía con voz cansada:

— Nos vamos haciendo viejos, ¿eh?

De pronto todo volvió a la normalidad. El muñequito por fin pudo besar a la princesa y el reloj pudo dar las doce. Todas las figuritas de la máquina volvieron a su posición inicial a la espera de que el reloj de pared volviese a sonar.

A ocho mil metros sobre el bosque Kampinos, el teniente Alex Richards no ve nada excepto un mar de tonos grises. El humo oculta los árboles y , si tienen suerte, también camuflará su avión desde el suelo.

Ángel Azul es uno de los ciento ochocientos aviones *Boeing B-17* que sobrevuelan Varsovia, junto con un puñado de cazas de escolta *Mustang*, para llevar provisiones a la ciudad. Es una misión peligrosa, pues están en territorio enemigo a plena luz del día, pero la situación en la capital es grave y sin su ayuda las cosas se pondrán peor. Eso hace que sea un poco más fácil seguir adelante, a pesar del miedo que siente.

Son diez hombres a bordo: Alex, su copiloto Daniel Finnegan, el navegante John Turner, el bombardero Alfred "Alfie" Johnson, el operador de radio Chuck Cooper, el ingeniero de vuelo y artillero superior Gabriel Sugarman, el artillero de torreta esférica Frank Dalton, los artilleros de cintura Andy Gallagher y Theodore Pike, y el artillero de cola Bart Michelson. Todos excepto Alfie, Frank y John han estado juntos desde que dejaron atrás suelo estadounidense y, durante un año, estos hombres han sido la única familia que Alex ha tenido.

El cargamento que llevan consiste en provisiones y equipo médico, y el plan es llegar allí, dejar el cargamento y regresar a Londres a la base de los Aliados, antes de que las fuerzas del Eje tengan la oportunidad de hacer nada. La tripulación, Alex incluido, piensa que las probabilidades de éxito son de un cero patatero, pero ya casi están en la zona y aún no les han dado ni una vez. Eso hace que estén aún más nerviosos.

En el ambiente se percibe un aire rancio de ansiedad, con cada sacudida del *Ángel Azul* Alex da un respingo. A veces le ocurre, cuando llevan demasiado tiempo sin verse la cara con el enemigo. No es que *quiera*, pero cada momento en el que no pasa nada una sensación de anticipación terrible se apodera de él. Con cada minuto el peligro se acerca cada vez más, y más, hasta que...

Alex sacude la cabeza para despejar esos pensamientos. Otro vistazo le revela el mismo mar gris de humo y se acuerda de las escrituras de su infancia. En el Libro de las Revelaciones el jinete de la guerra va sobre un caballo rojo y Alex piensa que en realidad debería ser gris. Es desolador, una niebla que no desaparece, como las cenizas de las ciudades devastadas o la piel mortecina de los que han caído. El rojo es demasiado bonito para describir la guerra.

-¿Cuánto falta para llegar al punto de entrega, John?

-Media hora, más o menos.- la voz del navegante es distante y metálica a pesar de que está a pocos metros de él.

El chirrido agudo de un misil le interrumpe, Gabriel maldice entre dientes y el *Mustang* que Alex estaba siguiendo explota enfrente de ellos y cae.

Metralla impacta contra el B-17, pero éste sigue su curso. Después de todo estos aviones son conocidos como fortalezas voladoras.

A pesar del ataque, Alex no puede hacer nada más que apretar la mandíbula y seguir adelante. Agarra el yugo de control con fuerza mientras el resto buscan desesperados de qué dirección vienen los misiles, y Andy consigue disparar un par de veces antes de que un proyectil de cañón impacte directamente contra el morro del *Ángel Azul*. Consiguen retomar el rumbo rápidamente, pero cuando Alex pregunta si todos están bien recibe sólo ocho respuestas. La novena nunca llega.

-¿Alfred?- treinta agonizantes segundos pasan antes de que John pueda llegar hasta su torreta.

-Le han dado- Alex le oye maldecir- Está sangrando mucho, el cristal se hizo añicos.

El estómago se le revuelve. Alfie tiene tan sólo diecinueve años. Alex mismo apenas ha cumplido veinticinco y en momentos como éste se acuerda. Siente que va a vomitar pero no hay tiempo para el pánico.

-¿Puedes hacer algo?

-Está muy mal, no sé si podré...

-Sácalo de ahí, vuelve a tu sitio, Chuck...

-Estoy en ello- se adelanta éste, listo para ayudar en cuanto John saque a Alfie de la torreta.

Alex se dispone a dar más órdenes cuando el avión pega otra sacudida y más adelante otros tres B-17 son alcanzados, dos de ellos caen inmediatamente, el tercero dejando tras de sí una columna de humo.

Alex lanza una plegaria por sus compañeros. *Ángel Azul* recibe otro impacto en el lado derecho antes de que llegue a decir amén. Esta vez han dado de lleno al motor y pierden una buena parte del fuselaje con éste.

El avión se tambalea violentamente mientras Alex se esfuerza por mantenerlo en el aire. No puede oír nada con el rugido del viento y los continuos disparos. Tira del yugo con fuerza pero de nada sirve, el daño es demasiado extenso. Otro impacto en la parte inferior y Alife junto con Chuck son lanzados fuera del avión antes de que nadie pueda hacer nada.

Siente el estómago cerrarse en un puño. Están perdiendo altitud y rápido. No hay dónde aterrizar en medio del bosque bajo fuego enemigo y Alex debe decidir.

–¡Paracaídas listos!– grita por el interfono– ¡vamos a saltar!

Se escucha estática, el rugido del viento y el motor restante, no sabe si la cabeza le da vueltas por el pánico o la falta de aire. Espera a que el resto salte primero, quedándose a ayudar a Gabriel a abrocharse su paracaídas, éste sonrío a pesar del temor que Alex ve en sus ojos y se lanza al vacío. Alex le sigue momentos después, intentando vislumbrar a los demás pero el humo no le deja ver nada. Espera que sea sólo eso.

Cuenta hacia atrás y cuando llega a cero abre el paracaídas con manos que tiemblan y su cuerpo sufre una sacudida que hace que se muerda la lengua. Siente el sabor metálico de la sangre mezclarse con el agrio del miedo, y aún está cayendo cuando oye el ruido del *Ángel Azul* estrellándose contra el suelo.

Por un instante el tiempo parece detenerse, luego siente el calor de la explosión y las copas de los árboles que parecían tan lejanas se precipitan contra él con fuerza. Las ramas le golpean, tiene suerte de no clavarse una en el ojo, y el paracaídas se le enreda, pero está vivo. El dolor nunca ha sido tan gratificante. Ojalá y el resto haya tenido suerte.

Logra quitarse los guantes con los dientes, guardándolos en el bolsillo y con el cuchillo corta los cables que se han enrollado a su alrededor. Bajando con cuidado, piensa en su tripulación y lo que se reirían de él si pudieran verlo. Tal y como él lo ve, acaba de sobrevivir a una caída desde un avión, no va a arriesgarse y romperse el cuello saltando desde un árbol.

Ya en el suelo, toma una bocanada de aire. La tierra está blanda por la lluvia reciente, cubierta de hojas secas y agujas de pino. El aire es dulce y fresco. De vez en cuando oye el sonido de otros aviones siendo atacados.

Sabe que estaban volando hacia el sureste y que ir en dirección al avión sería un error, así que se dirige al noroeste con la esperanza de encontrar a su tripulación. Casi cuarenta minutos después, encuentra a Daniel. La cuerda del paracaídas se ha enrollado alrededor de su cuello, tiene las manos manchadas de sangre y su cuerpo se balancea ligeramente colgando del árbol. Cuando se acerca, ve el cuchillo ensangrentado tirado en el suelo a sus pies.

Alex no puede contenerse y vomita. El árbol no tiene ramas que pueda escalar, no hay forma de que pueda subir para coger por lo menos su placa de identificación, no sabe si quiera dónde viven sus padres.

–Lo siento, Dani...– sin más opción Alex deja atrás a su amigo en busca de los demás. Encuentra unas huellas, pero son muy antiguas. El suelo se convierte en un barrizal que ralentiza su marcha. Por fin, llega a un pueblecito con una muralla baja de piedra que lo separa del bosque. A la derecha quedan los restos carbonizados de algunas casas y al principio cree que es otro pueblo abandonado pero hay una columna estrecha de humo saliendo de una chimenea así que se agacha tras un tronco caído a esperar.

Aún está esperando cuando oye una rama partirse tras él. Saca el cuchillo, dispuesto a defenderse, pero el extraño resulta ser un hombre viejo y delgado. Alex no le quita la vista de encima.

–¿Americano?– su acento es notable, polaco, no lleva uniforme militar, Alex nota.– Está herido.

–Mi avión...– no puede terminar la frase, se acuerda de Daniel y el resto de la tripulación. El hombre parece entender de todas formas.

–Bartłomiej– se señala y después espera.

–Alex.– Bartłomiej asiente una vez y se dirige a la casa que Alex estaba vigilando. Éste le sigue. Dentro hace calor, y las manos empiezan a temblarle. Hay una puerta que da a una cocina pequeña y una mujer, quien Alex asume es la esposa de Bartłomiej, le dice algo en polaco con ojos grandes fijos en Alex. Intenta parecer lo más inofensivo que puede. Bartłomiej le contesta y, lo que quiera que le haya dicho parece hacer que se calme, porque le sonrío e invita a pasar con un gesto.

–Teniente Alex Richards– le tiende la mano y ella la estrecha brevemente.

–Agata es mi nombre– lo siguiente lo dice en polaco y Bartłomiej lo traduce.

–Tu abrigo, Agata lo arregla.– Al mirar nota por primera vez que está roto, seguramente pasó cuando cayó sobre los árboles.

Alex le pasa la chaqueta con un gracias y se sienta en una silla de madera que Agata le indica. Ésta le pasa un cuenco con agua y un trapo para limpiarse la herida. Su hija, una niña de ocho años, está sentada a la mesa con una taza y

le sonríe tímida. Alex le devuelve la sonrisa, no puede evitar recordar a su propia hermana.

–Ata– al principio no entiende, pero después se da cuenta de que Agata le ha pasado un trozo de hilo para anudar. Una vez hecho, se pone a coser.

Bartlomiej le cuenta en un inglés rudimentario cómo la aldea de Sierak w al norte de allí fue atacada y poco después le siguieron los pueblos de alrededor. Le describe cómo era antes de la toma de Varsovia, cómo las fuerzas del Eje llegaron a través de los bosques. La hija de Agata y Bartlomiej, Hannah, mira fijamente a Alex, o mejor dicho la chapa con forma de alas de  ngel que tenía en la chaqueta. Alex, impulsivamente, se la entrega. Ella mira a su padre y, cuando éste asiente, acepta el pequeño regalo con una sonrisa.

Agata le extiende la chaqueta ya remendada y Alex observa que, alrededor de su nombre, hay tres cuartos de un círculo rojo, con el hilo sobrante colgando.

–Una bendición, para encontrar tu amor.– Agata sonríe.

Bartlomiej le explica que, si alguna vez se encuentra sólo, complete el círculo y encontrará el camino de vuelta a la persona que ama. Alex no le dice que no hay nadie quien le espere, posiblemente nunca lo habrá.

Los siguientes días, sin embargo, Alex se lleva la mano a ese círculo incompleto casi sin darse cuenta.

Pasan dos días antes de que encuentre a otro soldado aliado, y una semana después est  pilotando otro avión de nuevo, a través de un mar gris.

Y la guerra continúa.

IV - MICRORRELATOS**1º PREMIO CATEGORÍA A:****Título:** La niña sin voz**Autor/a:** M^a Pilar Rubió Jiménez**1º PREMIO CATEGORÍA B:****Título:** Sangre en mis manos**Autor/a:** Jesús Parreño Charco

23

LA NIÑA SIN VOZ

Hace muchos años, cuando los libros no existían, los cuentos se transmitían a través de la voz. En esos tiempos, hubo una niña que nació sin voz. Todas las noches escuchaba con atención los cuentos que le narraba su madre, pero también con tristeza porque sabía que ella nunca podría contarlos. Un día llegó a la aldea un forastero con un extraño instrumento. Todos se acercaron para verlo. Él dijo que era mágico y que era capaz de hacer eternas las palabras. Empezaron a narrarle las historias que conocían y él las fue transformando en libros. La niña sonrió feliz.

Sangre en mis manos

Un hilo de sangre resbala por las tijeras y cae a mis pies. La tierra, sedienta, lo absorbe dejando una oscura mancha en el polvo. Sigo cortando y tanteando las mejores piezas, arrojándolas al cubo con un golpe lento y viscoso. Mis dedos están ahora cubiertos de sangre, decido hacer una pausa y limpiar todo el desastre. Adheridas a las paredes del cubo, un puñado de moscas disfruta el festín.

— ¿Por qué paras? —pregunta con autoridad.

— Me he cortado —le digo mostrando el surco abierto en mi carne.

Se muestra cansado:

— Para vendimiar hay que usar guantes.